

TEOLOGÍA DE LA VINDICACIÓN FINAL DE DIOS

Teodicea bíblica y adventista

Dr. Alberto R. Treiyer

www.adventistdistinctivemessages.com

Mayo – Junio 2023

I. ¿Puede alcanzarse la perfección del carácter en esta vida? - (5)

- a) *La introducción del evangelicalismo en la Iglesia Adventista* - (5)
- b) *¿No fue suficiente la vindicación del carácter de Dios que efectuó Cristo?* - (7)
- c) *Si Cristo había ya vindicado a su Padre, ¿por qué no terminó el mundo allí?* - (8)
- d) *¿Por qué necesita el universo ver nuestras buenas obras?* (Mat 5:16) - (10)
- e) *La fe y las obras* - (11)
- f) *Tenemos un cielo que ganar y un infierno que perder* - (11)

II. El honor de Dios se juega en la perfección del carácter de su pueblo - (12)

El Nombre de Dios estaba en su santuario - (12)

Excursus: Tesis doctoral que defiende la teología de la última generación - (13)

Detalles que veo de otra manera - (14)

III. La perfección según los *postlapsarios* y *prelapsarios* radicales y espirituales - (16)

- a) *Los postlapsarios* – (16)
- b) *Los prelapsarios radicales* - (19)
- c) *Los prelapsarios espirituales* - (20)

IV. La perfección bíblica actual - (20)

- a) *Veamos primero el “Sí”* – (21)
- *¿Cómo define la Biblia la palabra perfecto* – (21)
- b) *Veamos ahora el “No”* – (23)
- c) *La vindicación de la ley de Dios* - (25)
- d) *La humildad caracteriza a los que están más cerca de la perfección en Cristo* – (25)
- e) *Llamado a vindicar la ley de Dios* – (27)
- f) *La tensión entre “el ya y el no todavía”* – (28)

V. La última generación se diferencia de las generaciones anteriores – (28)

- a) *El fracaso de Israel en su etapa final como nación* – (29)
- b) *La última generación entra al lugar santísimo* – (30)
- c) *La tendencia a evitar entrar al lugar santísimo* – (32)
- d) *Al entrar en el lugar santísimo contemplamos no sólo la ley sino también la gloria* – (33)
- e) *Se completa el misterio de Dios en el lugar santísimo* – (34)

VI. La condición de la última generación – (36)

- a) *El grano madura antes de la cosecha final* – (38)
- b) *Un carácter perfecto como el de Cristo antes de su venida* – (40)

- c) *Confirmación del Espíritu de Profecía* – (42)
- d) *Dios asume la responsabilidad de completar nuestra santificación* – (42)
- e) *Nuestra voluntad y la perfección en Cristo* – (43)
- f) *La última generación es sellada para no pecar más* – (44)
- g) *Dios refina el carácter como Fundidor de metales* – (45)

VII. La vindicación final en el contexto del conflicto de los siglos – (48)

- a) *La necesidad que tiene Dios de ser vindicado por la última generación* – (49)
- b) *¿Qué pasaría si fallase la última generación?* – (51)
- c) *Una generación entera de fieles triunfará sobre el pecado* – (52)
- d) *“Frutos dignos”* – (52)
- e) *La vindicación de Dios en el Antiguo Testamento* – (53)
- f) *La vindicación de Dios en el Nuevo Testamento* – (54)
- g) *La vindicación que acalla las acusaciones de Satanás* – (56)
- h) *La vindicación final del mal y del bien* – (57)
 - (a) *La vindicación del mal heredado* – (57)
 - (b) *La vindicación del bien heredado* – (58)
- i) *¿Igualará la última generación el modelo de Cristo?* – (62)
- j) *La única generación que estará viva cuando Jesús venga* - (65)

VIII. ¿Qué método resuelve la discusión sobre la vindicación de Dios? – (66)

IX. Vindicación final por la destrucción del diablo y de los malvados – (69)

¿Por qué Dios no destruyó al diablo enseguida? – (70)

1. *Tiene que demostrarse que la resurrección de los malvados no cambia sus vidas* - (70)
2. *Cada rebelde debe pagar por lo que hizo con un castigo acorde a sus hechos* – (71)
3. *Se requiere un reconocimiento del culpable para que el juicio sea perfecto* – (71)
4. *Tiene que restablecerse la autoridad de Dios para garantizar la paz* – (72)

CONCLUSIÓN – (74)

Apéndice: Observaciones críticas al estudio de Félix Cortez – (78)

- *Perfection is a process of constant growth in Christ* (2023)

Advertencia: Las páginas de las citas de E. de White en castellano tienen a veces la compaginación de las versiones antiguas. Pero pude corregir muchas de ellas en la nueva versión que los editores actuales están citando. Les comparto aquí la página de internet que facilita la búsqueda de las citas en muchos idiomas: <https://egwwritings.org/>

Cuando comencé a preparar este estudio nunca pensé que me iba a consumir tanto tiempo, ni que su contenido iba a ser tan extenso que podría abarcar más de 200 páginas si se lo editara en un formato normal de libro. Pero agradezco a Dios por haberme bendecido tanto durante todo este tiempo, y haberme dado tantas energías y pasión por el tema a mi edad, sin afectar para nada mi salud ni mi corazón que funcionó como un reloj (no así en algunas investigaciones anteriores en donde tuve palpitations fuertes). Con Uds. las 80 páginas de esta nueva versión: *Teología de la Vindicación Final de Dios. Teodicea bíblica y adventista.*

TEOLOGÍA DE LA VINDICACIÓN FINAL DE DIOS

Teodicea bíblica y adventista

Dr. Alberto R. Treiyer
Mayo – Junio 2023

Todos aceptaban en la Iglesia Adventista que la última generación tenía la misión de vindicar el carácter de Dios ante el mundo y el universo. Hasta que la influencia *evangelicalista* que bebieron muchos teólogos nuestros comenzó a introducir un cambio de tono. Al estudiar en centros teológicos protestantes o evangélicos, o al tener que enseñar después algunas materias que tocan el tema, esos teólogos leen sus libros y adoptan el molde de pensamiento de sus autores. Otras veces se liberan de un estilo de vida riguroso y legalista para irse al otro extremo.

El cambio de tono en la consideración de la vindicación de Dios se ve en que siempre creímos que debemos guardar los mandamientos de Dios. Pero la nueva afirmación declara que la ley de Dios no se puede guardar y que, por lo tanto, el único que pudo guardar la ley de Dios fue Cristo. Así, deducen que Cristo es el único que pudo vindicar el carácter de Dios. El resultado de este nuevo enfoque de corte *evangelicalista* se está viendo en la introducción de muchos conceptos mundanos no sólo en teología sino también en la práctica, los que a la postre, conducen a la corrupción y a la apostasía.

[El término *evangelicalista* lo adapto del libro *Evangelicalism Divided* de Iain H. Murray. Me parece que ayuda a diferenciar entre los que creemos en los evangelios, pero no necesariamente en el enfoque de los que se auto declaran *evangélicos*].

En los diferentes enfoques que se han estado defendiendo en tiempos recientes, se ve a menudo una mala interpretación de las posiciones contrarias. Por ejemplo, algunos adventistas evangélicos acusan a los que creen en la perfección que alcanzarán al final los últimos sobrevivientes de la simiente santa, de creer que la última generación se volverá súper-humana, súper héroe, omnipotente y como adquiriendo carne santa. Esta acusación parece superflua porque nunca escuché una idea tan extrema, pero estoy de acuerdo en que algunos puedan volverse antropocéntricos al hablar de la última generación que vivirá después del tiempo de gracia, esto es, centrada en el hombre en lugar de estar orientada hacia el cielo. Por tal razón yo prefiero considerar el papel que cumplirá la última generación por el título “teología de la vindicación final de Dios”.

Y aquí tenemos que preguntarnos si el hecho de que haya perfeccionistas justifique arrojar por la borda la necesidad de una vindicación final de Dios para concluir el gran conflicto entre el bien y el mal. Hay una obsesión tan grande por combatir lo que muchos consideran *perfeccionismo* por un lado, que el enfoque que ofrecen termina volviéndose también unilateral, pero en el otro extremo. Y por el otro lado, los que exaltan la ley y la importancia en guardarla, acusan de *liberalistas antinomianistas* o *adventistas derrotistas*, sino *adventistas evangélicos* a los que los etiquetan como legalistas. ¿Es esto así? Eso es lo que discutiremos en este estudio, a medida que tratemos de entender lo que dicen la Biblia y el Espíritu de Profecía.

Para evitar distraer la atención del enfoque bíblico que corrobora el Espíritu de Profecía, decidimos no citar a los diferentes autores adventistas que han estado escribiendo sobre el tema. Se ven diferentes matices en ambas corrientes, de manera que consideramos conveniente no transformar este estudio en una discusión de lo que piensa cada autor. Porque mientras se responde a uno en algún detalle, el otro va a decir que él no cree eso, aunque

mantenga la posición principal. En su lugar, iremos respondiendo a las posiciones más generales y a su vez precisas que caracterizan las dos tendencias básicas. Hacia el final y en algún apéndice, haremos un análisis crítico de los problemas específicos que se ven en los estudios más recientes.

Los que quieran leer una buena síntesis histórica del enfoque de la Iglesia Adventista sobre la teología de la última generación, ya sea a favor o en contra, pueden leer la tesis doctoral que defendió Armin Kritzinger en la Universidad de Tailandia, *The Doctrine of Last Generation Theology for Seventh-day Adventists: A Defense* (2022).

No está de más recordar que no se puede tratar todos los puntos en discusión de una vez. Por lo cual iremos avanzando de a poco, respondiendo a las diferentes interpretaciones y destacando el testimonio bíblico que confirma el Espíritu de Profecía. Siendo que muchos creen que la *Teología de la Última Generación* se basa en E. de White y no en la Biblia, Kritzinger buscó en su tesis doctoral probar por la Biblia la *Teología de la Última Generación*. Una vez logrado eso, se dedicó a corroborar nuestra comprensión del tema con el Espíritu de Profecía.

Lamentablemente a muchos les importa poco o nada el testimonio del Espíritu de Profecía. Yo no escribiré para ellos, ni para los que van a la Biblia para buscar lo que quieren, no lo que Dios quiere y que revela en la Biblia tomada en su totalidad. Por lo cual, antes de hacernos varias preguntas, traigamos a colación algunas declaraciones de E. de White que los nuevos enfoques rechazan abierta o veladamente.

“Si hubo alguna vez un pueblo que necesitase un aumento constante de la luz del cielo, es *el pueblo que*, en este tiempo de peligro, *Dios llamó a ser depositario de su santa ley y a vindicar su carácter delante del mundo*. Aquellos a quienes se confió un cometido tan sagrado deben ser espiritualizados y elevados por las verdades que profesan creer” (5 T 746).

Aquí vemos claramente que la exaltación de la ley por parte de la Iglesia Adventista tiene por objeto vindicar el carácter de Dios ante el mundo. No se puede vindicar el carácter de Dios sin vindicar su ley, y viceversa.

“*El honor de la ley de Dios tiene que ser vindicado* ante los mundos no caídos, ante el universo celestial y ante el mundo caído. Vendrá la persecución más cruel, pero cuando se levante Sion, y se ponga sus hermosas vestiduras, brillará con la belleza de la santidad” (*Bible Training School*, 1 de diciembre de 1903. RP 340).

Aquí vemos nuevamente que nuestra misión es vindicar ante todo el universo “el honor de la ley de Dios”. Esa ley es un testimonio claro del carácter de Dios que el mundo pisotea. Y porque esa vindicación que Dios requiere de su Ley entra en conflicto con las pasiones carnales, los teólogos *evangelicalistas* dejan caer los brazos diciendo que la ley de Dios no se puede guardar. Eso es *antinomianismo derrotista*.

“*Todo el que cumpla por fe los mandamientos de Dios, alcanzará el estado de impecabilidad en que vivía Adán antes de la caída*” (ST, 21 de julio de 1902; MSV 232). “*Se requiere obediencia exacta*, y los que dicen no ser posible llevar una vida perfecta, arrojan sobre Dios la acusación de injusticia y falsedad” (6 RH 519). “*No he hallado tus obras perfectas* delante de Dios” (Apoc 3:2).

El fin se aproxima. Tenemos delante de nosotros una gran crisis que asoma en el mundo. Para poder vencer en la confrontación final, tenemos que conocer exactamente lo que el

Señor espera de nosotros, y cómo se propone que lo obtengamos. Debido a esto decidí estudiar el tema en detalle. Espero que este estudio ayude a muchos a entender nuestra misión desde la perspectiva de la vindicación del carácter de Dios delante del universo, necesaria para vencer para siempre al ángel rebelde.

I. ¿Puede alcanzarse la perfección del carácter en esta vida?

Algunos dicen que *sí*, otros dicen que *no*. Ya veremos más de cerca ambos enfoques.

“Dios nos invita a que alcancemos la norma de perfección y pone como ejemplo delante de nosotros el carácter de Cristo. En su humanidad, perfeccionada por una vida de constante resistencia al mal, el Salvador mostró que *cooperando con la Divinidad* los seres humanos *pueden alcanzar la perfección de carácter en esta vida*. Esta es la seguridad que nos da Dios de que nosotros también podemos obtener *una victoria completa*” (HA 424).

Cristo “sostiene ante nosotros el más alto ideal, el de la perfección. Nos pide que nos manifestemos absoluta y completamente a favor de él en este mundo, así como él está siempre a favor nuestro en la presencia de Dios” (HA 452). “El que me confiese delante de los hombres”, dijo Jesús, “yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mat 10:32; Apoc 3:5).

“Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. *Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo*, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos” (EUD 36).

Los teólogos *evangelicalistas* de nuestra iglesia creen que no es posible alcanzar la perfección. Están esgrimiendo las mismas críticas que desde el siglo pasado nos hacían los protestantes. Nos acusan de ser *legalistas* y *perfeccionistas* por afirmar lo que Jesús mismo dice mediante el don de profecía. Nos malinterpretan como pretendiendo justificarnos por las obras en lugar de ser justificados por Cristo.

Es evidente que, al presumir defender el valor de la justificación por la fe, tales teólogos desmerecen el valor de la santificación por la fe. Y detrás de esto está la acusación que el protestantismo nos ha hecho de desmerecer la cruz de Cristo al anunciar el juicio investigador que juzga las obras de los seres humanos. Asimismo, pretenden que al llamar a vindicar el carácter de Dios ante el mundo y el universo (por analizar nuestras obras en el juicio investigador), estamos considerando que el testimonio de Cristo en su vida terrenal no fue suficiente para vindicar el carácter divino. En su defensa de una *vindicación exclusiva de Cristo*, algunos terminan *excluyendo el juicio investigador* también, como siendo innecesario. Para responder a esto convendrá hacernos varias preguntas.

a) La introducción del evangelicalismo en la Iglesia Adventista

A mediados del S.XX, líderes de la Iglesia Adventista tuvieron conversaciones con el evangélico Walter Martin, lo que les dio la oportunidad de dejar de ser considerados como una secta, sino como auténticamente cristianos y evangélicos. C. Mervyn Maxwell hace una síntesis de lo que ocurrió en “The Sanctuary and the Atonement in SDA Theology. An Historical Survey”, en A. V. Wallenkampf y W. R. Leshner, *The Sanctuary and the Atonement* (1981), 525ff. El resultado de esas conversaciones con los evangélicos se publicó en 1957 en el libro *Questions On Doctrine* (QOD). Allí se discutió si la expiación de Cristo en la cruz fue completa, y qué papel debía desempeñar el sacerdocio de Cristo en el cielo. A. Kritzinger también refiere ese dato histórico en su tesis doctoral ya mencionada en Tailandia, y sus

consecuencias para la teología de la última generación.

Bajo presión de los evangélicos, Leroy Froom y otros líderes adventistas aceptaron entonces que la expiación de la cruz fue completa y que, gracias a esa expiación, Cristo puede aplicarla a la vida de los creyentes. Y advirtieron que “cuando... uno escucha decir a un adventista, o lee en la literatura adventista—incluso en los escritos de E. de White—que Cristo está haciendo expiación ahora, debe entender que nos referimos simplemente a que Cristo está ahora aplicando los beneficios de la expiación sacrificial que hizo en la cruz” (*QOD* 354-355). Como resultado de este enfoque, según C. M. Maxwell, encontramos en *QOD* “el primer abandono del concepto de los dos apartamentos” del santuario celestial, en favor de las “dos fases” de ese ministerio (523). Esa es otra manera de devaluar el ministerio de Jesús en el lugar santísimo del santuario celestial y el juicio investigador efectuado allí.

Pero los pioneros desde O. R. L. Crosier especialmente en el *Day-Star Extra* de 1846, habían hecho notar que en el santuario israelita la expiación no se completaba durante el año con el sacrificio, sino después que el sumo sacerdote terrenal efectuaba el rito de sangre en los lugares interiores del santuario celestial. Eso es lo que corroboré en mi tesis doctoral, *The Day of Atonement and the Heavenly Judgment*, que defendí en la Facultad Protestante de la Univ. de Estrasburgo, Francia, y cité autores no adventistas que afirmaban eso. En la inauguración del santuario terrenal en tiempos de Moisés, la expiación se efectuó sólo sobre el altar del patio (Lev 8 y 9; véase Heb 1:3). Pero durante el año la expiación se completaba después que se ofrecía la sangre en el interior del santuario (Lev 4, 5, 16).

E. de White también se refirió a los beneficios de la expiación de Cristo efectuada en la cruz, y eso no le impidió expresar correcta e inequívocamente que Jesús efectúa aún hoy la expiación en los lugares interiores del santuario celestial (*PE* 244,253; *GC* 474,486,534, etc). Esa expiación tiene que ver con el pago expiatorio requerido para el perdón de los pecados, que Jesús presenta con el testimonio de su sangre delante de su Padre y de los ángeles de Dios (Heb 7:25; 9:11-12).

Sí, la expiación de Cristo en la cruz pagó la deuda de la humanidad en forma completa. Pero ese pago expiatorio no iba a tener valor a menos que se lo aplicase en forma personal a cada creyente desde la primera venida de Cristo hasta su segunda venida. De manera que el problema no está en afirmar correctamente que la expiación efectuada en la cruz fue completa como sacrificio, sino en el descuido de presentar la ministración sacerdotal en su entero como parte del proceso de expiación. Y eso llevó a muchos a restringir la expiación a la cruz, y a relegar a un segundo plano la expiación del ministerio sacerdotal en el santuario celestial, inclusive la vindicación del carácter de Dios que debía efectuarse en el juicio investigador.

Más recientemente los evangélicos presionaron de nuevo a la Iglesia Adventista a publicar otra vez el libro *QOD*, y George Knight lo hizo en 2003, transformándose en el mayor exponente del adventismo evangélico en los tiempos modernos. Para los adventistas evangélicos, la vindicación del carácter de Dios por parte de la última generación deja incompleta la vindicación que Cristo hizo del carácter de su Padre en la cruz. Pero lo que no parecen ver es que esa vindicación de su vida y muerte en la cruz, única en su género, no es excluyente. Al contrario, faculta todas las demás vindicaciones que debían cumplirse mediante el ministerio de Cristo en favor de su pueblo.

En efecto, tanto la expiación de Cristo como la vindicación del carácter de Dios deben ser vistas a la luz de todo el plan de salvación, no restringidas a la perspectiva de la cruz. Por eso escribió E. de White que:

“La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz. Con su muerte dio principio a aquella obra para cuya conclusión ascendió al cielo después de su resurrección” (*CS* 479).

“Habría permanecido en su mente [de los ángeles] una duda en cuanto a la bondad de Dios, como mala semilla para producir su mortífero fruto de pecado y desgracia. Pero no sucederá así cuando la gran controversia termine. Entonces, habiendo sido completado el plan de la redención, el carácter de Dios quedará revelado a todos los seres creados... Bien podían, pues, los ángeles regocijarse al mirar la cruz del Salvador; porque aunque no lo comprendiesen entonces todo, sabían que la destrucción del pecado y de Satanás estaba asegurada para siempre, como también la redención del hombre, y el universo quedaba eternamente seguro. Cristo mismo comprendía plenamente los resultados del sacrificio hecho en el Calvario. Los consideraba todos cuando en la cruz exclamó: ‘Consumado es’” (CS 713).

b) ¿No fue suficiente la vindicación del carácter de Dios que efectuó Cristo?

Sí. La naturaleza de la vindicación del Nombre de Dios que efectuó Cristo en su ministerio terrenal es única. Después de la caída de Adán, nadie podría haber hecho lo que él hizo. Vivió una vida perfecta en un mundo de pecado, demostrando que el hombre, tal como había sido creado, podía guardar la ley divina. La ley de Dios no era mala, injusta, imposible de guardar, como había pretendido el diablo al acusar a Dios después de hacer caer a nuestros primeros padres. Y en toda la historia de este mundo, Cristo fue el único invicto contra el pecado desde la cuna hasta el Calvario.

“El Redentor del mundo pasó *por el mismo terreno donde Adán cayó* por haber desobedecido la ley expresa de Jehová; y el unigénito Hijo de Dios vino a nuestro mundo como un hombre, para revelar al mundo que los seres humanos podían guardar la ley de Dios. Satanás, el ángel caído, había declarado que ningún hombre podía guardar la ley de Dios después de la desobediencia de Adán” (3 MS 153).

Aquí vemos claramente que Jesús vino con la *naturaleza espiritual no caída* de Adán, para demostrar que el hombre, tal como había sido creado, podía guardar la ley de Dios. Sólo él podía vindicar el carácter de Dios en forma plena, completa, ya que nosotros venimos con una herencia pecaminosa que Adán no tuvo ni podía darnos después de su caída. Necesitábamos un segundo Adán que compartiera con nosotros su naturaleza espiritual (1 Cor 15:45; 2 Ped 1:4).

Satanás no pudo derrotar a Cristo ni por cuestionar su naturaleza divina (Matt 4:3-10). En la orden de Jesús al tentador de retirarse, Satanás tuvo la prueba de que Jesús era Dios en la carne humana, algo que no podía contradecir (DTG 104). Por esa razón pudo decir Jesús más tarde que el príncipe de este mundo, el diablo, no tenía nada en él (Jn 14:30). Pero Satanás cree que puede vencer a los seguidores de Cristo porque sabe que son más débiles, y que poseen una naturaleza espiritual deteriorada que debe ser regenerada.

“La naturaleza pecaminosa del hombre era débil y propensa a la transgresión de los mandamientos de Dios. El hombre no tenía poder para hacer las palabras de Dios; por esa razón Cristo vino a nuestro mundo, para poder impartirle poder moral. No había poder ni en el cielo ni en la tierra sino el poder de Cristo que podía librar” (14 MR 1094, 82). “Porque el hombre caído no podía vencer a Satanás con su fortaleza humana, vino Cristo de las cortes reales del cielo para ayudarlo con su fortaleza humana y divina combinadas” (1 MS 327).

Sabiendo que los hijos de Adán son débiles, el diablo procura impedir que Cristo, el

segundo Adán, les imparta su naturaleza divina. Sin esa naturaleza no podrían vencer a Satanás como Jesús lo hizo (Rom 8:11; 1 Cor 15:45; 2 Ped 1:4). Así, Satanás busca separarlos de su Redentor como los separó de su Creador. Por consiguiente, debía probarse ante el universo que los seres caídos que heredaban la naturaleza pecaminosa de Adán podían también vencer a Satanás “por la sangre del Cordero” (Apoc 12:11), y por la recepción de la naturaleza espiritual de Dios mediante el Espíritu Santo, por el cual podían ser llamados “hijos de Dios” (Rom 8:14-16).

“Satanás tuvo otra vez consejo con sus ángeles y con acerbo odio contra el gobierno de Dios les dijo que si bien él retenía su poder y autoridad en la tierra, debían decuplicar sus esfuerzos contra los discípulos de Jesús. No habían prevalecido contra Cristo, pero *de ser posible* debían vencer a sus discípulos” (PE 191).

Prestemos atención a la declaración, “de ser posible”. Esto significa que tenía que probarse que con su naturaleza caída, los hijos de Adán podían también vencer como Cristo venció, desarrollando un carácter perfecto como el suyo. Al recibir la naturaleza espiritual para vencer el pecado, la voluntad humana, aferrándose a la voluntad divina, se vuelve omnipotente para prevalecer contra Satanás. Por consiguiente, los que reclaman que no puede guardarse la ley de Dios están repitiendo la mentira de Satanás. Volveremos sobre esto más tarde. Por ahora, subrayemos que Cristo vino para tomar el lugar del primer Adán para vencer a Satanás y darnos una nueva oportunidad.

“Muchos sostienen que era imposible para Cristo ser vencido por la tentación. En tal caso, no podría haberse hallado *en la posición de Adán*; no podría haber obtenido la victoria que Adán dejó de ganar” (DTG 92). “Cristo pasó sobre el suelo en donde Adán tambaleó y cayó... Como sustituto y garante del hombre, Cristo redimió la vergonzosa caída de Adán, y guardó el camino del Señor” (RH 05-23-99, 8)

“Cristo, la propiciación de nuestros pecados, declaró: ‘*Me pondré en el lugar de Adán*. Tomaré sobre mí mismo la penalidad de su pecado. El tendrá otra prueba... Tendrá los privilegios y oportunidades de un hombre libre, y se le permitirá ejercer su poder de elección otorgado por Dios” (AU Gleaner 08-19-03). “Él fue atacado con tentaciones en el desierto, como Adán fue atacado con tentaciones en el Edén” (Lt 8 1897; 5 SDABC 1128-1129).

Nosotros no podíamos pasar “sobre el suelo en donde Adán... cayó”, esto es, ponernos en el lugar de Adán antes de la caída, ya que nos encontramos en el lado de Adán después de la caída. Por una documentación mayor, véase mi página de internet:

<https://adventistdistinctivemessages.com/wp-content/uploads/documents/Natucristoprepostlapsaria.pdf>

c) Si Cristo había ya vindicado a su Padre, ¿por qué no terminó el mundo allí?

¿Por qué no terminó el mundo en la cruz del Calvario, y redimió Jesús de una vez a todos sus seguidores? ¿Por qué debió seguir el mundo, si ya todo se habría supuestamente completado y cumplido en la cruz? Había mucho más que demostrarse. De lo contrario, después de vindicar el carácter de Dios ante el mundo guardando la ley de su Padre, el Hijo podría haberse ido al cielo y abandonarnos para siempre. Eso hubiera significado que él pudo. Nosotros no. De manera que, si quería redimirnos y llevarnos a su gloria sin quedar mal ante el universo, debía probar mediante su iglesia que esa obediencia a la ley divina se cumple en sus seguidores. Y eso lo logra mediante la transformación del evangelio efectuada mediante

su Espíritu.

¿Podrían los seguidores del Cordero guardar la ley de Dios? Cuando la gente nos pregunta si se puede guardar el sexto mandamiento, “no matarás”, ¿tenemos que decirle que no, que esa ley no se puede guardar en nuestra naturaleza caída? Y, ¿qué decir del séptimo mandamiento, no cometerás adulterio? ¿Somos mujeriegos o varoniegos y por lo tanto tenemos que admitir que no se puede guardar ese mandamiento tampoco? Y así podríamos seguir con los demás mandamientos.

¿Cómo iba a quedar la Deidad ante el universo llevando a la gloria a gente mentirosa, estafadora, adúltera, codiciadora de lo ajeno, irrespetuosa del Nombre de Dios? Satanás se burla de Dios y sus ángeles cuando el pueblo de Dios peca continuamente.

“Satanás y sus ángeles toman nota de todos los medios y actos de codicia de esas personas, y los presenta a Jesús y a sus santos ángeles, diciendo con reproche: ‘¡Estos son los seguidores de Cristo! ¡Se están preparando para ser trasladados!’ Satanás compara su curso de acción con pasajes de la Escritura en los cuales eso es abiertamente reprendido, y entonces se mofa de los ángeles celestiales, diciendo: ‘¡Esos son los seguidores de Cristo y de su palabra! ¡Esos son los frutos del sacrificio de Cristo y de la redención!’ Los ángeles se dan vuelta en disgusto de la escena” (CET 174).

La muerte vicaria del Redentor del mundo cubre los pecados de los que se arrepienten y los confiesan. Pero ¿cuál es la razón por la cual debía demostrarse ante el universo que nosotros, pecadores por naturaleza, también podíamos guardar la ley de Dios? ¿Debía el universo constatar la impotencia divina para cambiar a los pecadores, o más bien el poder divino para ponerlos en armonía con su ley?

Así, la vindicación de Cristo del carácter de su Padre y nuestra vindicación de Dios no se anulan la una a la otra. La nuestra no podía efectuarse sin la vindicación única del Hijo de Dios. Porque debíamos primero ser justificados por su sangre. Pero es requerida en nuestro caso no para exaltarnos a nosotros mismos, sino para que el Nombre de Dios fuese glorificado en nosotros. Eso no tiene nada que ver con justificación propia ni jactancia ni perfeccionismo ni legalismo, sino con la gracia divina que quiere revelar su poder en nosotros para que lo alabemos como lo hacen los ángeles del cielo.

“Satanás no fue destruido entonces. *Los ángeles no comprendieron ni aun entonces todo lo que entrañaba la gran controversia.* Los principios que estaban en juego habían de ser revelados en mayor plenitud. Y por causa del hombre, la existencia de Satanás debía continuar. *Tanto el hombre como los ángeles debían ver el contraste entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas.* El hombre debía elegir a quién quería servir” (DTG 709). “Para bien del universo entero a través de las edades sin fin, era preciso dejar que el mal llegase a su madurez, y que Satanás desarrollase más completamente sus principios, a fin de que todos los seres creados reconociesen el verdadero carácter de los cargos que arrojara él contra el gobierno divino y a fin de que quedaran para siempre incontrovertibles la justicia y la misericordia de Dios, así como el carácter inmutable de su ley” (CS 489).

“Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Ef 3:10). “Cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pe 1:12).

“Habría permanecido en su mente [de los ángeles] una duda en cuanto a la bondad de Dios, como mala semilla para producir su mortífero fruto de pecado y desgracia. Pero no sucederá así cuando la gran controversia termine. Entonces, habiendo sido

completado el plan de la redención, el carácter de Dios quedará revelado a todos los seres creados. Se verá que los preceptos de su ley son perfectos e inmutables. El pecado habrá manifestado entonces su naturaleza; Satanás, su carácter. Entonces *el exterminio del pecado vindicará el amor de Dios y rehabilitará su honor delante de un universo compuesto de seres que se deleitarán en hacer su voluntad y en cuyo corazón estará su ley*” (DTG 713).

“Bien podían, pues, los ángeles regocijarse al mirar la cruz del Salvador; porque *aunque no lo comprendiesen entonces todo*, sabían que la destrucción del pecado y de Satanás estaba asegurada para siempre, como también la redención del hombre, y el universo quedaba eternamente seguro. *Cristo mismo comprendía plenamente los resultados del sacrificio hecho en el Calvario. Los consideraba todos cuando en la cruz exclamó: ‘Consumado es’*” (DTG 713).

Más preguntas tenemos que considerar. ¿Necesita Dios ser vindicado ante el universo por nuestras buenas obras? ¿Cómo? ¿Por predicar solamente? ¿O por cumplir la ley de Dios también?

d) ¿Por qué necesita el universo ver nuestras buenas obras? (Mat 5:16)

Dios no necesita ser vindicado por nadie porque él puede vivir sin su creación. Él es el único que tiene vida propia (1 Tim 6:16). Pero él es amor, y quiere conservar su creación libre y soberana. Por lo cual, para bien de las criaturas terrenales y celestiales, su nombre, su carácter, necesitan ser vindicados.

Ya vimos que Cristo vindicó a Dios en forma plena y suficiente. El silenció las acusaciones de Satanás sobre la presunta incapacidad humana de guardar la ley divina en la creación. Pero nosotros caímos, y para redimirnos sin dejar dudas en el universo, el Hijo de Dios debía no solamente pagar nuestra deuda, sino también probar ante la creación celestial que su gracia o poder era suficiente para transformarnos a su imagen, y hacernos dignos de vivir en su reino.

Somos salvados por la gracia de Cristo, pero juzgados por nuestras obras. Esas obras vindican a Dios o nos condenan. Son obras que “Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef 2:10). Así, nuestras obras revelan para quién vivimos. Y el resultado será ineludible. Juan ve a los redimidos vestidos “de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos” (Apoc 19:8).

“El que siembra para agradar a su naturaleza pecaminosa, de esa misma naturaleza cosechará destrucción; el que siembra para agradar al Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna” (Gál 6:8). “Todas vuestras obras no pueden salvaros; sin embargo, es imposible que seáis salvos sin buenas obras. Todo sacrificio hecho en favor de Cristo será para vuestra ganancia eterna” (RH, March 21, 1878; 3 MS 165).

Algunos dicen que la única manera en que podemos vindicar el carácter de Dios es predicando el evangelio. No. El verdadero cristiano no lo es sólo de palabra, sino de hechos. Por más bien que prediquen, los que violan la ley divina no pueden honrar a Dios ni su ley ante el universo que analiza la vida de los justos en el juicio investigador. “El que dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso y la verdad no está en él” (1 Jn 2:4).

Por eso tendremos sorpresas en el reino de los cielos al no ver a gente que admirábamos por su presunta santidad, pero que escondía una vida de pecado e infidelidad. De allí la necesidad de santificación. Y tendremos también sorpresas al ver a gente que habíamos

considerado inepta para el reino eterno porque recibieron el perdón divino. De allí la necesidad de justificación.

e) La fe y las obras

¿Qué hacemos con las palabras del apóstol Santiago cuya epístola fue considerada por Lutero como una “epístola de paja”? “El hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe” (Sant 2:14-26). ¿Se contradicen con las palabras del apóstol Pablo que dicen que somos justificados por la fe sin las obras de la ley? (Rom 3:28; Gál 2:16). No. Son dos aspectos de la misma verdad. Nuestras obras no nos confieren mérito para la salvación, porque sin Cristo estábamos “muertos en delitos y pecados” (Ef 2:1). Pero prueban que nuestra fe está viva, y da frutos de vida eterna.

¿Quién es glorificado por nuestras obras? ¿Nosotros? No. No podemos obtener méritos por nuestras obras. “Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: ‘siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos’” (Luc 17:10). Sólo la Deidad puede ser glorificada por nuestras buenas obras, porque él es quien nos creó y nos redimió para que pudiéramos hacer esas obras (Filip 2:13; Ef 2:10). Cristo es glorificado en nosotros (1 Ped 4:14).

“En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Jn 15:8). “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mat 5:16).

f) Tenemos un cielo que ganar y un infierno que perder

¡Sí! Después de haber sido justificados por la fe, todavía tenemos un cielo que ganar y un infierno que perder. “Cada alma tiene un cielo que ganar y un infierno que evitar. Y los seres angelicales siempre están dispuestos a venir en ayuda del alma probada y tentada” (1 MS 112). Por eso Jesús advierte a las iglesias en el Apocalipsis, a quienes prepara para el juicio que revelará en la segunda visión de Juan, que sólo “el que venciere heredará todas las cosas” (Apoc 2:7,11,17, etc; 21:7-8).

Cuando tomé un curso sobre *Justificación por la Fe* poco después de entrar al ministerio, el profesor que vino como extensión de la Universidad de Andrews computó como equivocada mi respuesta a una pregunta que había hecho, si la fe y las obras eran los dos remos de la salvación. Recordaba haber leído ese ejemplo en una cita de E. de White, pero no recordaba dónde. Ese profesor adventista, Blincoe, venía con la perspectiva evangélica en este aspecto. Aquí está la cita completa:

“Si somos fieles en hacer nuestra parte, en cooperar con él, *Dios obrará por medio de nosotros* para que hagamos su buena voluntad. Pero *Dios no puede obrar por nosotros si no hacemos ningún esfuerzo. Si ganamos la vida eterna, debemos trabajar, y trabajar fervorosamente...* No nos engañemos por la aseveración a menudo repetida: ‘Todo lo que tenéis que hacer es creer’. *La fe y las obras son dos remos que debemos usar en forma pareja si anhelamos remontar la corriente de la incredulidad.* ‘La fe, si no tiene obras, es muerta’. El cristiano es un hombre de pensamiento y de paciencia. Su fe fija sus raíces firmemente en Cristo. *Por la fe y las buenas obras se mantiene espiritualmente fuerte y saludable, y su fuerza espiritual aumenta mientras lucha para hacer las buenas obras de Dios*” (RAM 38; RH, June 11, 1901; WM 315).).

Esto siempre creyó la Iglesia Adventista. Y mi exhortación es a seguir creyendo lo que

recibimos, no a las engañosas deducciones *evangelicalistas* que buscan abrirse camino entre nosotros. Lo siguiente que tocaremos tiene que ver con la perfección. ¿Se juega el honor de Dios en la perfección del carácter cristiano?

II. El honor de Dios se juega en la perfección del carácter de su pueblo

Los adventistas evangélicos creen que sólo Cristo podía vindicar perfectamente a Dios, y que es presuntuoso pretender que nosotros también podemos vindicar a Dios en forma perfecta. Sin embargo, Cristo advierte que las obras de la iglesia en Sardis no son perfectas ante Dios (Apoc 3:2).

Por supuesto, Cristo fue el único invicto contra el pecado, mientras que nosotros somos seres humanos caídos a quienes vino a rescatar. Pero el carácter de Dios también se prueba en los que Dios escoge para salvar, de allí la necesidad de un juicio investigador que tenemos que tener en cuenta porque nos hace ver que Dios no puede hacer nada por nosotros que dañe su reputación. De allí también que requiera no sólo la vindicación de Cristo a su Padre, sino también la vindicación del carácter de Dios por parte de sus seguidores.

“La obra de Cristo y la de todos los que llevan su nombre consiste en refutar las acusaciones de Satanás” (ED98 154).

¿Puede nuestro fracaso honrar a Dios? ¡Por supuesto que no! ¿Puede nuestro triunfo vindicar su gracia y poder para salvar? Un empresario triunfa cuando su proyecto se cumple con éxito. Si fracasa, su nombre se vuelve objeto de burla (Luc 14:28-30). Así también, al planificar el plan de salvación, Dios organizó todo para que su Nombre no fuese deshonrado al final. Por eso, toda la creación universal aguarda el triunfo de los redimidos, porque con su victoria, el Nombre de Dios será vindicado.

Esto se ve patente en la declaración del apóstol Pablo: “el anhelo profundo de la creación es aguardar ansiosamente la revelación de los hijos de Dios” (Rom 8:19). Y esa gran verdad que apunta al triunfo de la última generación, estaba estampada en el ritual del santuario de Israel.

El Nombre de Dios estaba en su santuario

El Nombre de Dios está inscrito en su Ley (Éx 20:7-11). Por eso, “el arca de Dios” que contenía las tablas de la Ley divina, era el lugar donde habitaba “el Nombre del Eterno” (2 Sam 6:2). Por eso también, el nombre del arca pasó a ser “arca del pacto” (Jos 3:6) o “arca del testimonio” (Éx 25:22; 26:33), porque en su interior estaban las dos “tablas del pacto” (Deut 9:11) o “tablas del testimonio” (Éx 31:18; 25:16). Y el mismo tabernáculo pasó a llamarse “tabernáculo del testimonio” (Núm 10:11), lo que equivale a decir, el tabernáculo de los diez mandamientos.

Siendo que Dios puso su Nombre, su firma, en el templo que levantó en medio de su pueblo (Deut 12:5,11; 1 Rey 8:21), y ese pueblo era pecador, arriesgó su reputación delante de las demás naciones y delante del universo (Eze 36:23). Por eso, el que contaminaba su santuario o profanaba su Nombre de manera ilegal debía ser muerto (Lev 20:2-5), o en caso de arrepentimiento del pecador, su templo debía ser purificado al final y evitar que su Nombre, su carácter, fuese deshonrado (Lev 16:16). Eso implicaba vindicar el Nombre de Dios, sin lo cual no podría continuar habitando en medio de ese pueblo sucio.

La ley y la sangre formaban parte del fundamento de la salvación, porque si la ley no era vindicada con la muerte del culpable (Lev 20:3; 23:29-30; Núm 35:33-34), o con la sangre vicaria del sacrificio (Lev 16:16), el Nombre de Dios iba a ser profanado. Mediante la

purificación del santuario donde moraba, el Nombre de Dios, la Deidad misma, quedaba libre de toda implicación en el pecado de su pueblo. Triunfaba con su pueblo perdonado y limpiado, y podía continuar morando en medio de ellos, en plena vindicación de su santidad.

Si la iglesia de Cristo fracasa, ¿puede Dios vindicar su honor ante las inteligencias celestiales? De ninguna manera. Al dar a su Hijo para que muriese por nosotros, la Trinidad comprometió su honor en nuestra salvación. Dios no va a abandonar a ningún alma sincera que invoque su Nombre para salvación. Pero tampoco dará por inocente al culpable (Éx 20:7). Jeremías clamó:

“Por amor de tu nombre no nos deseches, *ni deshonres el trono de tu gloria: acuérdate, no anules tu pacto con nosotros*” (Jer 14:21).

Aquí el profeta captó que el honor del trono de Dios está en juego por el hecho de que hizo un pacto de salvación con su pueblo. Dios no puede faltar a su palabra. Ese pacto establecía las condiciones para ser salvo, y quedó inscrito en “las tablas del pacto”, los diez mandamientos que Dios ordenó colocar dentro del “arca del pacto” (Deut 9:9-10; Apoc 11:19). Pero para los pecadores que habían violado la ley de Dios, “la sangre del pacto” quedaba como única esperanza que purificaba al pecador y vindicaba el Nombre de Dios (Éx 24:8; Heb 13:20).

La sangre cubría el pecado, pero no libraba al pecador de la obediencia requerida. De allí las bendiciones y maldiciones que pesaban sobre el pueblo del pacto (Deut 28-30). Esas verdades prácticas prueban que el honor de Dios estaba en juego en el éxito de su plan de salvación.

“La misma imagen de Dios se ha de reproducir en la humanidad. El honor de Dios, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo” (DTG 625). “Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos” (EUD 36).

Pero, ¿es posible lograr la perfección del carácter? La duda lleva a muchos a creer que no podemos guardar la ley de Dios en forma perfecta y, por consiguiente, tienden a creer que Cristo vino para salvarnos *en* nuestros pecados, y no *de* nuestros pecados.

Excursus: Tesis doctoral que defiende la teología de la última generación

La tesis doctoral de Armin Kritzing, *The Doctrine of Last Generation Theology for Seventh-day Adventists: A Defense*, defendida en la Universidad de Tailandia el año pasado (2022), responde a los que pretenden que es imposible guardar la ley de Dios (una mentira de Satanás), y que por lo tanto Dios no necesita ser vindicado por nuestra vida de hijos convertidos. Las acusaciones anti-TUG (anti *Teología de la Última Generación*), así como las respuestas, son puntuales, precisas y concisas. Resumiré aquí algunos puntos básicos.

a) Ofrece una síntesis notable del pensamiento de los pioneros que, aunque sin usar el término *TUG* en algunos casos, creían en esa doctrina, con el respaldo de E. de White. Expone las razones sin fundamento que dan los anti-*TUG* en la actualidad, basado en un buen número de sus libros y artículos.

b) Sobresale en esa síntesis el rechazo de los anti-TUG (quien más, quien menos), del Espíritu de Profecía como fuente confiable de interpretación bíblica, y la pretensión de que

esa teología no se basa en la Biblia.

c) Considera que los que critican la TUG malinterpretan a quienes la defienden, pretendiendo que creen en la justificación por las obras, acusándolos de legalismo y perfeccionismo. Con ese debate proponen un *antinomianismo* versus legalismo que no tendría por qué darse al estudiar el tema.

e. Analiza numerosos textos de la Biblia que sostienen la TUG, para probar que esa verdad no se basa en los escritos de E. de White, sino que ella confirmó lo que está en la Biblia. Prueba también que los pioneros se basaron en la Biblia. El intento de rechazar la TUG mediante análisis exegéticos no tiene fundamento, porque las palabras empleadas no deben basarse sólo en los léxicos, sino en el contexto en el que fueron vertidas.

f. Muestra que los redimidos tienen una parte en la vindicación del carácter de Dios, y que eso espera Dios que hagamos al guardar su ley. No sólo Cristo vindicó a Dios, sino que, gracias a la vindicación de Cristo, la última generación puede y debe hacerlo también. Aunque poco es lo que dice sobre la necesidad de esa vindicación desde la perspectiva del *Conflicto de los Siglos*, algo que me gusta destacar a mí personalmente, y que destacaré en la parte final de esta serie.

g. Exhorta a mantener la TUG como fundamento de la fe adventista frente a un mundo que no tiene esa luz y desprecia la ley divina.

Detalles que veo de otra manera

a) Sugiere al final hacer algo semejante a lo que hizo la Asoc. Gral. en el debate de la Ordenación de la Mujer: reunir las dos posiciones y ofrecer al siguiente congreso una síntesis de cada perspectiva, para que tomen un voto que no forme parte, necesariamente, de otra doctrina, sino de un documento sobre las creencias fundamentales de la Iglesia Adventista.

Esta parte la veo ideal pero algo complicada en la práctica en el contexto actual, porque se han asumido posiciones demasiado dogmáticas. No creo que cambie la perspectiva con un voto de la Asoc. Gral., como tampoco frenaron los votos de la Asoc. Gral. el rechazo a la Ordenación de la Mujer en la Div. Norteamericana y en Europa específicamente. Ahora cada uno hace lo que quiere en muchos aspectos, produciendo un caos en el liderazgo de la iglesia.

b) Al hacer historia Kritzinger vincula la TUG con la naturaleza presuntamente caída de Cristo en su encarnación, aunque considera que ambas posiciones (caída y no caída), pueden defender la TUG. Si bien es cierto que muchos pioneros defendieron la TUG siendo *postlapsarios* (supuesta naturaleza caída de Cristo), así como la mayoría de los que la defienden hoy, no todos los que defienden la TUG son *post-lapsarios*.

c) *Un enfoque antropocéntrico*. La asociación de la interpretación *postlapsaria* de Cristo con la TUG lleva, a mi juicio, a malinterpretar la TUG de parte de sus oponentes. Porque en la práctica, algunos terminan creyendo que podemos y debemos hacer lo mismo que Cristo mediante nuestros propios esfuerzos, ya que él habría podido ser perfecto con nuestra naturaleza caída. Aunque pretendan negar eso en palabras, la lógica lleva y ha llevado a algunos a presumir ese enfoque (un ejemplo, mi tío Humberto Raúl Treiyer, que en paz descansa, que luego, afortunadamente, abandonó esa posición de esforzarse para apresurar la venida de Cristo logrando perfeccionar el carácter).

El mayor ejemplo del resultado antropocéntrico del enfoque *postlapsario* se ve en M. L.

Andreasen, quien afirmó que la última generación “deberá pelear sus batallas sola”, y que “Dios depende de nosotros” para ser vindicado y que para ello deposita su confianza en nosotros (*The Sanctuary Service*, 318,320). De esta manera, si todo el universo dependiese del triunfo del Hijo de Dios en su presumible naturaleza pecaminosa, es lógico deducir que el juicio investigador en el cielo y Dios mismo dependan también de nosotros para vindicar a Dios en nuestra naturaleza pecaminosa. No, si la vindicación final dependiese de nosotros, el fin con la victoria final de los redimidos nunca llegaría. Dios no confía en nosotros (Jer 17:5,9). Somos nosotros quienes tenemos que confiar en Dios, no en el hombre, porque sólo Dios es fiel en lo que promete (1 Cor 10:13; 1 Tes 5:24).

d) De hecho, no veo un énfasis en la tesis de Kritzinger que destaque que nuestra perfección es y será siempre, en este lado de la eternidad, “en Cristo”. Cuando buscamos en su tesis las palabras “en Cristo”, encontramos referencias a “creer en Cristo”, y sólo una cita de Col 1:28 que afirma que nuestra perfección es “en Cristo”. Véase también 1 Cor 1:2 (“santificado en Cristo”).

Así, Kritzinger no necesariamente niega que nuestra perfección sea en Cristo. Pero me hubiera gustado que insistiese más en ese punto. Podemos entender la razón por la que no lo hace. Trata de evitar la tendencia anti-TUG que se enfoca más en la justificación que en la santificación, y elimina el esfuerzo para cooperar con Dios en la obtención de la perfección del carácter. Pero no debemos perder de vista el hecho de que nuestra perfección o santificación será siempre en Cristo.

e. “La logique m’échappe” en algunas deducciones (expresión francesa que significa: “se me escapa la lógica” o “coherencia” o “no le veo lógica”). Para probar que no solamente Cristo, sino que nosotros también podemos y debemos vindicar a Dios, Kritzinger argumenta que el Hijo de Dios no necesitaba probar que la ley de Dios podía ser guardada por Adán, porque los ángeles del cielo que no cayeron ya lo habían probado. Mi respuesta es que eso es cierto en parte por dos razones. *La primera* es que hay una diferencia. Adán y Eva pertenecían a otra creación. No eran ángeles. Y por eso no vino un ángel a redimirnos, sino el Hijo de Dios, Emanuel en la carne humana, no en la naturaleza de un ángel. *La segunda* es que Adán y Eva cayeron, y se requería que viniese alguien con su misma naturaleza para probar que hubieran podido mantenerse fieles guardando la ley.

f) Allí es donde falla también la interpretación *postlapsaria*, porque si Cristo vindicó a Dios en nuestra naturaleza espiritual caída, cumpliendo la ley, entonces nuestra vindicación de Dios en nuestra naturaleza caída no sería necesaria, porque Cristo ya lo probó. Por el contrario, debe probarse ante el universo que el poder de Dios es capaz de transformar a los hijos caídos de Adán en una reproducción perfecta del carácter de su Hijo que vino en la condición de Adán antes de la caída. Nosotros no podemos probarlo. Pero Cristo en nosotros sí. Ya que Cristo probó que tal como había sido creado, Adán hubiera podido obedecer la ley de Dios.

g) No veo en Kritzinger una preocupación por el enfoque antropológico de la TUG, que hace a Dios dependiente de lo que podamos hacer. Para él, decir lo que Dios espera hacer por medio nuestro o decir lo que podemos hacer es lo mismo. Porque todo lo que podamos hacer es por la gracia de Dios. Pero veo una diferencia significativa. Nosotros tenemos que centrarnos en Dios porque dependemos de Él quien está con nosotros tanto al principio como en el fin. Y si ponemos el énfasis en lo que podemos hacer, podemos volvernos impotentes y descorazonarnos. Pero si nuestros ojos se fijan en Dios, seremos alentados sabiendo que “Dios es fiel, y que no permitirá que seamos tentados más allá de nuestra capacidad, sino que

con la tentación proveerá también la vía de escape, para que Uds. puedan soportar” (1 Cor 10:13).

Conclusión. ¡Cuán feliz me deja una tesis como la de Kritzinger, tan precisa en exponer los problemas que se han levantado en estos últimos años, y en responder a tales problemas! Hacía falta una tesis así, que está destinada a romper el dogmatismo liberal *evangelicalista* que se ha impuesto en muchos círculos teológicos nuestros, comenzando con la Universidad de Andrews. Felicito al autor por su valentía en haber abordado un tema tal, y en atreverse a exponer minuciosamente los problemas de los anti-*TUG*.

Pero no debemos quedarnos allí, porque hay mucho más para decir y desarrollar en esa teología, y eso es lo que estaremos haciendo en este estudio. Me emociona el hecho de que alguien en el Asia (en el lejano oriente como decían antes los norteamericanos), sea despertado por Dios para centrar el péndulo. La verdad triunfará. Y los que dejen caer los brazos en su lucha contra el mal, se encontrarán con la sorpresa demasiado tarde para reaccionar, de que la última generación será llevada por Dios a una experiencia que ninguna otra generación tuvo como pueblo (Dan 12:1). En esa última generación Dios pulirá el carácter de su pueblo como lo hace un fundidor de metales, para que reluzca el oro puro del carácter de su Hijo. Eso es algo que nosotros no podemos hacer, pero que Dios prometió que hará.

III. La perfección según los *postlapsarios* y *prelapsarios* radicales y espirituales

La *Teología de la Última Generación* o, como prefiero llamarla yo, *Teología de la Vindicación Final del Carácter de Dios*, compenetra todo el evangelio, todo el mensaje de la Biblia, todo el plan de salvación. Y debe ser vista a la luz del *conflicto de los siglos*, desde que comenzó el mal en el cielo, hasta su consumación. Como esa visión no la tienen las iglesias cristianas en general, la gran verdad que encierra ese enfoque se predica únicamente en la Iglesia Adventista donde tal visión fue descubierta por nuestros pioneros y confirmada por el Espíritu de Profecía. Se basa en la Biblia y puede ser demostrada por la *Sola Scriptura*.

Para entender lo que Dios requiere de nosotros que estamos en medio de ese conflicto, y de la necesidad de que la Deidad triunfe en su juicio celestial para conservar la paz y felicidad del universo, tenemos que comenzar distinguiendo entre el papel que Dios le asignó a su Hijo en la tierra, y el papel que nos asigna a nosotros en el plan de salvación. Este aspecto entra dentro de la *Cristología*, la ciencia teológica que estudia la naturaleza de Cristo. Dentro del adventismo, este tema se ha estado discutiendo más intensamente por más de medio siglo, con tres posiciones destacadas que fueron surgiendo: *postlapsarios*, *prelapsarios* radicales, y *prelapsarios* espirituales.

a) Los *postlapsarios*

Crean que Jesús asumió la naturaleza caída de Adán y que, por lo tanto, podemos guardar la ley de Dios y obtener la perfección del carácter tal cual lo hizo el Hijo de Dios en su vida terrenal. Según ellos, Jesús habría tenido nuestra misma naturaleza caída, lo que implica la misma tendencia al mal que tenemos todos desde la gestación y el nacimiento (Gén 25:21-22; Sal 51:5). Por lo tanto, según los *postlapsarios*, estamos en la misma condición en la que estuvo el Hijo de Dios, y podemos lograr la perfección de carácter como la logró Jesús. Hacen a Cristo *igual* a nosotros, en lugar de hacernos a nosotros *semejantes* a Cristo.

Esto lleva a algunos a poner un énfasis desmedido en la ley de Dios y en la perfección que ha sido descrita como tendencia al *legalismo* y al *perfeccionismo*. Y aunque quieran negarlo, bajo esta perspectiva Cristo es más visto como *ejemplo* que como un *substituto* necesario para

nuestras deficiencias naturales. No parecen distinguir muy bien entre la naturaleza de la vindicación del carácter de Dios que efectuó su Hijo, y la naturaleza de la vindicación del carácter divino que se requiere de nosotros. Y aunque ponen el énfasis en la necesidad de reproducir el carácter de Cristo en forma perfecta, dejan la pregunta abierta de saber si nuestra vindicación a Dios es necesaria en la actualidad, y hasta qué punto. Porque si Cristo ya vindicó a Dios guardando la ley divina con nuestra naturaleza caída, ¿qué necesidad hay de que vindiquemos esa ley que ya fue vindicada?

Tenemos un ejemplo notable en la historia de nuestra denominación sobre este énfasis desmedido en la ley divina en la que caen los que quieren hacer a Cristo *igual* a los que hemos caído. Nuestros pioneros fueron por regla general *postlapsarios*, y pusieron un énfasis tan grande en la ley divina que llevó a la denominación a la crisis de Mineápolis en 1888. El Espíritu de Profecía advirtió entonces que los mensajes que estaban dando sobre la ley era tan seco como las colinas de Gilboa, y exhortó a poner el énfasis en la justificación por la fe.

“Como pueblo hemos predicado la ley hasta volvernos tan secos como las colinas de Gilboa sobre las que no caía ni rocío ni lluvia. *Debemos predicar a Cristo en la ley*, y habrá sabiduría y alimento en la predicación que será como alimento para el rebaño hambriento de Dios. *No debemos confiar en nuestros propios méritos, sino en los méritos de Jesús de Nazaret*” (*The Ellen G. White 188 Materials*, 1888, 560.4).

A partir de entonces E. de White procuró también traer el equilibrio en relación con la naturaleza de Cristo. Comenzó a advertir de no presentar a Cristo como uno *igual* a nosotros, con las mismas tendencias al pecado que nosotros poseemos por naturaleza. Cristo es *semejante* a nosotros, pero *no igual* (Heb 2:17; 4:15). Él es nuestro hermano mayor. Y de hecho, a diferencia nuestra, fue “un santo ser” desde el nacimiento (Luc 1:35).

“Cristo no poseía la misma deslealtad pecaminosa, corrupta y caída que nosotros poseemos, pues entonces él no podría haber sido una ofrenda perfecta” (*Manuscrito 94*, 1893; 3 *MS* 147). “No debemos pensar que el riesgo de Cristo de ceder a las tentaciones de Satanás degradaba su humanidad y que poseía las mismas propensiones pecaminosas y corruptas del hombre” (16 *MR* 1211, 182). “Su naturaleza espiritual estaba libre de toda mancha de pecado” (*ST* 12-09-97).

“Que cada ser humano sea advertido desde la base que no haga a Cristo totalmente humano, un ser igual a nosotros, porque esto no puede ser... Nunca, de ninguna manera, deje la más leve impresión en las mentes humanas de que había una mancha o inclinación a la corrupción en Cristo, o que de alguna manera cedió a la corrupción. Fue tentado en todo como el hombre es tentado, pero se lo llama ‘esa cosa santa’” (5 *SDABC* 1128).

Según el enfoque *postlapsario*, Cristo debía ser *igual* a nosotros para poder comprendernos, y ponen como prueba que vino recibiendo una herencia caída después de más de 4000 años de pecado. Pero con ese criterio, Cristo podría haber comprendido a la gente de sus días, no a nosotros en forma completa porque recibimos una herencia de más de 6000 años de pecado.

Fuimos concebidos en pecado, en iniquidad (Sal 51:5; ver Gén 25:22). Nadie merecía vivir después de la caída de Adán porque todos nosotros, bebés y adultos, traemos la mancha del pecado en nuestra naturaleza desde el principio y, por lo tanto, somos impotentes. Un Nuevo Adán debía venir a darnos una nueva herencia de vida, quitando nuestra condenación natural. Gracias a esta nueva herencia y nueva posibilidad de superar que no teníamos antes, no necesitamos pedir perdón por nuestra naturaleza pecaminosa para ser salvos, sino por las

faltas que cometemos (Eze 18:20). Esta nueva herencia explica por qué nuestra naturaleza pecaminosa no implica necesariamente culpa en aquellos que aceptan a Jesús como su Redentor. Pero tampoco nos permite deducir que el Hijo de Dios debía venir en nuestra naturaleza caída y quedar libre de nuestra condenación natural heredada (Rom 5:18-19).

El hecho de que podamos vencer en nuestra naturaleza pecaminosa gracias a la naturaleza divina impartida por el Hijo de Dios en nuestra vida, no debe llevarnos a deducir que Jesús también podía vencer en nuestra condición caída. No se trata de probar la naturaleza humana de Jesús por medio de nuestra victoria, sino de probar lo que nosotros podemos llegar a ser gracias a su victoria. No es una cuestión de lo que Él podía hacer en una naturaleza caída que hubiese supuestamente adquirido, sino de lo que se requería que Él fuera para compartir Su naturaleza divina con nosotros, para que podamos vencer como Él.

Necesitábamos que Cristo viniera a nosotros no como una fuente de corrupción como lo es nuestra naturaleza caída (Is 1:6; Mat 15:19-20; Luc 11:13), sino como fuente de vida, para “implantar nueva vida y energía” en nuestra naturaleza caída (GW92 469). La naturaleza espiritual de Cristo es fuente de pureza (Jn 7,37-39), mientras que la nuestra, caída, es fuente de inmundicia y maldad.

“La naturaleza humana fue corrompida en su misma fuente” (RH 04-16-01). Pero “Jesús es el origen del poder, la fuente de la vida” (HAp 381), la “fuente” “de agua pura de vida” (2 SP 207), “la fuente de poder espiritual” (AG 119), “la fuente de poder infinito y pureza” (ST, 13 de Abril, 1888). “Los canales corruptos de la humanidad... están tan contaminados que a menos que sean purificados por sangre, no pueden nunca tener valor con Dios” (AG 154).

¿Qué clase de sangre? La que provino del cuerpo humano de Cristo. Esa es sangre limpia, no corrompida como nuestra sangre defectuosa natural (Jer 17:9). ¡Sí! Necesitamos a alguien que venga en nuestra semejanza humana, pero diferente a nosotros en pureza y poder, para poder asir una mano firme como la suya, sin lo cual no podríamos ser rescatados.

“Su naturaleza espiritual estaba libre de toda mancha de pecado” (ST 12-09-97). “El iba a ocupar su posición a la cabeza de la humanidad tomando la naturaleza pero no la pecaminosidad del hombre” (ST, 29 de mayo, 1901). “*Los hombres están contaminados con pecado*, y no pueden tener un concepto adecuado del carácter odioso del mal...” (TMK 368). Pero Cristo odió “el pecado con un odio perfecto” (TMK 66). “Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento” (CS 607). “No debe haber la menor duda en cuanto a la perfecta libertad de pecaminosidad en la naturaleza humana de Cristo” (16 MR 201, 117).

Véase A. R. Treiyer, *La Naturaleza Humana de Jesucristo*:
<https://adventistdistinctivemessages.com/wp-content/uploads/documents/Natucristoprepostlapsaria.pdf>

Consideremos otra diferencia entre el Hijo de Dios y nosotros. Nosotros somos experimentos de Dios, de la gracia de Cristo en nuestra naturaleza caída para transformarnos a su imagen. Y esa clase de experimento debe escudriñarse cuidadosamente en el juicio investigador, para que el Nombre de Dios pueda ser vindicado a través de esos experimentos espirituales.

“El Señor Jesús está *haciendo experimentos en los corazones humanos* mediante la exhibición de su misericordia y de su abundante gracia. Está efectuando

transformaciones tan sorprendentes que Satanás, con todo su alarde triunfante, con toda su confederación del mal unida contra Dios y las leyes de su gobierno, permanece mirándolas como una fortaleza inexpugnable para sus sofisterías y engaños. Son para él un misterio incomprensible. *Los ángeles de Dios...*, los poderes comisionados para cooperar con las agencias humanas *miran con asombro y gozo el que los hombres caídos, una vez hijos de ira, desarrollan mediante el entrenamiento de Cristo caracteres según la similitud divina, para ser hijos e hijas de Dios, para desempeñar una parte importante en las ocupaciones y placeres del cielo*” (CET 208).

Hay otra diferencia. Nosotros fuimos creados a imagen de Dios en el Edén, y es mediante Jesús que la imagen de Dios se restaura en nuestra vida. Fuimos hechos a “imagen” y “semejanza” de Dios (Gén 1:26-27). Sin embargo, el Hijo de Dios era “la imagen expresa” de su Padre (Heb 1:3). Él era Dios en la carne humana: Emanuel.

¿Por qué nuestros pioneros fueron mayoritariamente *postlapsarios*? Porque eran *semiarianos*. No creían en la plenitud de la divinidad de Cristo. La negación de su divinidad hace más fácil creer que Cristo es *igual* a nosotros en lugar de aceptar el mensaje bíblico de que vino en “*semejanza de carne de pecado*” (Rom 8:3). Esto conduce también a creer que podemos *igualar* a Cristo en nuestro esfuerzo por obedecer la ley. Por eso, después de la experiencia de 1888 en la que E. de White intervino para traer el equilibrio y hacer ver “a Cristo en la ley”, también recibió revelaciones más definidas sobre la divinidad de Cristo.

b) Los prelapsarios radicales

Creer que Jesús no tomó nuestra naturaleza pecaminosa, sino la naturaleza perfecta de Adán antes de la caída. Tales *prelapsarios* han manifestado una tendencia *evangelicalista* que pone el énfasis en la justificación y, aunque algunos quieran negarlo, descuidan o desmerecen la santificación y la importancia de guardar la ley de Dios. Para ellos, Cristo ya hizo todo por nosotros, él es el único que puede vindicar a Dios porque nosotros no podemos supuestamente guardar la ley divina, y seguiremos pecando hasta la venida misma del Señor. Según este enfoque, no habrá una última generación que guarde la ley de Dios en forma perfecta, y vindique así el carácter de Dios.

Siendo que el Espíritu de Profecía es tan claro en la necesidad de vindicar a Dios guardando su Ley, tienden a desmerecer el Espíritu de Profecía y a pretender que ellos se basan en la Biblia y en la Biblia sola. Sin embargo, se ha demostrado que la teología de la última generación se basa en la Biblia, y puede defenderse por sí misma, aún sin la confirmación y ampliación tan maravillosa del Espíritu de Profecía. Eso se ve en la tesis doctoral de Armin Kritzing, *The Doctrine of Last Generation Theology for Seventh-day Adventists: A Defense* (comentada más arriba).

Las consecuencias de esta interpretación *prelapsaria radical* se está viendo hoy en la iglesia adventista, en una corriente *antinomianista* que relaja las normas divinas, y la lleva a asemejarse al mundo. Eso lo heredan de las iglesias evangélicas y protestantes, cuyo resultado se ve también en la corrupción babilónica que están experimentando y que se extiende a todo el mundo. No ven la importancia de la santificación que requiere guardar la ley de Dios. Para ellos, la santificación es algo automático y secundario. Por eso, lo único que cuenta para ellos es la justificación divina que, en la práctica, sirve como remedio para una *vida de pecado*, no para una *liberación del pecado*. Buscan, además, ajustar la Biblia a las normas distorsionadas de la sociedad actual, y desmerecen el testimonio de Jesús revelado mediante el don de profecía. En este contexto, la Biblia deja de mirarse como un libro relevante para nuestra época, sino como un texto anticuado que ha sido superado por la sociedad moderna.

c) Los prelapsarios espirituales

Crean que, aunque el Hijo de Dios heredó la naturaleza física debilitada de Adán por más de 4.000 años de pecado, su naturaleza espiritual fue como la de Adán antes de la caída, libre de toda tendencia al mal. Esa naturaleza de Cristo fue perfecta y santa desde la gestación y el nacimiento (Luc 1:35). Su perfeccionamiento tuvo que ver con su misión de ser nuestro Salvador, y con el cumplimiento del papel del Siervo sufriente que pudiese entender nuestras flaquezas (Heb 2:9-11; cf. Is 53:10-11).

“El capitán de nuestra salvación fue hecho perfecto mediante el sufrimiento. ¿No era perfecto antes?—Sí. Pero fue hecho un salvador perfecto al aprender obediencia por las cosas que sufrió” (“It is best to be Christians”, en *ST* 5-20-89, 8).

Según esta interpretación, ¿es necesaria la vindicación del carácter de Dios por su pueblo, y en especial por la última generación? Sí. Dios debe demostrar también ante el universo, que su poder es suficiente para transformar el carácter de su pueblo para que refleje en forma perfecta el carácter de su Hijo, a pesar de cargar ese pueblo con más de 6000 años de herencia pecaminosa y tendencia al mal. Se requiere que el Señor lleve su empresa de salvación a feliz término con el triunfo completo de la última generación. Porque si falla en la parte final, el honor de Dios y de su carácter se pierde al quedar manifiesta su impotencia para transformar a su pueblo a su imagen.

Esa última generación de redimidos dejará de pecar antes de la venida del Señor. Mediante el derramamiento final del Espíritu Santo, y el crisol de la persecución que quemará toda escoria de pecado, Dios probará ante las inteligencias celestiales que su poder es suficiente para mantener en pie, libres de todo pecado, a los que esperan a Cristo en su venida (Apoc 6:17; 14:1-5).

“No debemos retener una sola tendencia pecaminosa... [Eph 2:1-6]. Las tendencias al mal, hereditarias y cultivadas, son eliminadas del carácter a medida que participamos de la naturaleza divina, y somos convertidos en un poder viviente para el bien. Cooperamos con Dios en el triunfo sobre las tentaciones de Satanás aprendiendo siempre del divino Maestro, participando diariamente de su naturaleza. Dios actúa y el hombre actúa para que éste pueda ser uno con Cristo como Cristo es uno con Dios” (*MSV* 233).

IV. La perfección bíblica actual

Los que niegan que el carácter del pueblo de Dios pueda llegar a ser perfecto en la crisis final se esfuerzan tremendamente para jugar con los significados posibles del término griego con el propósito de mantener su hipótesis derrotista. No vemos esa preocupación en los textos claves de la Biblia o del Espíritu de Profecía. Pero no hay necesidad de afinar el lápiz para hacerle decir al texto lo que no dice. La clase de perfección que Dios espera de su pueblo se compara con el carácter de Cristo. Por consiguiente, para negar esa clase de perfección, los que tratan de rebajar la norma de perfección, intentan hacerlo buscando posibles diferencias entre el carácter de Cristo y el de la última generación.

Comencemos preguntándonos si es posible lograr la perfección del carácter. La respuesta es “Sí,” y “No.” Por nosotros mismos no. Por la gracia de Dios sí y, aun así, tal perfección *en Cristo* tiene sus limitaciones. Requiere el esfuerzo humano, porque se trata de una “cooperación divino-humana”. Pero requiere también la compensación divina de la gracia impartida de Cristo.

a) Veamos primero el “Sí”

¡Sí! Dios no pide lo imposible. “Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mat 5:48). Pero cada uno en su esfera. Dios tiene la perfección absoluta porque puede mirar el universo desde la eternidad pasada a la eternidad futura, tanto en el macrocosmos como en el microcosmos. Puede contemplar todo lo que pasa en cada rincón del espacio infinito. Pero nuestra mirada es limitada, y podemos cometer errores malinterpretando a otros y no ser capaces de distinguir la naturaleza de muchas cosas.

“Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Is 55:9). “En cada grado de desarrollo, nuestra vida puede ser perfecta, pero si se cumple el propósito de Dios para con nosotros, habrá un avance continuo” (PVGM 50). “Gloriosa es la esperanza del creyente mientras avanza por fe hacia las alturas de la perfección cristiana” (HA 425).

¿Qué significa ser perfecto en nuestra esfera, en cada grado de desarrollo? Significa que debemos avanzar de victoria en victoria, no de derrota en derrota. El énfasis que pone la Biblia es en la victoria que se obtiene aún después de haber caído. “Siete veces cae *el justo* y vuelve a levantarse” (Prov 24:16). No dice que cae siete veces *el injusto*. Porque su carrera no va hacia abajo, de derrota en derrota, sino hacia arriba, “de gracia en gracia” (RH Junio 10, 1884), “de fortaleza en fortaleza, de gloria en gloria” (E. G. White, 6 CBA, 114; 2 Cor 3:18).

Salomón se centra, así, en el lado positivo. El justo se repone de su caída. Su carrera va de victoria en victoria, “la victoria sobre cada acosamiento, sobre el orgullo, el egoísmo, el amor al mundo, y sobre cada mala palabra y acción” (PE 71), hasta que vence definitivamente su falta. Porque “por el Eterno son ordenados los pasos del hombre, y el Eterno se deleita en su camino. Cuando caiga, no quedará derribado, porque el Eterno sostiene su mano” (Sal 37:23-24).

Ser perfecto en nuestra esfera significa ser fiel a la luz que hemos recibido, lo que trae al mismo tiempo limitaciones según la educación y el grado de conocimiento que tenemos de la voluntad de Dios. Ya que “por medio de la ley viene el conocimiento del pecado” (Rom 3:20). Por ejemplo, “yo no hubiera llegado a conocer el pecado si no hubiera sido por medio de la ley; porque no hubiera sabido lo que es la codicia, si la ley no hubiera dicho: no codiciarás” (Rom 7:7). En efecto, “el pecado es transgresión de la ley” (1 Jn 4:3), pero “donde no hay ley, no se inculpa de pecado” (Rom 5:13), por lo cual “tampoco hay transgresión” (Rom 4:15; 5:13).

- ¿Cómo define la Biblia la palabra “perfecto”?

Algunos han querido acomodar el pasaje del apóstol Pablo en Filip 3:15, donde dice que “somos perfectos”, traduciendo el griego *teleiōo* por “maduro”, no por “perfecto”. Pero no pueden escapar tampoco a la aparente contradicción del v. 12 donde el apóstol admite que no ha alcanzado la perfección final que se obtendrá una vez que se llegue a la meta. ¿Dice realmente Pablo que no es maduro todavía, para luego admitir que lo es? “Perfecto” tiene más sentido que “maduro” en ambos casos. Y esa perfección entra dentro de las tensiones del evangelio entre el *ya* y el *todavía no*.

En Cristo somos perfectos si lo aceptamos como huésped permanente, estamos en paz con él. Pero sabemos que no hemos llegado a la meta aún, la de “un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef 4:13). Pablo era humilde, a tal punto que se

consideraba el mayor de los pecadores en vista de su pasado, y ese mismo hecho le permitía acercarse a la perfección de Cristo quien dijo “soy manso y humilde de corazón” (Mat 11:29).

Veamos cómo suena la orden de Cristo interpretando el término *teleiôo* con el significado de “maduro”. “Sed pues vosotros maduros como vuestro Padre es maduro” (Mat 5:48). ¿Qué? ¿Dios maduro? No. Él es perfecto desde toda la eternidad. Esa traducción no va. No conozco ninguna traducción que haya traducido ese versículo de esa manera. Tampoco puede traducirse “sed vosotros maduros como vuestro Padre es perfecto”.

Estamos de acuerdo en que *teleiôo* implica también madurez, pero se relaciona con lo máximo en el crecimiento, con algo completo, con la perfección. En armonía con ese hecho vemos varios pasajes del *Espíritu de Profecía* que usan el término “perfección” dentro de los límites humanos. Por lo cual no hay necesidad de complicar la discusión. Es preferible expresarse como ella lo hace en armonía con la Biblia, afirmando que *nuestra perfección es en Cristo*, y que debemos ser *perfectos en nuestra esfera, así como Dios lo es en la suya*. Sólo así podrá el honor de Dios ser vindicado ante el universo.

Algunos han tratado de explicar la palabra “perfecto” por la presunta interpretación que Lucas habría dado de “misericordioso” (Luc 6:36). En ese caso podría también decirse que Mateo interpretó la palabra “misericordioso” como “perfecto”. La explicación que trata de esquivar la palabra “perfecto” en Mat 5:48 es forzada. Dios tiene muchos atributos morales y espera que nosotros los poseamos también. Lo más que podemos deducir es que, de las muchas cosas que Jesús dijo e hizo (Jn 21:25), Mateo recordó la perfección, y Lucas recordó la misericordia. Más aún, la ley de Dios que refleja la perfección de su carácter es una ley de amor, porque nadie puede amar a otro si no guarda la ley (Jn 14:15; Rom 13:8-10).

Tenemos que considerar no sólo las posibilidades lexicográficas de la traducción de un término, sino mirarlo dentro del contexto en el que el término *teleiôo* se usa en otros pasajes del Nuevo Testamento, lo que no permite forzar la exégesis para darle un significado diferente (Ef 4:12-13). Veamos el contexto en que se usa ese término en otros pasajes, lo que nos ayudará a evitar rebajar la idea expresada por el término “perfección”.

“Para que estéis *firmes, perfectos y completamente seguros* en toda la voluntad de Dios” (Col 4:12). “Que la paciencia tenga su *perfecto* resultado, *para que seáis perfectos y completos, sin que os falte nada*” (Sant 1:4).

Aquí vemos que la palabra perfecto está asociada a “firmes”, “completamente seguros”, “resultado perfecto”, “completos”, sin nada que falte. Veamos otros pasajes en donde esa palabra, y su equivalente hebreo, está ligada a las palabras “justo”, “andar con Dios” (Gén 6:9), “recto”, “temeroso de Dios”, “apartado del mal” (Job 1:1,8; 2:3), que no peca (2:10), “irreprensibles en todos los mandamientos y preceptos del Señor” (Luc 1:6).

Así, ser perfecto significa guardar los mandamientos de Dios y tener comunión con Dios estando libre de pecado. Como Jesús cuando dijo a los fariseos, “¿quién de vosotros me redarguye de pecado?” (Jn 8:46). Y eso es lo que Dios espera de nosotros luego de justificarnos por la fe y otorgarnos la paz que necesitamos y a la que no debemos renunciar (Rom 5:1).

La obediencia a los mandamientos de Dios no nos hace automáticamente justos. Los fariseos esperaban obtener la justicia por guardar la ley de Dios, “sin falta” en la forma (Filip 3:6). Pero tenemos que buscar la justicia de Dios revelada en Cristo y ver a Cristo en la ley (v. 9; Rom 3:19ss). Esa es la razón por la que debemos evitar volvernos *antropocéntricos* en nuestra consideración de la perfección de la última generación. Porque eso podría llevarnos a caer en la trampa farisea. “Pongan su mirada en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque Uds. murieron, y vuestra vida está ahora escondida con Cristo en Dios” (Col 3:2-3).

Repasemos cómo confirman este hecho las citas del Espíritu de Profecía que vimos más

arriba.

“Todo el que cumpla por fe los mandamientos de Dios, alcanzará *el estado de impecabilidad en que vivía Adán antes de la caída*” (ST, 21 de julio de 1902; MSV 232). “*Se requiere obediencia exacta, y los que dicen no ser posible llevar una vida perfecta, arrojan sobre Dios la acusación de injusticia y falsedad*” (6 RH 519).

Dijo Jesús a la iglesia de Sardis: “no he hallado tus obras perfectas delante de Dios” (Apoc 3:2). Y a los que se hayan “preparado” para participar de las bodas del Cordero, escribió Juan que se les concederá que se vistan “de lino fino, limpio y resplandeciente”, lo que representa “las acciones justas de los santos” (Apoc 19:8).

“Dios nos invita a que alcancemos la norma de perfección y pone como ejemplo delante de nosotros el carácter de Cristo. En su humanidad, perfeccionada por una vida de constante resistencia al mal, el Salvador mostró que *cooperando con la Divinidad los seres humanos pueden alcanzar la perfección de carácter en esta vida*. Esta es la seguridad que nos da Dios de que nosotros también podemos obtener *una victoria completa*” (HA 424).

Pero muchos reaccionan contra la palabra “perfecto” porque la malinterpretan. Se resisten a usar ese término porque piensan que se refiere a alguien que ha vencido el pecado para siempre y que, por lo tanto, ostenta no pecar más. No, eso no es lo que significa la perfección bíblica. El pecador que ha vencido el pecado puede caer y, de hecho, aquellos a quienes en su momento la Biblia atribuye el término perfecto o sus equivalentes, “recto”, “irrepreensible”, pecaron después. Noé, por ejemplo, pecó después que Dios se refirió a él como “perfecto” y “justo” (Gén 6:9; 9:21).

Lo mismo puede decirse de Zacarías y Elizabet quienes eran “justos” e “irrepreensibles” en todos los mandamientos de Dios, y sin embargo Zacarías dudó después de la promesa del ángel (Luc 1:6,18-20). De David dijo Dios: “He hallado a David..., varón conforme a mi corazón, el cual hará todo lo que yo quiero” (Hech 13:22; 1 Sam 13:14). Y aunque había sido “*recto* ante los ojos del Eterno, y no se había apartado de nada de lo que él [Dios] le había ordenado durante todos los días de su vida”, el relato bíblico destaca una excepción básica: “excepto en el caso de Urías hitita” (1 Rey 15:5).

Por esa misma razón, aunque podemos y debemos tener una conciencia aprobada por Dios por haber confesado nuestros pecados y permanecer fieles a sus mandamientos (Hech 23:1; 24:16; Rom 5:1; 9:1; 2 Tim 1:3; 1 Ped 3:21), no debemos jactarnos o alardear de ser perfectos o irrepreensibles. “Los que han sentido el poder santificador y transformador de Dios no deben caer en el error peligroso de pensar que están sin pecado, que han alcanzado el estado más alto de la perfección, y que están más allá del alcance de la tentación” (ST, Feb 4, 1897). “El que piensa estar firme,” dijo el apóstol, “mire que no caiga” (1 Cor 10:12). Ni siquiera la última generación que pasará por el tiempo final de angustia y será trasladada en vivo al reino eterno, podrá jactarse de ser perfecta. Dejemos que Dios lo declare en su tribunal, porque él es el único que conoce a fondo nuestros corazones.

b) Veamos ahora el “No”

Hay un blanco, un objetivo final, y es el de alcanzar la norma de perfección de carácter que tuvo Cristo, que supera nuestra condición actual. Por eso debemos esforzarnos en imitarlo, en ser semejantes a él, sabiendo que somos deficientes y que no podemos alcanzar su perfección por nosotros mismos. Venimos con falencias inherentes, estamos

acostumbrados a pecar, y aunque debemos progresar en la santidad, por más que nos esforcemos, no podremos ser *iguales* a Cristo. Esto no lo quieren reconocer los *postlapsarios* para quienes ser “semejante” a Cristo es *lo mismo* que “igual”.

Pablo, por ejemplo, quien acabamos de ver que tenía una conciencia aprobada por Dios, admitió que en la dimensión a la que Dios quería llevar a su pueblo, todavía no era perfecto. Estas son sus palabras cuyo significado principal ya analizamos.

“No que ya lo haya alcanzado o que ya haya llegado a ser perfecto, sino que sigo adelante, a fin de poder alcanzarlo... Hermanos, yo mismo no considero haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta para obtener el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filip 3:13-14).

“*Nunca podremos igualar el Modelo*, porque es una bondad infinita la que se efectuó en su naturaleza humana. [No obstante], *debiéramos hacer esfuerzos determinados* con todos los poderes de nuestro ser *para seguir su ejemplo*” (16 MR 1213 199). “No podemos *igualar* el modelo, pero podemos imitarlo y, según nuestra capacidad, obrar de una manera *semejante*” (2 T 170).

“*No podemos nunca igualar el modelo; pero podemos imitarlo y asemejarlo* según nuestra habilidad” (RH, Feb 5, 1895). “El Señor no puede aceptar *nada que sea menos que la perfección de carácter, la plenitud a Dios. Todo servicio de medio corazón* testificará ante las inteligencias celestiales que *han fracasado en copiar el Modelo*” (YI, Oct 13, 1892).

“Los que esperan un día estar ante el trono del Dios de los dioses y del Señor de los reyes, deben vivir cada día de tal manera que pueda descansar sobre ellos la aprobación de Dios. Deben buscar diariamente quitar las manchas de carácter que conducen al pecado, y traer a sus vidas la perfección del carácter que todos los que quieran tener una parte en el reino de los cielos deben revelar” (YI, Oct 29, 1907).

“Deben todos recordar que *no han alcanzado aún la perfección, que la obra de edificar el carácter no está aún terminada*. Si caminaran en cada rayo de luz que Dios ha dado; si se comparasen a sí mismos con la vida y el carácter de Cristo, discernirían dónde han caído para cumplir los requerimientos de la santa ley de Dios y buscar hacerse a sí mismos *perfectos en su esfera, así como Dios en el cielo es perfecto en la suya*... Durante estas horas de gracia deben buscar la perfección del carácter. Deben aprender diariamente de Cristo” (PM 74).

Nuestra preocupación no debe ser rebajar a Cristo *igualándolo a nosotros*, sino procurar ser *semejantes a él*. Si pensamos que podemos ser perfectos por nuestros propios esfuerzos, nos equivocamos. Necesitamos la gracia de Cristo para progresar, para crecer en la santidad. Por lo que, si nos miramos a nosotros mismos, veremos la meta de la perfección del carácter, de la santidad, como inalcanzable. Pero si miramos a Cristo, todo es posible. “Todo lo puedo”, dijo el apóstol Pablo, “en Cristo que me fortalece” (Filip 4:13).

Pero ¿nunca llegaremos a obtener la perfección de carácter en esta vida? Sí. Pero será siempre una perfección “en Cristo”. A eso apunta el evangelio. La predicación del apóstol Pablo tenía como propósito “presentar *perfecto en Cristo* a todo hombre” (Col 1:28). La muerte debe encontrarnos creciendo en santidad. Ya que la santificación es un proceso que dura toda la vida.

El apóstol Juan dice también que “todo aquel que permanece en él, no peca...” Y “todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1 Jn 3:6,9; 5:18). Porque “la luz resplandece en las tinieblas”, y ambas no pueden cohabitar (Jn 1:5; 1 Jn 1:5).

“El espíritu está luchando contra la carne, y la carne contra el espíritu, y uno de los dos tiene que vencer. Si el alma es santificada por la verdad, odia y resiste el pecado, porque acepta a Cristo como huésped honrado. Pero Cristo no puede compartir un corazón dividido; el pecado y Jesús nunca están en sociedad” (TM 160).

Por otro lado, “si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros”. Por lo que “si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con Dios a Jesucristo el justo” (1 Jn 2:1).

c) La vindicación de la ley de Dios

Vimos que hay una perfección actual que Dios quiere otorgarnos y que, para recibirla, requiere que *combinemos nuestro débil esfuerzo humano con su poder*. Esa perfección es una perfección en Cristo, que exige humildad y abnegación. Tiene que ver también con la vindicación de su ley en medio de un mundo que la pisotea. Esa vindicación debe comenzar ahora y completarse antes de la segunda venida de Cristo.

Vimos también que no podemos vindicar el carácter de Dios predicando una cosa y viviendo otra. Vindicar a Dios implica vindicar su ley. Y, ¿cómo vamos a vindicar la ley divina si mentimos, robamos, cometemos crímenes, y no respetamos el día que Dios escogió para que lo reconozcamos como nuestro Creador? Por eso insiste el Espíritu de Profecía en el llamado a cooperar con Dios en nuestra búsqueda de santidad, en esforzarnos para alcanzar la vida eterna. Ya que Dios no pide nada imposible. Cuando ordena, capacita para obedecer al que quiere recibir su poder para ser fiel y vencer. Veamos las palabras de Pablo primero.

“Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Cor 9:25-27). “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filip 2:12-13).

“Vuestra obediencia a los mandamientos de Dios evidenciará vuestro derecho a una herencia con los santos en la luz. Dios ha escogido cierta excelencia de *carácter* y todo aquel que, por la gracia de Cristo, *alcance la norma por él requerida*, tendrá amplia entrada en el reino de gloria.

“Todo aquel que quiera alcanzar esta norma de carácter tendrá que hacer uso de los medios que Dios ha provisto para dicho fin. Si queréis heredar el reposo perdurable prometido a los hijos de Dios, tendréis que llegar a ser *colaboradores de Dios*. Sois elegidos para llevar el yugo de Cristo, vale decir, llevar su carga, cargar su cruz... Escudriñad las Escrituras y veréis que *no se elige a ningún hijo o hija de Adán para que sea salvo si desobedece la ley de Dios*” (ECR 225).

d) La humildad caracteriza a los que están más cerca de la perfección en Cristo

Es cierto que debemos esforzarnos para cumplir la ley de Dios, y que no debemos pretender que lo único que necesitamos es creer. Pero ese esfuerzo debe estar completamente desprovisto de justicia propia y jactancia. El que más cerca está de representar a Cristo es el que se humilla ante Dios y confía únicamente en los méritos de un Salvador amante que dio su vida por él. Por eso sabemos que el papa no está cerca de Dios, porque se jacta de ser

Santo Padre, Su Santidad. Nadie tiene carne santa.

“Nuestra única seguridad está en desconfiar constantemente de nosotros mismos y confiar en Cristo” (PVGM 119,120). “Hay muchos que... admiten que el hombre está caído..., pero añaden que Cristo ha llevado todas las cargas, todos los sufrimientos, toda la abnegación, y que están dispuestos a dejar que él lo lleve todo. Dicen que no hay nada que puedan hacer sino creer; pero dijo Cristo: ‘Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame’ (Mat 16:24)” (1 MS 368).

La permanente desconfianza de nosotros mismos no significa que tenemos que salir a la calle con miedo, sino no exponernos presuntuosamente a situaciones de riesgo para no caer en la trampa del enemigo. Significa velar y orar para no caer en tentación, especialmente cuando estamos en medio de una situación peligrosa (Mat 26:41). Nuestra confianza es en Dios, no en nuestra capacidad para salir airoso de la tentación.

“Nunca debemos descansar satisfechos de nuestra condición y cesar de progresar diciendo: ‘Estoy salvado’. Cuando se fomenta esta idea, cesan de existir los motivos para velar, para orar, para realizar fervientes esfuerzos a fin de avanzar hacia logros más elevados... No puede jactarse de la victoria el que se reviste de la armadura, pues tiene todavía que pelear la batalla y ganar la victoria. El que persevera hasta el fin es el que será salvo” (1 MS 368,369).

“Se chasquearán los que esperan contemplar un cambio mágico en su carácter sin que haya un esfuerzo decidido de su parte para vencer el pecado. Mientras contemplemos a Jesús, no tendremos razón para temer... Pero podemos temer constantemente para que nuestra vieja naturaleza no gane otra vez la supremacía, no sea que el enemigo invente alguna trampa por la cual seamos otra vez sus cautivos” (Mar 225, 7 de agosto).

La siguiente larga cita del libro *El Conflicto de los Siglos* expone de una manera magistral el hecho de que sólo en la humildad estaremos más seguros de caer y de acercarnos a Cristo en nuestras aspiraciones a la perfección o santidad.

“Los que experimenten la santificación de que habla la Biblia, manifestarán un espíritu de humildad. Como Moisés, contemplaron la terrible majestad de la santidad y se dan cuenta de su propia indignidad en contraste con la pureza y la alta perfección del Dios infinito.

“El profeta Daniel fue ejemplo de verdadera santificación. Llenó su larga vida del noble servicio que rindió a su Maestro. Era un hombre ‘muy amado’ (Daniel 10:11) en el cielo. Sin embargo, en lugar de prevalerse de su pureza y santidad, este profeta tan honrado de Dios se identificó con los mayores pecadores de Israel cuando intercedió cerca de Dios en favor de su pueblo: ‘¡No derramamos nuestros ruegos ante tu rostro a causa de nuestras justicias, sino a causa de tus grandes compasiones!’ ‘Hemos pecado, hemos obrado impiamente’ ... (Dan 9:18,15,20; 10:8).

“Cuando Job oyó la voz del Señor de entre el torbellino, exclamó: ‘Me aborrezco, y me arrepiento en el polvo y la ceniza’ (Job 42:6). Cuando Isaías contempló la gloria del Señor, y oyó a los querubines que clamaban: ‘¡Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos!’, dijo abrumado: ‘¡Ay de mí, pues soy muerto!’” (Is 6:3,5).

“Después de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo y haber oído cosas que no le es dado al hombre expresar, Pablo habló de sí mismo como del ‘más pequeño de todos los santos’ (2 Cor 12:2-4; Ef 3:8). Y el amado Juan, el que había descansado en el

pecho de Jesús y contemplado su gloria, fue el que cayó como muerto a los pies del ángel (Apoc 1:17).

“No puede haber glorificación de sí mismo, ni arrogantes pretensiones de estar libres de pecado por parte de los que andan a la sombra de la cruz del Calvario. Harta cuenta se dan de que fueron sus pecados los que causaron la agonía del Hijo de Dios y destrozaron su corazón; y este pensamiento les inspira profunda humildad. Los que viven más cerca de Jesús son también los que mejor ven *la fragilidad y culpabilidad de la humanidad*, y su sola esperanza se cifra en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado” (CS 463).

e) Llamado a vindicar la ley de Dios

Hay muchas citas en la Biblia y en el Espíritu de Profecía que exhortan a vindicar la ley de Dios. ¿Tenemos que pretender que esas declaraciones implican creer en “carne santa”? ¿Estamos pensando que debemos tener carne santa para insistir en la necesidad de guardar el sábado? Noé fue un varón *justo y recto* que vindicó la ley de Dios en medio de la degradación más grande del mundo de sus días antes del diluvio. Lo mismo hizo “el *justo Lot*”, quien afligía su alma en Sodoma al ver todo lo que se hacía a su alrededor (2 Ped 2:7-8). Y en medio de la apostasía y rebelión de Israel, “el Eterno se complació por causa de su justicia en *hacer la ley grande y honorable*” (Is 42:21).

Al leer las siguientes afirmaciones del Espíritu de Profecía que exhortan a vindicar la ley divina, preguntémonos si el plan de Dios para la Iglesia Adventista se cumple afirmando—como lo están haciendo muchos ahora—que no se puede guardar la ley de Dios.

“Dios tiene un pueblo distinto, una iglesia en la tierra, que no es inferior a otro alguno, sino superior a todos en su capacidad de enseñar la verdad y *vindicar la ley de Dios*. Dios tiene agentes designados divinamente, hombres a quienes está guiando, que han soportado el calor y la carga del día, que están *cooperando con los instrumentos celestiales* en hacer progresar el reino de Dios en nuestro mundo. Únanse todos con estos agentes escogidos, y sean hallados al fin entre aquellos que tienen la paciencia de los santos, que guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús” (2 JT 362).

“Como obreros, debemos unirnos para desaprobar y condenar cualquier cosa que tienda en lo mínimo a aproximarse al mal en lo que atañe a nuestra asociación con otras personas. Nuestra fe es santa; *nuestra obra consiste en vindicar el honor de la ley de Dios*, y su naturaleza no es tal que tienda a degradar los pensamientos o el comportamiento de nadie” (2 MS 33).

“Dios tiene una iglesia viva que milita no todavía como una iglesia triunfante y por lo tanto como siervos del Dios altísimo hay que hacer frente a dificultades que se repiten a través de la historia desde los días de Pablo hasta hoy. El llamado de Dios es a permanecer firmes y *levantar el estandarte de la verdad de su ley*. Tales hombres son los que pueden permanecer firmes en defensa de la verdad. Si prosiguen aprendiendo, *Dios podrá utilizarlos para vindicar su ley* (2 MS 262).

“Todos los que vivimos sobre la faz de la tierra tendremos pruebas. Habrá circunstancias en que, por la providencia de Dios, *hemos de ser convocados a vindicar nuestra fe*. Tendremos que ofrecer evidencias claras que manifiesten de qué lado del conflicto estamos. *O respaldamos la santa ley de Dios, o estaremos del lado de los transgresores*. Seremos probados como Noé lo fue. Y aunque en aquellos días la corrupción era un fenómeno casi universal, ¿acaso creyó Noé que no valía la pena estar a favor de la ley de Dios? Todo lo contrario, asumió su posición como noble en la corte del Señor y se mantuvo del lado de la justicia, porque eso era lo correcto” (Manuscrito

86, 1886; *El Cristo Triunfante*, 61).

f) La tensión entre “el ya y el no todavía”

Vimos ya que en la perfección cristiana se da el “sí” y el “no”. Tiene que ver con la tensión conocida en teología como “el ya y el todavía no” que encontramos en la Biblia. Los apóstoles anunciaron la llegada de la época final porque con la primera venida de Cristo había terminado la era de las sombras y prefiguraciones, y comenzado la era del cumplimiento (Hech 2:17; Ef 1:10; Heb 1:2; 1 Jn 2:18, etc). Pero esa nueva era de cumplimientos tendría también un “tiempo del fin” anunciado especialmente por el libro de Daniel, que llevaría el plan de salvación a su consumación (Dan 8:17-19; 11:40; 12:1; Hech 3:19-21, etc).

Esta tensión se ve de nuevo en que fuimos ya adoptados como hijos (Rom 8:15), pero no del todo aún porque esperamos una adopción futura (Rom 8:23). Somos ya redimidos en Cristo (Ef 1:7), pero no todavía completamente redimidos (Ef 4:30); somos santificados ya en Cristo (1 Cor 1:2), pero no estamos aun completamente santificados (1 Tes 5:23-24); somos ya salvos en Cristo (Ef 2:8), pero no todavía completamente salvos (Rom 5:9); fuimos ya resucitados espiritualmente con Cristo (Ef 2:6), pero esperamos la resurrección física final (1 Cor 15:52). Pablo dijo que somos ya hechos perfectos en Cristo (Filip 3:15), pero no hemos alcanzado aún la perfección que Dios aspira que tengamos más adelante (Filip 3:12-14).

Muchas de estas “tensiones” se explican por el hecho de que hay un cumplimiento actual *espiritual*, y otro que debe consumarse *literalmente* al final. En esa consumación final no hay que olvidar jamás la necesidad de vindicar el Nombre de Dios impugnado por el ángel rebelde y los pecadores en la tierra (Dan 8:14; véase Lev 16:16-19; 20:3; Deut 12:5,11). Esa vindicación tiene lugar ahora mediante la iglesia, pero debe consumarse en la última generación en conjunción con el juicio investigador en el cielo.

Corresponde ahora que consideremos más de cerca el blanco final de Dios para su iglesia. ¿Habrá una última generación fiel que guarde los mandamientos de Dios? ¿Podrá Dios llevar su iglesia a una experiencia tal que, al final, refleje en forma perfecta el carácter de su Hijo?

V. La última generación se diferencia de las generaciones anteriores

La introducción del adventismo evangélico en nuestra iglesia, con su énfasis exclusivo en la expiación y en la vindicación de Cristo en el Calvario—según vimos más arriba—abre la puerta a negar otras verdades básicas de nuestra fe que nos legaron nuestros pioneros junto con la confirmación del Espíritu de Profecía. Algunos como Desmond Ford terminaron negando la misma necesidad del juicio investigador antes que Cristo venga para dar a cada uno según sea su obra. Creen que los fieles que han sido perdonados no necesitan ser juzgados por una corte celestial, a pesar de los numerosos pasajes que declaran que tanto los justos como los malvados serán juzgados (Ecl 12:14; Dan 7:9-10,22,26-27; Mat 12:36-37).

Con este criterio, otros teólogos y pastores han ido más lejos aún para negar que la última generación será diferente de las generaciones anteriores. Y con eso si no se niega, se debilita también la misión diferente que Dios nos dio en varios aspectos. Para negar la diferencia entre la última generación y las anteriores, han estado también negando aún la distinción entre los 144.000 y la gran multitud de Apocalipsis 7.

Nadie duda de que habrá una última generación. Pero ¿cómo llegará el pueblo de Dios a esa consumación? ¿Continuará pecando hasta la venida del Señor o vencerá para siempre el pecado? ¿Será el trigo como la cizaña, o habrá una diferencia bien marcada entre ambos? ¿Cuál es el propósito por el que el pueblo de Dios tenga que pasar por un tiempo de angustia no precedido por ninguna otra generación? Ya que el fin del mundo será precedido por un “tiempo de angustia cual nunca fue después que hubo gente hasta entonces” (Dan 12:1).

Tenemos que responder a estas preguntas porque, como ya vimos, hay un número de teólogos que están negando que la última generación será diferente de las anteriores. Sin embargo, algunas de las citas que vimos de E. de White sobre el llamado divino al pueblo adventista de vindicar la ley de Dios, apuntan al último acto del drama en el que Dios quiere ser vindicado por la última generación como no lo fue por ninguna otra. La cita que dice que Jesús no va a venir antes que “*el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo*” (EUD 36), revela que el carácter perfecto de Cristo no se ha reproducido aún en esta época. Y aunque en el pasado hubo gente que individualmente reveló ese carácter en forma notable, el desarrollo de la fe cristiana debía crecer hasta el final, cuando ese carácter tan ansiado por Cristo se cumpliría en forma plena en los sobrevivientes del último cuerpo de creyentes fieles.

¿Tiene esto fundamentación bíblica, o se basa sólo en las declaraciones del Espíritu de Profecía? ¡Sí, tiene fundamentación bíblica! Esa tensión entre el “ya” y el “no aún” que vimos, se encontraba en el ritual del santuario que tenía una purificación inaugural del altar y del pueblo en el primer mes (el “ya”: Lev 8:15; 9:3,15), y una purificación final del santuario y del pueblo en el séptimo y último mes eclesial, en sus lugares interiores (Lev 16:16-19,33). Así también Jesús inauguró el santuario celestial con su sangre y nos da entrada en su reino por su sangre también (Heb 1:3; 4:14-16). Pero debemos esperar a la consumación cuando el Nombre de Dios será vindicado en su etapa final (Dan 8:14; Heb 9:23).

a) El fracaso de Israel en su etapa final como nación

El apóstol Pablo concluye que la nación judía fracasó en su etapa final, cuando llegó el Mesías esperado.

“Israel, que iba tras una ley de justicia, no alcanzó esa ley. ¿Por qué? Porque no iban tras ella por fe, sino por obras. Tropezaron en la piedra de tropiezo... Pues desconociendo la justicia de Dios y procurando establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios” (Rom 9:31-32; 10:3). “Porque no permanecieron en mi pacto, yo me desentendí de ellos” (Heb 8:9).

En otras palabras, el Israel literal según la carne rechazó la justicia de Cristo y, en su lugar, pretendió que podía salvarse sólo por las obras. Y esa pretensión no formaba parte del pacto que requería el sacrificio del “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo” (Jn 1:29), y que los judíos rechazaron, razón por la cual no alcanzaron su objetivo. Pero, aunque “lo que buscaba Israel no lo ha alcanzado..., los elegidos lo han alcanzado, y los demás fueron cegados” (Rom 11:7). “Porque en verdad, a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva, como también a ellos; pero la palabra que ellos oyeron no les aprovechó por no ir acompañada de fe en los que la oyeron” (Heb 4:2).

Dios levantó entonces su iglesia formada por judíos y gentiles convertidos que alcanzan el “ya” de ese objetivo que el Israel literal no alcanzó. Aun así, esa iglesia debe aguardar la consumación del propósito final de Dios de ser plenamente representado por su pueblo. Digámoslo de otra manera. La iglesia militante une la fe y las obras por lo que *alcanza* el primer “ya” de la perfección en Cristo (Rom 11:7). Pero debe esperar al final para alcanzar la perfección plena (Filip 3:13-14), a cuya experiencia Dios quiere llevarla para transformarla en la iglesia triunfante. *¿Triunfará realmente la iglesia de Cristo, o fracasará en lograr ese cometido en su etapa final como fracasó la nación judía?*

Con el propósito de afirmar nuestra fe y confianza en el poder de Dios para que su iglesia triunfe al final, Dios nos dio las profecías apocalípticas que no son condicionales y que, por lo tanto, no dependen de nuestra respuesta personal para cumplirse. Dependen del designio o

plan divino de llevar a su pueblo a un triunfo completo. Si Dios cree que es posible nuestro triunfo, entonces creámonosle a él y entremos en ese designio trazado por el cielo para la redención de su iglesia.

“Mantengamos firme la profesión de nuestra fe, porque fiel es el que prometió, y estimulémonos al amor y a las buenas obras” (Heb 10:23). “Fiel es Dios, por medio de quien fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo” (1 Cor 1:9). “Fiel es Dios, que no permitirá que vosotros seáis tentados más allá de lo que podéis soportar, sino que con la tentación proveerá también la vía de escape, a fin de que podáis resistir” (1 Cor 10:13). “Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1 Tes 5:24). “También por la fe Sara misma recibió fuerza para concebir, aun pasada ya la edad propicia, pues consideró fiel al que lo había prometido” (Heb 11:11).

Dios cumplirá lo que “prometió desde los tiempos eternos, y no miente” (Tito 1:2). “A fin de que, por dos cosas inmutables, en las cuales *es imposible que Dios mienta*, los que hemos buscado refugio seamos grandemente animados para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros” (Heb 6:18). “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Rom 8:31-34).

Individualmente podremos perdernos. Pero como iglesia, se nos asegura que el último remanente triunfará. Habrá un pueblo al final que guardará “los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apoc 14:12). Ese es el último remanente del Israel espiritual del que habla la Biblia, que no será sucedido por ningún otro remanente (Apoc 12:17). Y confiemos en la dirección de Dios para que estemos y permanezcamos en ese remanente.

b) La última generación entra al lugar santísimo

Otra diferencia que se da entre la última generación y las generaciones anteriores es que sólo la última generación entrará por fe en el lugar santísimo, según la proyección tipológica del antiguo santuario de Israel. Esa proyección se cumple en el nuevo Israel porque la puerta al lugar santísimo se abre sólo al final, durante el juicio de la séptima trompeta (Apoc 11:15-19). Las generaciones anteriores están enmarcadas en el lugar santo como se ve en la sexta trompeta (Apoc 9:13), mientras que la última generación que vive en la época de la séptima trompeta se vincula con el lugar santísimo (Apoc 11:19).

Lo mismo vemos en la profecía de Daniel 8. Hay un *tamid* o “continua intercesión” que se cumple en el lugar santo, hasta que llega el momento de purificar el santuario al final de los 2300 días/años en 1844. El *tamid* que cumple el “Príncipe del Ejército” (un ser celestial: Dan 8:11; cf. Jos 5:13-15), no se efectuaba en el lugar santísimo, sino en el lugar santo. El evento purificador o vindicatorio que se cumple en “el tiempo del fin” (Dan 8:14,17,19), corresponde a la intercesión final en el lugar santísimo.

Lo mismo vemos en el Apocalipsis con Jesús ministrando las iglesias que están conectadas con los candelabros del santuario celestial (Apoc 1-3). Y al pasar a la segunda visión vemos el trono de Dios en el lugar santísimo, con los cuatro querubines y el libro sellado que se guardaba en el templo simbólico, al lado del arca o trono de Dios en el lugar santísimo (Apoc 4-5; cf. Deut 31:26).

La primera parte de la profecía de los 2300 días/años según el cómputo profético, fue “cortada” y “determinada” para el pueblo judío, el pueblo de Daniel (9:24). Dios dio a la

nación judía 70 semanas anuales de oportunidad para construir una sociedad justa que recibiese al Mesías en su primera venida. Pero esa nación rechazó al Mesías, y Dios destruyó su templo y su ciudad (Mat 22:7). Jesús lo anticipó a los dirigentes judíos de entonces. Les dijo: “el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él” (Mat 21:43).

“Se convertirán judíos, pero como nación están abandonados para siempre por Dios” (1 SG 107). ¿Por qué? El Espíritu de Profecía lo explica:

“Los judíos que rechazaron la luz concedida en el tiempo del primer advenimiento de Cristo, y se negaron a creer en él como Salvador del mundo, no podían ser perdonados por medio de él. Cuando en la ascensión Jesús entró por su propia sangre en el santuario celestial para derramar sobre sus discípulos las bendiciones de su mediación, los judíos fueron dejados en oscuridad completa y siguieron con sus sacrificios y ofrendas inútiles. Había cesado el ministerio de símbolos y sombras. La puerta por la cual los hombres habían encontrado antes acceso cerca de Dios, no estaba más abierta. Los judíos se habían negado a buscarle de la sola manera en que podía ser encontrado entonces, por el sacerdocio en el santuario del cielo... La puerta estaba cerrada para ellos”. No podían “recibir los beneficios de su mediación” (CS 483).

El reino de Dios fue ofrecido entonces a la iglesia de Cristo, y Dios puso a su Hijo como mediador suyo en el templo celestial. Le abrió a la iglesia cristiana la puerta del lugar santo por 1810 años (hasta 1844: Dan 8:14), como preparación para entrar a su culminación en el lugar santísimo. Pero cuando llegó el tiempo de comparecer por fe ante el arca con los diez mandamientos, las iglesias cristianas se negaron a entrar con Cristo allí por la fe, porque sabían que eso implicaba reconocer todos los mandamientos de Dios, incluyendo el del verdadero día de reposo, el séptimo día sábado.

“En esto estribaba el secreto de la oposición violenta y resuelta que se le hizo a la exposición armoniosa de las Escrituras que revelaban el servicio desempeñado por Cristo en el santuario celestial. Los hombres trataron de cerrar la puerta que Dios había abierto y de abrir la que él había cerrado” (Apoc 3:7-8; CS 488).

Ese rechazo priva todavía a las iglesias cristianas de guardar *todos* los mandamientos, y formar parte de la generación final “que guarda los mandamientos de Dios y tiene la fe de Jesús” (Apoc 14:12; 12:17). Por eso hay que extenderles el llamado a salir de Babilonia, explicándoles que la hora del juicio de Dios ha llegado (Apoc 14:6-8; 18:1-5).

En 1844 se cerró “la puerta de esperanza y de gracia por la cual los hombres habían encontrado durante mil ochocientos años acceso a Dios”, pero “otra puerta se les abría, y el perdón de los pecados era ofrecido a los hombres por la intercesión de Cristo en el lugar santísimo. Una parte de su obra había terminado tan sólo para dar lugar a otra... Son los que por fe siguen a Jesús en su gran obra de expiación, quienes reciben los beneficios de su mediación por ellos, mientras que a los que rechazan la luz que pone a la vista este ministerio, no les beneficia” (CS 482-3). “La condición de los judíos incrédulos ilustra el estado de los indiferentes e incrédulos entre los profesos cristianos que desconocen *voluntariamente* la obra de nuestro misericordioso Sumo Sacerdote” (CS 483).

La *generación judía* terminó mal porque se negó a entrar en el santuario celestial. Las

iglesias cristianas en general llegaron sólo hasta el lugar santo, y les irá mal también porque se niegan a entrar en el lugar santísimo. Dios suscitó entonces un movimiento profético que acepta su llamado a entrar al lugar santísimo, para conformar la última generación a la que Dios llama a guardar su ley. Esa es la última generación. Y la característica que Dios espera de ella es única, que guarde la fe de Jesús y todos sus mandamientos (Apoc 14:12). Esa característica *no formó parte de las generaciones precedentes*, aunque individualmente haya quienes hubiesen guardado la ley de Dios a cabalidad. Aun así, después de la era apostólica no tuvieron el don de profecía en su medio (Apoc 12:17; 19:10).

“Se me mostró que los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesucristo que se relacionaba con la puerta cerrada no se podían separar, y que *la época para que los mandamientos de Dios brillasen con todo su valor*, y para que el pueblo de Dios fuese probado con respecto a la verdad del sábado, *era cuando la puerta fuese abierta en el lugar santísimo* del santuario celestial, donde está el arca, *que contiene los diez mandamientos*. Esta puerta no se abrió hasta que terminó la mediación de Jesús en el lugar santo del santuario en 1844” (1 BIO 161).

“*El pueblo no estaba aún preparado para ir al encuentro de su Señor. Todavía le quedaba una obra de preparación que cumplir. Debía serle comunicada una luz que dirigiría su espíritu hacia el templo de Dios en el cielo*; y mientras siguiera allí por fe a su Sumo Sacerdote en el desempeño de su ministerio se le revelarían nuevos deberes. Había de darse a la iglesia otro mensaje de aviso e instrucción” (CS 477).

c) La tendencia a evitar entrar al lugar santísimo

Lo que estamos haciendo es responder a la afirmación errónea de que la última generación será como todas las demás. Pero al destacar las diferencias entre las generaciones anteriores y la nuestra, debemos cuidar de no caer en la trampa de jactarnos o ponernos como ejemplo ante los demás. Es Cristo quien debe ser glorificado por nosotros, no nosotros mismos. La luz mayor que tenemos sobre otras iglesias que se mantienen al nivel de los reformadores que las fundaron y que no progresan, debe llevarnos a sentir una responsabilidad mayor que supera nuestra capacidad, y requiere la gracia de Dios para poder cumplirla.

Algunos adventistas están queriendo ubicar la sexta trompeta en nuestra época. Pero la sexta trompeta está enfocada en el lugar santo (Apoc 9:13), y esa intercesión terminó allí en 1844 (Dan 8:14), para dar lugar a la intercesión final de Cristo en el lugar santísimo (Lev 16:16; Apoc 10:7; 11:15,19). Sólo cuando el sumo sacerdote terminaba su intercesión y juicio en el lugar santísimo, salía para purificar el resto del santuario. En ese acto final el movimiento del ritual iba del lugar santísimo hacia afuera, no del lugar santo hacia el santísimo (Lev 16:15-19; Apoc 10:1).

Los mismos autores que hoy están negando o relativizando la literalidad del santuario celestial, confunden también la última generación que será sellada por la ley de Dios, con la gran multitud que reunirá a los redimidos de todas las épocas (Apoc 7). Por eso insisten en que la última generación no se diferencia de las generaciones anteriores. Y hasta niegan la espacialidad y materialidad del santuario celestial, burlándose de lo que llaman “geografía” de ese templo. De manera que no ven que sólo los que entran con Cristo frente al arca del pacto en el lugar santísimo, pueden captar la real importancia de guardar la ley divina. Y por eso muchos de ellos pretenden que no se pueden guardar los mandamientos de Dios.

¡No! La última generación estará también con la gran multitud frente al trono de Dios, y su victoria final involucrará a todas las generaciones fieles que la precedieron (Apoc 7:9-17). Pero tendrá características propias. Esa generación final habrá sido sellada en vida (v. 4-8), y guardará todos los mandamientos de Dios. Estará en pie ante la venida del Hijo del Hombre

en plena vindicación de sus vidas, no escondiéndose detrás de las rocas y de los montes como los que se perderán (Apoc 6:15-17; 14:1).

Estas tendencias distorsionadas que distraen y confunden a la gente sobre la importancia de entrar con Cristo al lugar santísimo, llevan a la pérdida de identidad en la iglesia adventista. Abren la puerta a un universalismo *antinomianista* que se ve ahora en la introducción de todo tipo de corrupción. En el caso extremo caen en la presunción de creer que finalmente todos se van a salvar. Los que caen en esa trampa alteran el orden de la creación de Dios y pretenden que podrán salvarse de todas maneras con normas propias o aun viviendo depravadamente.

La consecuencia de empalidecer la obra de Cristo en el lugar santísimo en esta época, está llevando a muchos a querer imitar a los *evangélicos* que no prestan atención a la ley de Dios. Predican sólo del amor de Dios y la fe en Cristo, y no se dan cuenta que no se puede conocer realmente a Cristo sin tener en cuenta su doctrina, su ley. Eso los vuelve irresponsables y les imposibilita extender el llamado a salir de Babilonia, de la confusión y corrupción reinante en el mundo. Porque es la ley la que nos condena y nos hace sentir la necesidad de Cristo.

Así como los judíos pensaron que podían salvarse por el cumplimiento de la ley sin fe en el sacrificio del Cordero de Dios, así también muchos hoy se van al extremo opuesto. Piensan y predicán sólo del amor de Dios manifestado en la cruz, y dejan de ver a Cristo en la ley. Pero Dios levantó una última generación para mostrar al mundo la necesidad de unir la cruz y la ley, sin lo cual no habrá salvación.

d) Al entrar en el lugar santísimo contemplamos no sólo la ley sino también la gloria

Para captar la importancia de guardar la ley de Dios es necesario tener una visión de la gloria y santidad de Dios, aunque sea atenuada como se la veía en el lugar santísimo cubierta por una nube (Lev 16:2). Mientras que la gloria es vista, la santidad es percibida. Cuando el pueblo de Israel contempló la gloria de Dios, se aterrorizó. Sintió entonces la necesidad de un mediador que, en aquel entonces fue Moisés, figura del que iba a venir (Éx 20:19; Deut 18:15). La solemnidad producida por contemplar la gloria de Dios la percibió también Isaías cuando compareció en el lugar santísimo del templo celestial, quien igualmente se sintió morir (Is 6).

Ninguna generación anterior en el cristianismo fue confrontada en vida con la gloria de Dios como debía serlo la última. Es llamativo que, después de los apóstoles, no hubiesen tenido profetas durante todo ese tiempo. Y para poder contemplar la gloria divina sin velo alguno, sin una nube que la cubra en la segunda venida de Cristo quien vendrá en la gloria de su Padre (Mat 16:27; 24:30; Apoc 1:7), debían comparecer primero por fe en el lugar santísimo del templo celestial. De allí que el *Día de la Expiación* era tan solemne que requería la humillación del pueblo so pena de ser consumidos por la gloria de Dios (Lev 23:27-32; véase 10:1-3; 16:1-2).

“La visión dada a Isaías *representa la condición del pueblo de Dios en los últimos días.* Tienen el privilegio de ver por la fe la obra que está yendo adelante en el santuario celestial. ‘Y el templo de Dios se abrió en el cielo, y *se vio allí en su templo* el arca de su testamento’ [Apoc 11:19]. Mientras miran por fe en el lugar santísimo, y ven la obra de Cristo en el santuario celestial, perciben que son un pueblo de labios impuros—un pueblo cuyos labios han hablado a menudo vanidad, y cuyos talentos no han sido santificados y empleados para la gloria de Dios. Bien pueden desesperarse al contrastar su propia debilidad e indignidad con la pureza y hermosura del carácter glorioso de Cristo. Pero si, como Isaías, reciben la impresión que el Señor designa que sea hecha sobre el corazón, si humillan sus almas delante de Dios, hay esperanza para ellos. El

arco de la promesa está arriba del trono [Apoc 4:3], y la obra hecha por Isaías será efectuada en ellos. Dios responderá a las peticiones que provengan del corazón contrito” (RH, Dec 22, 1896 par. 12).

¿Cuál es el blanco, el objetivo divino para la última generación? Lo dice el apóstol Pablo: llevarla a una santificación “completa”, guardarla irreprochable para la venida de Cristo.

“Absteneos de toda especie de mal. Y el mismo Dios de paz *os santifique por completo*; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea *guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo*. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1 Tes 5:23).

e) Se completa el misterio de Dios en el lugar santísimo

Otra diferencia entre la última generación y las generaciones anteriores es que *el pueblo que viva en los últimos días tendrá el mayor cúmulo de conocimiento de la revelación divina*. Ese conocimiento será indispensable para poder pasar con éxito por la tribulación final. Mientras que la apostasía de la iglesia que permitiría el levantamiento del anticristo en medio de ella, predicha por Daniel y Pablo, despreciaría la verdad, la última generación que estaría en pie cuando Cristo vuelva tendría, por contraste, “amor por la verdad” (2 Tes 2:10,12).

En lugar de mirar hacia arriba donde Jesús intercedía por su pueblo (Col 3:1-2), el anticristo hizo mirar a la iglesia hacia abajo, a un sacerdocio impostor que pretendía perdonar pecados, y a un anticristo que pretendería ocupar el lugar de Dios en la tierra. Dios levantó la Reforma Protestante en el S. XVI para sacar a luz grandes verdades que habían sido ocultadas al pueblo al sepultar la Biblia en conventos y en un idioma desconocido para la mayoría. Los Protestantes la tradujeron a los diferentes idiomas, y el conocimiento de la Palabra de Dios se expandió por toda la tierra.

Pero en lugar de seguir avanzando en la luz de la Palabra de Dios, las iglesias se estancaron en las verdades que descubrieron los reformadores. Dios suscitó entonces el movimiento adventista en el S. XIX, al que le concedió el don de profecía y le confió el mayor cúmulo de verdades para este tiempo. Esas verdades son necesarias para poder soportar la prueba final.

“Pero tú, Daniel, guarda en secreto estas palabras y sella el libro *hasta el tiempo del fin*. Muchos correrán de aquí para allá, y *el conocimiento aumentará*” (Dan 12:4: *Biblia de las Américas*).

¿Qué palabras debían ser guardadas en secreto hasta el tiempo del fin? Las que Daniel no podía entender sobre ese tiempo final, relativas a la purificación del santuario celestial, del tiempo de angustia y del juicio final (Dan 8:14,17,19,26-27; 11:40-12:4). El mismo ángel que le ordenó a Daniel sellar su libro en lo que tenía que ver con los sucesos del fin, fue el que se apareció a Juan para abrir ese conocimiento a la última generación. El ángel le dijo entonces:

“En los días de la voz del *séptimo ángel*, cuando esté para tocar la trompeta, entonces *el misterio de Dios será consumado*, como él lo anunció a sus siervos los profetas” (Apoc 10:7).

Juan es llevado a esa época final para experimentar lo que esa generación experimentaría. Porque esa experiencia que menciona Juan no se relaciona con la primera trompeta del Apocalipsis, sino con la última. Sería entonces, y no antes, que el conocimiento de ese

misterio de Dios sobre el “tiempo del fin” sería “completado” (*Berean Literal Bible*). Y la orden que Juan recibe, representando a esa generación final, es volver a predicar “el evangelio eterno” al mundo entero.

El apresuramiento de esa última generación para obtener ese conocimiento y compartirlo al mundo, que Daniel describió como corriendo de aquí para allí, Juan lo representa como siendo traído por un ángel que vuela por medio del cielo.

“Debes profetizar otra vez ante muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes” (Apoc 10:11). “Vi volar en medio del cielo a otro ángel que tenía el evangelio eterno para anunciarlo a los que moran en la tierra, y a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: ‘temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas’” (Apoc 14:6-7).

Ese es el segundo cometido universal que Dios da a su pueblo. El primero lo dio en los días de los apóstoles cuando les dijo que el evangelio debía ser predicado en todo el mundo antes que viniese el fin (Mat 24:14; 28:19-20; Hech 1:8). El segundo cometido universal lo recibe la última generación, y tiene que ver con todo lo que estaba involucrado en el tiempo del fin que anunció Daniel. Se trata del anuncio final que aparece resumido en el mensaje de los tres ángeles de Apoc 14, y en el cuarto de Apoc 18 que llena toda la tierra con su gloria.

El *misterio* del “evangelio eterno” no significa necesariamente que nada de ese misterio pueda conocerse. Mientras que Dios revela de a poco su plan de salvación, parte de ese misterio queda oculto hasta que llega el momento de darlo a conocer. En los días de los apóstoles, Dios reveló parte de ese misterio del evangelio de Cristo (Rom 16:25; Ef 3:3-4,9; Col 1:26-27; 2:2; 4:3). Esa parte tenía que ver con las verdades que debían establecerse en sus días. Pero la parte final de ese misterio que tenía que ver con la parte vedada del libro de Daniel acerca del tiempo del fin, debía consumarse o completarse antes de la venida del Señor.

El punto sobresaliente del “evangelio eterno” que debía darse al final sobre todo el mundo tendría que ver con el juicio en la época en que tal juicio habría comenzado, porque diría: “ha llegado la hora del juicio”, es decir, el juicio de Dios ya habría comenzado en el cielo. Es el evangelio de la consumación del ministerio de Cristo en el lugar santísimo del santuario celestial, lugar donde se establecería la corte final del juicio (Dan 7:9-10; Apoc 4-5; 11:15-19).

Hay una proyección en la vida cristiana que se cumple en cada persona y en la iglesia en general. Esa proyección debe ir en aumento hasta llegar a su consumación. Porque “la senda de los justos se asemeja a los primeros albores de la aurora: su esplendor va en aumento hasta que el día alcanza su plenitud” (Prov 4:18). Por eso Dios juzgará a cada persona y a cada iglesia en todas las generaciones, según la luz que pudieron tener (Luc 12:48). Pero la última generación tendría la mayor cantidad de luz necesaria para librar la batalla final, lo que le permitiría completar su preparación para subsistir en el día del Señor.

“Mediante el aumento del conocimiento debe prepararse a un pueblo para que resista en los últimos días” (2 MS 120). “Solo los que hayan fortalecido su espíritu con las verdades de la Biblia podrán resistir en el último gran conflicto” (CS 580). “*Si hubo alguna vez un pueblo que necesitase un aumento constante de la luz del cielo, es el pueblo que, en este tiempo de peligro, Dios llamó a ser depositario de su santa ley y a vindicar su carácter delante del mundo*” (5 T 696).

“Sólo los que hayan estudiado diligentemente las Escrituras y hayan recibido el amor de la verdad en sus corazones, serán protegidos de los poderosos engaños que cautivarán al mundo” (CS 683). “Dios tiene un pueblo distinto, una iglesia en la tierra,

que no es inferior a otro alguno, sino superior a todos en su capacidad de enseñar la verdad y vindicar la ley de Dios” (2 *JT* 362).

Esto lo vemos en el Apocalipsis. A todas las iglesias Cristo las prepara con sus mensajes para que venzan. Pero exhorta sólo a la última a vencer como Cristo venció: “al que venza... como yo vencí” (Apoc 3:21). Y es en el tiempo del fin cuando comienza a tocarse la séptima trompeta que anuncia el juicio. Y es en ese tiempo que debe completarse la comprensión del misterio del evangelio eterno (Apoc 10:7; 11:18-19; 14:7).

Dios levantó a la Iglesia Adventista para proclamar ese último mensaje al mundo que ninguna otra generación proclamó en los términos en que debía darse (Apoc 14:6-12; 18:1-5). Y para ello dotó al movimiento adventista con un conocimiento del evangelio del fin que ninguna otra iglesia tiene. Nos corresponde a nosotros interesarnos en conocer especialmente esa parte final del evangelio eterno, no sólo para darlo a conocer a otros, sino también para salvarnos. Que no nos pase lo que le pasó al reino del norte en Israel que, en su crisis final, rechazó el mensaje del último profeta que Dios le envió, el profeta Oseas. Vinieron los asirios y los destruyeron.

“*Mi pueblo fue destruido porque le faltó conocimiento. Por cuanto desechaste el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio; y porque olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos*” (Os 4:6).

VI. La condición de la última generación

Leí hace unos momentos una apología *evangelicalista* de un pastor adventista australiano en Melbourne, que afirma que llegó el momento de terminar con la predicación adventista que pretende salvarse por sí misma sin necesidad de la justificación por la fe. No conozco a ningún adventista que haya dicho eso ni antes ni ahora. Pero en su ataque frontal contra lo que califica como una herencia católica en el adventismo, condena también el juicio investigador.

Es evidente que ese pastor *evangelicalista* sin disimulo quiere quedarse con la justificación y descartar la santificación. Pero ejemplifica una gran verdad. Los que dicen que la creencia en una vindicación del carácter de Dios por parte de la generación final hace innecesaria la vindicación de Dios por parte de Cristo, no se dan cuenta que con la creencia en la vindicación *exclusiva* de Cristo hacen innecesario el juicio investigador. Porque si Cristo es el que ya vindicó el carácter de Dios y no se requiere ningún tipo de vindicación de sus seguidores, ¿para qué deben investigarse los registros de pecados en el cielo, si ya Dios ha sido vindicado? ¿Sólo para verificar el perdón pedido? No. Se requiere el juicio investigador para vindicar también el carácter de Dios que es juzgado por la corte celestial.

“Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio” (Sal 51:4). “Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: ‘Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado’” (Rom 3:4).

La Biblia es clara. El juicio considera no sólo el perdón otorgado, sino también las obras buenas y malas de los que invocaron el nombre de Cristo.

“Cuando yo dijere al justo: ‘De cierto vivirás’, y él confiado en su justicia hiciere iniquidad, todas sus justicias no serán recordadas, sino que morirá por su iniquidad que hizo” (Eze 33:13). “De toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán

cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado” (Mat 12:36-37). “Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala” (Ecl 12:13-14).

Ese pastor de Melbourne hizo su comentario en una red social que pretende ser para “profesionales adventistas”, en donde se establece que no se permitirá discutir la teología de la última generación, vale decir, defenderla. ¡Qué manera de malinterpretar lo que nuestra iglesia siempre creyó, sin negar los desequilibrios que puedan haberse dado aquí y allí en el énfasis puesto para un lado o para el otro! En todo caso el problema no está en la teología de la última generación sino en la manera de exponerla.

Salvando casos como el ladrón en la cruz, no se trata de justificación sin santificación, ni tampoco de santificación sin justificación. Aunque podría discutirse que en el ladrón hubo un proceso de justificación y santificación que lo condujo a ese momento cumbre de su vida. Pero insistamos en que no es la cruz sin la ley, ni tampoco la ley sin la cruz la que está involucrada en nuestra salvación. No es la vindicación única en su género de Cristo sin nuestra vindicación, ni mucho menos nuestra vindicación sin la vindicación única de Cristo. Y esto, sin negar que la justificación por la fe viene primero como condición para ser santificado luego. Y sin negar tampoco que la vindicación de Cristo es única porque sin su vindicación no hay ninguna otra vindicación posible.

Estoy impresionado al ver el dogmatismo exacerbado en contra y a favor de la teología de la última generación. Algunos están tan obsesionados con evitar el legalismo que en sus artículos no pueden desprenderse completamente de los conceptos *antinomianistas* derrotistas. Al no citarlos espero evitar distraernos del enfoque bíblico que E. de White confirma ya que, por otro lado, en los que promueven una u otra posición encontramos diferentes matices. Como advertimos al comienzo, los que deseen ver estas dos tendencias citadas en los libros o artículos de tales autores pueden leer la tesis ya mencionada de Armin Kritzinger. Y verán que al referirme a las dos tendencias generales no estoy malinterpretando ninguna de ellas.

Todos sabemos que somos imperfectos y necesitamos de Cristo para nuestra salvación. Pero mientras algunos se basan en su deficiencia actual para afirmar que nunca dejaremos de ser imperfectos antes de la traslación, otros creen que los que pasen por la prueba final llegarán a tener un carácter perfecto como el de Cristo antes de su venida. Es más, los que niegan que alguna vez llegaremos a reflejar en forma perfecta el carácter de Cristo, niegan consecuentemente también que la condición de la última generación que se salvará será diferente de las generaciones anteriores que serán salvas. Por tal razón estuvimos viendo la diferencia que la Biblia da entre las generaciones anteriores y la última, y que el Espíritu de Profecía confirma.

Si bien no se puede negar que hay una proyección de santidad que apunta a un triunfo final y total sobre el pecado, nunca debemos olvidar que nuestra perfección actual y futura requerida por Cristo (Mat 5:48), es y será siempre una perfección “en Cristo” (Col 1:28). Es él el centro de nuestra justificación y el centro de nuestra santificación. Es él quien suple nuestras deficiencias marcadas por nuestra naturaleza pecaminosa, por el conocimiento que hayamos podido tener, y por las circunstancias en las que vivimos.

¿Por qué es necesaria la vindicación del carácter de Dios por la última generación? Porque nos lleva a pensar no solamente en nuestra salvación, sino también en el hecho de que Dios no podrá hacer nada por nosotros que dañe su reputación ante el universo. Esa captación nos llevará a ser más responsables ante Dios, después de haber sido justificados o perdonados por él. Por más que digamos al final que en el nombre de Cristo profetizamos e hicimos muchos milagros, nos encontraremos con la sorpresa de que el Señor nos dirá, “nunca os conocí.

Apartaos de mí obradores de maldad”. ¿Por qué? Porque no hicisteis “la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mat 7:21-23). Dios fue claro en su ley: “no dará por inocente” al malvado que toma “su Nombre en vano” (Éx 20:7).

Hemos estado viendo algunas características básicas y definidas que distinguen a la última generación de todas las anteriores. Eso no se puede negar. Pero corresponde ahora traer a colación las características distintivas que revelan más definidamente *la condición* en la que deberá encontrarse esa generación final para su traslación. No salgamos del lugar santísimo como los *evangelicalistas*, ni despreciemos el mayor conocimiento que Dios nos dio. Hay una proyección que tiene que ver con la santificación que debe ir creciendo hasta llegar a su consumación. El negarlo es una presunción que dejará fuera de la vida eterna a los que la sostienen, porque los hace ineptos para soportar la crisis final.

a) El grano madura antes de la cosecha final

Los detractores actuales del adventismo están diciendo que vamos a llegar al fin del mundo pecando como lo hacemos ahora, y que el carácter de la última generación no se diferenciará del carácter de las generaciones anteriores que serán salvas. En otras palabras, los fieles que estén vivos cuando venga el Señor podrán haber crecido algo, pero a medias, porque según ellos, es imposible guardar la ley de Dios a cabalidad. Ese derrotismo anticipado contradice la Biblia, que anuncia la cosecha final en donde el grano puro será juntado en el granero del cielo, y la cizaña será quemada.

La tesis doctoral de Tailandia mencionada más arriba que defendió Armin Kritzinger, recurre al tema de la cosecha para mostrar la condición en la que deberá estar el pueblo de Dios al concluir su etapa terrenal. Ese autor desarrolló más ese tema de quienes creen en la teología de la última generación, y yo ampliaré algo más ese enfoque. Nadie puede negar que tanto el trigo como la cizaña deben llegar a un punto de madurez que superará las generaciones anteriores, tanto en lo bueno como en lo malo (Mat 13:24-30,36-43).

La parábola del trigo y la cizaña muestra que habrá dos generaciones en el fin del mundo, la de los fieles y la de los rebeldes. Ninguno será medio cizaña y medio trigo. Será trigo o cizaña. Cuando el trigo madure se hará la separación. Y esa maduración debe ocurrir primero, antes de la cosecha.

Comencemos con la figura de la cosecha que, en Israel, comenzaba con las “primicias” en el primer y tercer mes y terminaba en el séptimo y último mes. En cada etapa de la cosecha el grano debía madurar antes que pudiese presentarse como primicias, o juntarse al final el grano en el granero. En el séptimo y último mes de fiestas se completaba la cosecha. No podía completarse la cosecha antes que el grano madurase, ni correspondía que madurase después de la cosecha. Nadie podía contentarse con las “primicias”. Todos debían esperar a la cosecha final para tener un éxito completo.

Jesús dijo que “la cosecha es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles” (Mat 13:39). También dijo que la espiga debe madurar antes de la cosecha. Cuando se siembra la semilla, nace y se desarrolla gradualmente, hasta que aparece el grano y madura. Entonces comienza la cosecha. Esto es lo que dijo Jesús en parábolas, y proyectó Juan en el Apocalipsis para cuando terminase la intercesión celestial.

“Primero la hoja, luego la espiga, después el grano maduro en la espiga; y *cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz*, porque la siega ha llegado” (Mar 4:28-29). “Del templo salió otro ángel, clamando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: ‘*mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura*’” (Apoc 14:15-16).

Lo que Jesús dijo de la cosecha no era una simple parábola ilustrativa. Tenía que ver con la costumbre agraria del antiguo Israel que fue proyectada en “tipo” o figura para la nueva dispensación. Se ve allí una proyección que sigue un diseño ilustrado por la naturaleza, y que se aplica a la vida espiritual de la iglesia.

Para llevar a su iglesia o, según las palabras del Apocalipsis, a su “remanente” a la perfección en Cristo, Dios promete derramar su Espíritu (Joel 2:28). Ese derramamiento del Espíritu estaba representado por las lluvias que antecedían las cosechas de primavera y otoño. Dios enviaba esas lluvias a Israel como bendición para hacer germinar la planta y madurar la cosecha respectivamente (v. 23-24).

La lluvia temprana del Espíritu Santo cayó sobre los apóstoles en la primavera, en conexión con el Pentecostés, y hubo una gran *cosecha espiritual de primicias* en donde la levadura era aceptada (Lev 23:17; Hech 2). La lluvia tardía en su proyección apocalíptica tiene que caer más tarde para madurar la *cosecha final y total del otoño*, que incluirá “la redención de nuestro cuerpo” (Rom 8:23).

“Bajo la figura de la lluvia temprana y tardía que cae en los países orientales al tiempo de la siembra y la cosecha, los profetas hebreos predijeron el derramamiento de la gracia espiritual en una medida extraordinaria sobre la iglesia de Dios. El derramamiento del Espíritu en los días de los apóstoles fue el comienzo de *la lluvia temprana*, y gloriosos fueron los resultados. Hasta el fin del tiempo, la presencia del Espíritu ha de morar con la iglesia fiel” (HAp 44).

“Pero acerca del fin de la siega de la tierra, se promete una concesión especial de gracia espiritual, para preparar a la iglesia para la venida del Hijo del hombre. Este derramamiento del Espíritu se compara con la caída de la lluvia tardía; y en procura de este poder adicional, los cristianos han de elevar sus peticiones al Señor de la mies ‘en la sazón tardía’ (Zac 10:1). En respuesta, ‘Jehová hará relámpagos, y os dará lluvia abundante.’ ‘Hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía’ (Joel 2:23)” (HAp 45).

Los dones espirituales son dados por el Espíritu “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, *hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*” (Ef 4:12-13).

Hay una proyección en el plan divino de salvación que debe completarse al final, según el modelo perfecto de Cristo. Y, ¿qué clase de cuerpo es el de Cristo? ¿Qué va a incluir allí? Eso debe dirimirlo el juicio investigador. Escribió el apóstol Santiago:

“*Tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca*” (Sant 5:7-8).

Hay una demora al final, porque los cuatro ángeles poderosos de Dios deben retener los vientos de las pasiones humanas hasta que esa última generación sea sellada (Apoc 7:1-3). Pero el sellamiento se efectuará, y la cosecha final se completará. El Apocalipsis confirma esto, según ya vimos (Apoc 14:14-16).

¿Qué *diferencia* hay entre *la última generación y las generaciones anteriores*? En que ni la planta ni la espiga son el grano, sino parte del proceso que culmina con el grano. En cada etapa de ese proceso debe haber una perfección delimitada por la luz que cada generación pueda haber tenido, sus oportunidades y las circunstancias que la rodearon (Luc 12:48; Hech

17:30; Sant 4:17). La última etapa es la decisiva porque completa el designio divino para su pueblo. No se cosecha la planta cuando nace el tallo, ni cuando aparece la espiga, por más perfecta que pueda parecer en su desarrollo. *Debe madurar el grano para que pueda cosechárselo.*

De no llegar la iglesia a esa etapa final como un grano maduro, tendrá que decir como el profeta Jeremías: “Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos” (Jer 8:20).

b) Un carácter perfecto como el de Cristo antes de su venida

En su tesis doctoral, *The Doctrine of Last Generation Theology for Seventh-day Adventists: A Defense* (2022), Armin Kritzinger analiza varios pasajes del Nuevo Testamento, algunos de los cuales consideraremos aquí, junto con otros que agregaré. Todos esos pasajes los expuse hace unos pocos años atrás en diálogo con nuestro hijo Roy, que está disponible en castellano. El título de la conferencia en castellano fue “La Vindicación del Carácter de Dios”.

Kritzinger conecta esos pasajes con las características de la última generación. Busca responder a la pregunta sobre lo que tenemos que hacer hoy mientras aguardamos la cosecha final. Juan responde: “Todo aquel que tiene esta *esperanza* en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn 3:3). Pero “aún no se ha manifestado lo que seremos”. ¿Qué seremos? “Semejantes a él cuando él aparezca, porque le veremos como él es” (v. 2).

Nadie podrá ver a Cristo si no se purifica antes, lo que implica tener primero un corazón limpio. “Bienaventurados *los de limpio corazón*, porque ellos *verán a Dios*” (Mat 5:8). La purificación debe tener lugar antes que Jesús regrese, mientras el creyente mantiene su *esperanza*. Porque ningún ojo sucio podrá contemplar la gloria de Dios sin buscar esconderlo de su presencia. Y no se trata de una simple purificación, sino de un proceso que debe llevar a una culminación. ¿Hasta qué grado? La Biblia es clara en relación con la condición del último remanente para que Cristo venga.

“El remanente de Israel *no hará injusticia ni dirá mentira, ni se hallará en su boca lengua engañosa*” (Sof 3:13). “En sus bocas *no fue hallada mentira, pues son sin falta* (Gr. *amomoi*) delante del trono de Dios” (Apoc 14:5). ““En aquellos días y en aquel tiempo,’ declara el Eterno, ‘se buscará la iniquidad de Israel, pero no habrá ninguna, y los pecados de Judá, pero *no se hallarán*; porque perdonaré a los que haya dejado”” (Jer 50:20).

Cuando termina el juicio investigador, podrán decir los ángeles que en el último remanente “no fue hallada mentira” y “son sin falta”. ¿Cuál es la definición de mentira del mismo apóstol Juan? La pretensión de conocerlo sin guardar los mandamientos de Dios. Porque *los mandamientos de Dios son verdad*.

“El que dice: ‘Yo le conozco’, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y *la verdad no está en él*; pero el que guarda su palabra, en este verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Jn 2:4-6).

Al principio los apóstoles creían que Jesús iba a venir en sus días. Jesús les había dicho que no les correspondía a ellos saber, en su época, el momento exacto en que vendría el Señor (Hech 1:7). Pero a medida que iban por el mundo conocido llevando el evangelio, confiaban en que el Señor vendría en su época. Esto lo vemos en la primera *Epístola a los*

Tesalonicenses donde Pablo dice que los “que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron” (1 Tes 4:15). Y antes de escribir su segunda carta fue llevado por el Espíritu de Dios a estudiar las profecías de Daniel sobre el anticristo que iba a venir, y captó que iba a llevar más tiempo hasta que volviese el Señor. Por lo cual advirtió que la venida del Señor no estaba “cerca” entonces, sino que debía venir primero la apostasía en la iglesia, en medio de la cual se levantaría el anticristo (2 Tes 2:2-4).

Por eso los apóstoles trataban de preparar a las iglesias para la venida del Señor como algo inminente, y destacaban la necesidad de santificarse para que el Señor no los encontrase en vida sin la preparación debida. Dijo Pablo: “No nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación” (1 Tes 4:7). Y al enterarse luego que primero debía venir la apostasía y “el hombre ilegal” (*anomías*), advirtió que ese anticristo iba a establecerse en medio de la iglesia por no guardar los mandamientos (2 Tes 2:3-4). Los últimos hipócritas que pretendan conocer a Dios sin guardar sus mandamientos son engañados:

“Porque no recibieron *el amor de la verdad* para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que *crean la mentira*, a fin de que sean condenados todos los que *no creyeron a la verdad*, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Tes 2:10-12). El Señor los destruirá entonces “con el resplandor de su venida” (v. 8).

Esto implica que los que no sean engañados por el anticristo antes que el Señor lo destruya en su venida, guardarán la verdad, a saber, todos los mandamientos de Dios. Dijo David: “*Todos tus mandamientos son verdad*” (Sal 119:86,151). A diferencia de los que se pierdan por no amar la verdad, por no amar los mandamientos de Dios, *la última generación se salvará por amar la verdad*, por estar plenamente convertida. Porque no se puede guardar los mandamientos sin amarlos. Por eso dijo también David en su carácter de hombre convertido: “¡cuánto amo yo tu ley!, todo el día es ella mi meditación” (Sal 119:97). Y Jesús dijo también: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Jn 14:15).

La última generación debe andar como Jesús anduvo. Y eso implica tener su mismo carácter antes de su venida. Pedro dice que los que esperan recibir al Señor deben ser semejantes a Cristo, quien fue “como un Cordero *sin falta* (Gr.: *amomou*) y sin contaminación” (1 Ped 1:19). Pedro mismo usa palabras semejantes para referirse a la última generación, porque afirma que esa generación debe ser hallada por Cristo en su venida, andando:

“en santa y piadosa manera de vivir... Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia *ser hallados por él sin mancha* (Gr. *áspiloí*) e *irreprensibles* (Gr. *amómetoí*), en paz” (2 Ped 3:14). “Un pueblo ha de ser preparado ‘sin mácula, y sin reprensión’ para comparecer ante él a su venida (2 Ped 3:14)” (CS 13). “El que dice que permanece en él debe andar como él anduvo” (1 Jn 2:6).

Varias veces el Nuevo Testamento advierte que, en el juicio investigador, y bien definitivamente cuando Jesús venga, tendremos que ser “hallados” no solamente sin mancha, sino también “irreprensibles”, sin engaño en nuestras palabras (Apoc 14:5). Nuevamente vemos que los apóstoles hablan de una proyección que va de sus días hasta el fin del mundo, cuando Cristo aparezca para recibir a su pueblo. Pablo les dice a sus oyentes en las iglesias que debían permanecer:

“esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo; el cual también os *confirmará hasta el fin, para que seáis irreprensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo*” (1 Cor 4:7-9). “Puesto que tenemos tales promesas, *limpiémonos* de toda

contaminación de carne y de espíritu, *perfeccionando la santidad* en el temor de Dios” (2 Cor 7:1), “amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de *presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre*” (Col 1:28).

En todos estos pasajes los apóstoles están preparando a la iglesia para recibir al Señor en su venida, de tal manera que pueda reconocerlos como suyos porque reflejan perfectamente su carácter. Mientras que esa preparación debía comenzar ya en sus días, debían esperar con paciencia hasta que ese día final llegase y la generación que estuviere con vida en su venida triunfase.

c) Confirmación del Espíritu de Profecía

Vemos así que lo que escribió E. de White sobre la condición del pueblo de Dios en su etapa final se basa en la Biblia. Vimos también que Jesús no va a venir antes que “*el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo*” (EUD 36). Leamos algunas citas más.

“*Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento...* Cristo declaró al hablar de sí mismo: ‘Viene el príncipe de este mundo; mas *no tiene nada en mí*’ (Juan 14:30). Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiese ganar la victoria. *Cristo guardó los mandamientos de su Padre* y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. *Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia*” (CS 680-1).

“La misma imagen de Dios se ha de reproducir en la humanidad. *El honor de Dios, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo*” (DTG 625). “No hay nada que Cristo desee tanto como agentes *que representen al mundo su Espíritu y carácter*” (PVGM 345).

“Cristo vino a nuestro mundo para remodelar el carácter deformado de la humanidad. Era un carácter muy torcido. Dios quiere que seamos sus hijos e hijas. Quiere que durante las horas de prueba aquí, seamos hechos ... copartícipes de la naturaleza divina” (CTr 206).

En su investigación de los escritos del Espíritu de Profecía, Kritzinger concluye diciendo correctamente que “en todos los escritos de E. de White no hay declaraciones que digan que el pecado es una parte inevitable de la vida cristiana”, ni tampoco que prueben “que no es posible vivir sin pecado” (79).

d) Dios asume la responsabilidad de completar nuestra santificación

Es Dios mismo quien asume la responsabilidad de hacernos crecer individualmente y como iglesia. Esto si se lo permitimos, porque no fuerza la voluntad. Y *ese crecimiento en la santidad debe completarse en la última generación*. Veamos varios pasajes y prestemos atención al contexto de la venida de Cristo y a la *plenitud* a la que aspira Dios llevar a su pueblo.

1 Tes 3:13: “*El Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos...*, para que sean afirmados vuestros corazones, *irreprehensibles en santidad* delante de Dios nuestro Padre, *en la venida de nuestro Señor Jesucristo*”.

1 Tes 5:23: “El mismo Dios de paz *os santifique por completo*; y todo vuestro ser, espíritu,

alma y cuerpo, sea guardado *irrepreensible para la venida* de nuestro Señor Jesucristo”.

Jud 24: “Aquel que es poderoso para *guardaros sin caída*, y presentaros *sin falta* (*Gr amómous*) *delante de su gloria* con gran alegría”.

Ef 4:12-13: “A fin de *perfeccionar* a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que *todos* llegemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, *a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*”.

¿Qué clase de cuerpo edifica el Señor? Un cuerpo espiritual. ¿Qué va a incluir allí? Eso debía verse en la historia, y en especial al final, y escudriñado en el juicio investigador. Ya vimos que la perfección de la última generación está ligada a la obediencia a los mandamientos de Dios y, por consiguiente, a no cometer iniquidad (Sal 119:1-3). Todos los apóstoles enseñaron que los que estén vivos cuando Jesús vuelva serán “sin falta”, “sin mancha” e “irrepreensibles” (2 Ped 3:14; Apoc 14:5), santificados “por completo” (1 Tes 5:23), “perfectos en lo que respecta a la conciencia” (Heb 9:9) y “en santidad” (2 Cor 7:1). Serán semejantes a él porque habrán vencido como él venció (Apoc 3:21). Esta es una enseñanza bíblica corroborada admirablemente por el Espíritu de Profecía.

e) Nuestra voluntad y la perfección en Cristo

Convendrá insistir acá en que para llegar a ese nivel de perfección en Cristo que Dios requiere de su pueblo antes de su regreso, debe ejercitarse la voluntad humana para el bien. Porque Dios no anula la voluntad humana, sino que la fortalece para que se una a la voluntad divina. El hombre no es un autómatas, no es un robot. Debe decir a la voluntad de Dios, “sí y amén”.

“No fue sí y no, sino que ha sido sí en él. Porque todas las promesas de Dios son en él Sí y Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios” (2 Cor 1:19-20).

Hay una cooperación divino-humana en el crecimiento que consideramos al principio, no un esfuerzo humano aislado y estéril. Y eso requiere abnegación y humildad, no ostentación propia ni derrotismo. Porque requiere sujetar la voluntad carnal a la voluntad espiritual, a la voluntad divina. Por eso dijo Jesús: “si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mat 16:24). Y el apóstol Pablo escribió lo que le dijo el Señor: “Mi gracia es suficiente para ti, porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Cor 12:9).

“La obra de ganar la salvación es una operación mancomunada. Debe haber cooperación entre Dios y el pecador arrepentido. Es necesaria para la formación de principios rectos de carácter. El hombre debe hacer fervientes esfuerzos para vencer lo que le impide obtener la perfección. Pero depende enteramente de Dios para alcanzar el éxito. Los esfuerzos humanos, por sí solos, son insuficientes. Sin la ayuda del poder divino, no se conseguirá nada. Dios obra y el hombre obra. La resistencia a la tentación debe venir del hombre, quien debe obtener su poder de Dios...”

“Dios desea que tengamos dominio sobre nosotros mismos, pero no puede ayudarnos sin nuestro consentimiento y cooperación. El Espíritu divino obra por medio de los poderes y facultades otorgados al hombre. Por naturaleza, no estamos capacitados para armonizar nuestros propósitos, deseos e inclinaciones con la voluntad de Dios; pero si tenemos el deseo de que Dios cree en nosotros la voluntad, el Salvador

lo efectuará por nosotros..., “cautivando todo intento a la obediencia de Cristo’ (2 Cor 10:5). El que desea adquirir un carácter fuerte y armónico, el que desea ser un cristiano equilibrado, debe dar todo y hacer todo por Cristo; porque el Redentor no aceptará un servicio a medias” (HAp 384-385).

Algunos pretenden que el *esfuerzo* por asemejarnos a Cristo haciendo uso de la voluntad personal en las diferentes circunstancias en las que podamos encontrarnos, es *perfeccionismo*. Esa es una mala interpretación. Porque nuestra perfección es “en Cristo”. Dios nos educa mediante sus providencias que ponen a prueba nuestra fe, y si superamos esas pruebas, crecemos de victoria en victoria. La última prueba que comienza en los momentos finales antes que se cierre el tiempo de gracia, será la más terrible, y tendrá el propósito de probar ante el universo que, en las peores circunstancias, los últimos sobrevivientes de la simiente santa han obtenido un carácter tan perfecto como el que mostró su Hijo cuando vivió entre nosotros, aún en el patíbulo.

f) La última generación es sellada para no pecar más

Hay quienes creen que es imposible guardar la ley de Dios, y deducen de allí que la última generación continuará pecando hasta la venida del Señor. Parecieran no darse cuenta que cuando decimos que no podemos guardar la ley de Dios, ponemos el énfasis en el poder del pecado y creemos que el poder del Espíritu de Dios para hacernos vencer es impotente. Así le damos la razón al diablo. Pero la Biblia dice que sólo los que venzan el pecado heredarán todas las promesas de Dios (Apoc 21:7). Por lo tanto, nadie puede vencer si es esclavo del pecado. Ya que “el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció” (2 Ped 2:19).

Llegará el día, y está cercano, en que Dios sellará a su pueblo para que no peque más. ¿Con qué sello lo sellará? Con el sello de su ley que debe ser vista como un todo compacto, porque el que viola un mandamiento, se hace culpable de todos (Sant 2:10-12). “Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos” (Is 8:16). Esa ley lleva el Nombre de su Autor (Éx 20:11). Y ese Nombre es puesto sobre sus hijos para guardarlos de las plagas finales (Apoc 7:1-8; 14:1). Los que son así sellados pasan a ser templos vivos del Espíritu Santo porque Dios puso su Nombre y su ley en su templo (Deut 10:4-5; 12:5,11). Por eso se llamó al santuario “el tabernáculo del testimonio” (Éx 25:16), y al arca que contenía la ley, “arca del testimonio” (Éx 30:26), porque allí estaban las dos “tablas del testimonio” (Éx 31:18).

Los últimos sobrevivientes santos “son sin falta [y sin engaño] delante del trono de Dios” porque guardan sus mandamientos (Apoc 14:5). El agente sellador es el Espíritu Santo que escribe esa ley en el corazón humano y que, al final, quedará fijada en la frente, en las convicciones, en forma indeleble para toda la eternidad.

“No contristéis al Espíritu Santo de Dios, por quien habéis sido sellados para el día de la redención” (Ef 4:30 *English Standard Version*). “No escrita con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón” (2 Cor 3:3).

Una vez sellada en vivo la última generación, los sellados no pecarán más. Es a ese momento que señala el último capítulo del Apocalipsis cuando dice:

“El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es sucio, ensúciase todavía; y el que es justo, sea justo todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí, yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según fuere su obra”

(Apoc 22:11-12).

Habría un momento de separación entre el justo y el impío antes de la venida del Señor, y en el que el destino de cada uno de ellos quedaría fijado para siempre. Tiene que ver con el momento en que Jesús deja de interceder por su pueblo en el santuario celestial, es coronado como Rey de Reyes y Señor de Señores (Apoc 14:14; 17:14; 19:12,16), y sube en una nube de gloria para venir a cosechar la mies de la tierra.

“Miré, y he aquí una nube blanca, y sentado en la nube estaba uno semejante a hijo de hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz afilada. Entonces *salió* del templo otro ángel clamando a gran voz al que estaba sentado en la nube: ‘Mete tu hoz y siega, porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura’” (Apoc 14:14-15).

Los ángeles *salen* del templo y vendimian también las uvas de la tierra para pisar a los impíos en el lagar de la ira de Dios (Apoc 14:15,17-20; 19:15). *Salen* también del templo los siete ángeles que derraman las siete plagas sobre la tierra. Uno de los cuatro seres vivientes que rodean el trono de Dios en el lugar santísimo les da las copas de la ira de Dios (Apoc 15:5-7; cf. 4:6). No hay más intercesión, porque el templo se llena del humo “de la gloria de Dios”, de tal manera que “nadie puede entrar” hasta que se derraman las siete plagas (Apoc 15:8; véase 2 Crón 5:14; 7:2; Eze 10:4).

Cuando el séptimo ángel derrama su copa, “una gran voz” sale “del templo, del trono, que” dice: “Hecho está” (Apoc 16:17). Así como Jesús dijo “consumado es” al terminar su labor terrenal (Jn 19:30); así ahora se confirma que ha terminado su intercesión celestial, y que el derramamiento de las plagas se completó.

“Cuando termine el mensaje del tercer ángel la misericordia divina no intercederá más por los habitantes culpables de la tierra. El pueblo de Dios habrá cumplido su obra; *habrá recibido “la lluvia tardía”, el “refrigerio de la presencia del Señor”, y estará preparado para la hora de prueba que le espera...* Un ángel que regresa de la tierra anuncia que su obra está terminada; el mundo ha sido sometido a la prueba final, y todos los que han resultado fieles a los preceptos divinos han recibido ‘el sello del Dios vivo’. Entonces Jesús dejará de interceder en el santuario celestial. Levantará sus manos y con gran voz dirá ‘Hecho es’, y todas las huestes de los ángeles depositarán sus coronas mientras él anuncia en tono solemne: ‘¡El que es injusto, sea injusto aún; y el que es sucio, sea sucio aún; y el que es justo, sea justo aún; y el que es santo, sea aún santo!’ (Apoc 22:11 [VM]). Cada caso ha sido fallado para vida o para muerte. Cristo ha hecho expiación por su pueblo y borrado sus pecados. El número de sus súbditos está completo” (CS 599).

Es digno de notar que la lluvia tardía tiene no sólo el propósito de capacitar a la iglesia para dar el mensaje final al mundo, sino también prepararla para poder soportar la hora final de prueba en el tiempo de angustia.

g) Dios refina el carácter como Fundidor de metales

Algunos adventistas evangélicos pretenden que, según E. G. White, los que estén vivos durante el tiempo de angustia final pecarán o tendrán pecado, en referencia a la naturaleza pecaminosa que todos tenemos. Se basan en las declaraciones de que la crisis final los librára de todo apego al mundo. Pero no dicen que ese apego natural al mundo será completamente

erradicado y, por consiguiente, su carácter reflejará perfectamente el carácter de Cristo.

“El Refinador los sacará como oro purificado por el fuego. El amor de Dios para con sus hijos durante el período de su prueba más dura es tan grande y tan tierno como en los días de su mayor prosperidad; pero necesitan pasar por el horno de fuego; *debe consumirse su índole terrenal* [earthliness: terrenalidad], *para que la imagen de Cristo se refleje perfectamente*” (CS 605).

“En estas preciosas horas que terminan el tiempo de gracia, tenemos una experiencia viva y profunda que ganar. Así formaremos caracteres que asegurarán nuestra liberación en el tiempo de angustia. El tiempo de angustia es *el crisol que ha de sacar a relucir caracteres semejantes a Cristo*. Está diseñado para guiar al pueblo de Dios a *renunciar a Satanás y sus tentaciones*. El último conflicto les revelará a Satanás en su verdadero carácter, el de un tirano cruel, y hará por ellos lo que ninguna otra cosa podría hacer, *desarraigarlo por completo de sus afectos*. Porque amar y acariciar el pecado, es amar y apreciar a su autor, ese enemigo mortal de Cristo. Cuando excusan el pecado y se aferran a la perversidad de carácter, le dan a Satanás un lugar en sus afectos y le rinden homenaje” (OHC 321).

“Su aflicción es grande, las llamas del horno parecen estar a punto de consumirlos; pero Jesús los sacará como oro probado en el fuego. *Su índole terrenal* debe ser eliminada, para que la imagen de Cristo pueda reflejarse perfectamente; deben vencer la incredulidad; han de desarrollar fe, esperanza y paciencia” (5 TPI 449). “Reconocen plenamente su debilidad e indignidad. Satanás trata de aterrorizarlos con la idea de que su caso es desesperado, de que las manchas de su impureza no serán jamás lavadas. Espera así aniquilar su fe, hacerles ceder a sus tentaciones y alejarlos de Dios” (CS 604).

Es evidente que E. G. White está hablando aquí de la naturaleza humana caída de la última generación. Los últimos sobrevivientes fieles crucificarán completamente su “naturaleza terrenal” que tiende a la corrupción (Col 3:5). “Índole terrenal” no significa necesariamente pecado, sino atracción a la vida terrenal (Col 3:2), como la esposa de Lot que, en su caso, cedió a ese apego a lo terrenal cuando volvió su cabeza hacia Sodoma y se transformó en estatua de sal. Los afectos celestiales triunfarán sobre cualquier apego terrenal. E. G. White explica claramente que esa índole en el tiempo de angustia tiene que ver con la falta de fe y el afecto a nuestra vida en la tierra. Esa será la tentación, pero no caerán.

Ni siquiera hoy pedimos perdón por el pecado de Adán porque, como ya se ha visto en nuestro estudio, somos herederos de la nueva naturaleza espiritual que nos imparte el Segundo Adán. Pero la tendencia natural a lo terreno debe consumirse al final por el fuego de la prueba, no más por la sangre de Jesús que ya había limpiado a la última generación de todos sus pecados durante el tiempo de gracia. De este modo, el carácter de Jesús habrá sido “perfectamente reproducido en su pueblo” (EUD 36).

E. de White es suficientemente clara al decir que la última generación no tendrá pecados escondidos que confesar, de otra manera no podrían soportar ese dramático tiempo de angustia.

“En el tiempo de angustia, si el pueblo de Dios conservase pecados aún inconfesos cuando lo atormenten el temor y la angustia, sería aniquilado; la desesperación acabaría con su fe y no podría tener confianza para rogar a Dios que le librase. Pero por muy profundo que sea el sentimiento que tiene de su indignidad, *no tiene culpas escondidas que revelar*. Sus pecados han sido examinados y borrados en el juicio; y no puede recordarlos” (CS 605).

Entonces, ¿cuál será el propósito de Dios para probar a Su pueblo en su tiempo prueba más severo? “Sacar a relucir caracteres semejantes al de Cristo”, sin incurrir en pecado porque Jesús habrá terminado su intercesión celestial, y viene a castigar al mundo y rescatar a su pueblo. Fueron completamente perdonados, pero su *indole y afecto terrenal*, una vez que ven el verdadero carácter de Satanás en su manifestación más elevada, debe ser completamente *desarraigado* de ellos antes de la venida del Señor.

Preguntémonos de nuevo. ¿Por qué debe pasar la última generación por la prueba más intensa que jamás se dio, antes de enfrentarse a la gloria misma de Dios? Pues se dice que, antes de su liberación final, pasará por “un tiempo de angustia cual nunca hubo desde que existen las naciones hasta entonces” (Dan 12:1). La respuesta es clara. Porque quiere terminar la historia de su pueblo de la mejor manera, zarandeándolo y puliéndolo para que refleje en forma pura y perfecta el carácter de su Hijo. Cuanto más grande sea la prueba, más grande será el premio que recibirán (Mat 16:17; Apoc 22:12).

Es un hecho que nunca podremos alcanzar el blanco propuesto por Dios para su iglesia a menos que Dios intervenga derramando su Espíritu en plenitud, y probando nuestros corazones a través de sus providencias. Cuanto más intenso es el fuego que refina el metal, más puro y limpio brillará después.

Durante el derramamiento de las plagas, los que han sido sellados pasan por un momento de angustia “cual nunca fue” (Dan 12:1). Se compara esa angustia con la que tuvo Jacob cuando su hermano venía para matarlo, una angustia tal que, en el fin, no habría sido igualada por ninguna otra. Pero se le promete liberación (Jer 30:7). No es la angustia que podría producir en muchos ser exterminado por los enemigos. Es el temor de no saber si hay algún pecado que no hayan confesado y que los prive de la vida eterna, ya que saben que el tiempo de gracia ha terminado.

Esa aflicción que comienza poco antes del cierre de la gracia, pero que se consuma luego del sellamiento de los 144.000, tiene el propósito de quemar toda la escoria que pueda quedar de afectos a las cosas de esta vida. El gran fundidor de metales completa la obra de purificar a su pueblo. La primera vez fue por sangre, esta vez por fuego, para que resalte el oro puro del carácter de Cristo que está en ellos.

“Se sentará como fundidor y purificador de plata, y... los acrisolará como a oro y como a plata” (Mal 3:3). “Los refinaré como se refina la plata, y los probaré como se prueba el oro” (Zac 13:9). “Necesitan pasar por el horno de fuego; debe consumirse su índole terrenal [“earthliness”], *para que la imagen de Cristo se refleje perfectamente*” (CS 679; véase Col 3:2).

“Cuando esta obra haya quedado consumada, los discípulos de Cristo estarán listos para su venida... Entonces la iglesia que nuestro Señor recibirá para sí será una ‘iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante’ (Ef 5:27 [VM])” (CS 421).

“La vida cristiana es una marcha constante hacia delante. *Jesús se sienta como refinador y purificador de su pueblo; y cuando su imagen se refleja perfectamente en ellos, son perfectos y santos, y preparados para la traslación*” (1 T 340).

Pero el Espíritu de Dios no los abandona, y los sostiene en ese momento de prueba. No tienen más pecados que confesar, por lo cual al repasar su vida no pueden recordar ningún pecado no confesado, ninguno del que no se hayan librado.

“La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender a tener la mansedumbre y humildad de Jesús... De nosotros está, pues, que *cooperemos* con los

factores que Dios emplea, *en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino*. Nadie puede descuidar o aplazar esta obra sin grave peligro para su alma” (CS 607).

“Vi que muchos ignoran *lo que deben ser a fin de vivir a la vista del Señor durante el tiempo de angustia, cuando no haya sumo sacerdote en el santuario*. Los que reciban el sello del Dios vivo y sean protegidos en el tiempo de angustia *deben reflejar plenamente la imagen de Jesús...* Vi que nadie podrá participar del ‘refrigerio’ a menos que haya *vencido todas las tentaciones y triunfado del orgullo, el egoísmo, el amor al mundo y toda palabra y obra malas*” (PE 70-1).

“Quienes se nieguen a ser tallados por los profetas y a purificar sus almas *obedeciendo a toda la verdad...*, llegarán al tiempo en que caigan las plagas..., pero *ya no habrá tiempo para ello ni tampoco Mediador que abogue por ellos* ante el Padre. Antes de ese tiempo se promulgó la solemne declaración, ‘el que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía’” (PE 71; Apoc 22:11).

“En el día del juicio, el curso del hombre que ha conservado la *fragilidad y la imperfección de la humanidad* no será reivindicado. Para él no habrá lugar en el cielo. *No podría disfrutar de la perfección de los santos en luz. El que no tiene suficiente fe en Cristo para creer que Él puede guardarlo de pecar, no tiene la fe que le dará una entrada en el reino de Dios*” (Manuscript 161, 1897).

Todas estas declaraciones nos muestran que aquellos que reflejarán perfectamente la imagen de Cristo no se jactarán de la perfección ni pretenderán que son impecables en el sentido de no ser potencialmente capaces de caer. Incluso Jesús pudo eventualmente caer. Pero no lo hizo, y los 144,000 tampoco caerán.

El Señor será quien los declare perfectos, no ellos a sí mismos. Son impecables en el sentido de que están libres de pecado, y Cristo permanece plenamente en ellos a través de Su Espíritu. Su naturaleza pecaminosa queda completamente crucificada en el tiempo de angustia, para que la imagen perfecta de Cristo pueda brillar en ellos como un oro puro. De esa manera, están listos para contemplar la gloria del Señor en Su venida.

¡Qué elocuencia! ¡Qué manera tan extraordinaria de expresar estas verdades de tantas maneras diferentes! Uno queda asombrado de la facilidad con la cual se expresa en estos temas, una mujer que se educó con la dirección divina a lo largo de sus 70 años de ministerio público. No podría expresarse de una manera tan consistente y de maneras tan variadas si no fuese asistida de arriba.

No puedo entender por otro lado, ¡cómo puede haber quienes desprecien una manera tan espiritual y segura de expresarse! Pero sé que sólo la mente que se humilla ante Dios y acepta su revelación, puede apreciar sus escritos plenamente y llenarse de asombro. Para mí no hay duda alguna. Hay una voluntad no santificada en los que quieren imponer sus ideas contrarias a la revelación. Porque nadie puede discutir que estas citas no son claras, a menos que intente forzarlas para ajustarlas a su visión particular.

Si nuestra fe es incapaz de hacernos creer que Dios puede guardarnos de pecar, esa fe no nos dará entrada en el reino de Dios. Ya que “sabemos que cualquiera que es nacido de Dios, no peca, porque el que es engendrado de Dios se guarda a sí mismo, y el maligno no lo toca” (1 Jn 5:18). Yo prefiero creerle a Dios sobre lo que puede hacer para transformarnos, que a las especulaciones incrédulas de los que no pueden mirar mucho más allá de su situación presente.

VII. La Vindicación Final en el Contexto del Conflicto de los Siglos

Vimos que en tiempos recientes algunos adventistas han estado—quien más quien

menos—rechazando la necesidad de que la última generación vindique el carácter de Dios. Consideran que esa teología hace nula o innecesaria la vindicación *única* que hizo Cristo de ese carácter divino hace 2000 años atrás. Y no se dan cuenta que, de esa manera, terminan dándole la razón a los que creen que una vindicación *exclusiva* de Cristo hace innecesario el juicio investigador también.

Los que creen que la vindicación de Cristo es suficiente pero niegan que Dios necesite otra vindicación, piensan sólo en su propia salvación, y no en cómo el descalabro moral y espiritual de este mundo afecta a Dios delante del universo. ¿Está divorciado el amor de Dios de su justicia? ¿Dónde está la sabiduría divina que no puede arreglar eficientemente el problema del pecado en este mundo? Porque aún si Cristo probó que la ley de Dios podía ser guardada, y que su muerte vicaria puede perdonar al pecador, ¿qué clase de gente es la que acepta su perdón? ¿Debía el juicio final probar la impotencia divina para transformar a los pecadores a semejanza de Cristo, o su poder omnipotente para llevarlos a una experiencia tal que reprodujese en forma perfecta el carácter de su Hijo?

a) *La necesidad que tiene Dios de ser vindicado por la última generación.*

Algunos en nuestra iglesia están tan obsesionados con combatir lo que presumen ser *legalismo* o *perfeccionismo*, que no pueden ver la necesidad que tiene Dios de ser vindicado por la última generación. ¿Qué? ¿Qué Dios tiene necesidad de ser vindicado? ¡No, por supuesto que no! Él hizo el universo y tiene suficiente poder para destruirlo también si quiere, sin necesidad de que nadie lo vindique. Pero eso es contrario a su naturaleza, a sus atributos de amor y justicia, y para el bien de sus criaturas terrenales y celestiales, para conservar la paz y seguridad del universo, para que todos puedan alabarlos sin temor, necesita ser vindicado en su juicio. A menos que todas las inteligencias celestiales puedan ver que Dios es sabiduría, amor y justicia, esas inteligencias no podrán alabarlos en libertad como lo hacen al final en el Apocalipsis (Apoc 4-5; 7:9-12; 14:7; 15:3-4; 16:5-7; 19:1-8).

Por eso, el anhelo tan grande de Cristo es ver reflejado en su pueblo su propio carácter, para que todos puedan ver que su sacrificio no fue en vano, sino que los que lo siguen no lo hacen de palabra solamente, sino también de corazón (Mat 15:8). De manera que lo que está en juego al final no es si el hombre, tal como fue creado, podía guardar la ley de Dios. Eso lo demostró su Hijo hace 2000 años atrás. Tiene que juzgarse si Dios es impotente para transformar a su iglesia y prepararla en forma plena para la traslación a su reino eterno o si, por el contrario, tiene suficiente poder para llevarla en vida a un triunfo completo.

Si pensáramos más en la necesidad que tenemos de vindicar el carácter de Dios, entenderíamos mejor el valor de la cruz, y nos volveríamos más responsables en nuestra obediencia a Dios y en la necesidad que todos tenemos de exaltar su ley, de “magnificarla y engrandecerla” (Is 42:21). Procuraríamos también ser más justos y misericordiosos al tratar a otros. David entendió esa doble necesidad suya y de Dios, así como también Pablo al escribirle a los creyentes romanos. Al confesar su pecado, David le permitía a Dios perdonarlo sin rebajar su imagen ante su creación celestial.

“Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio” (Sal 51:4; véase Lev 5:5-6). “Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: ‘para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado’” (Rom 3:4).

En su confesión, el pecador reconoce que Dios no tuvo nada que ver con su pecado, y que el único culpable es el que lo cometió (Lev 5:5-6). El pecador vindica a Dios de toda acusación de involucramiento en el pecado que perdona, declarándolo “justo”, “puro” y

“veraz” porque, además, proveyó el medio de pagar la deuda mediante el sacrificio de un cordero inocente. Sólo así puede Dios hacerse cargo de esa falta en su templo, hasta el día del juicio.

En el juicio final representado por el Día de la Expiación, cuando Dios purifica su templo de los pecados que quedan registrados en los libros del cielo (Dan 7:9-10), los únicos que son aprobados son los que confesaron sus faltas. En la confesión vindican a Dios al no quejarse contra él por tales pecados, y al aceptar el sacrificio que se ofreció en su lugar (Lev 16:16). Los demás, rebeldes inconfesos, inculpan a Dios por sus pecados, implícita o abiertamente, y debe vindicarse la justicia divina mediante la pena de muerte (Lev 20:2-5; 23:29-30, etc).

Por eso dice también el apóstol que “la infinita sabiduría de Dios” debe ser “ahora dada a conocer *por medio de la iglesia* a los principados y potestades en las regiones celestiales” (Ef 3:10), “cosas a las cuales los ángeles anhelan mirar” (1 Ped 1:12; 1 Cor 4:9). *Vindicar el carácter de Dios significa probar que Dios es lo que dice ser, contra la impugnación que otros le hacen de su carácter y obras.* Y nosotros hemos deshonrado su nombre ante las naciones, contaminado su santuario, por lo que se requiere que al final, su nombre sea vindicado y purificada la sede de su gobierno (Lev 16:16; Heb 9:23).

Mientras que el mundo rebelde termina honrando a una criatura deformada (Apoc 13:3-4), y negando que este mundo fue hecho por Dios (2 Ped 3:3-5), las criaturas celestiales lo alaban en el juicio reconociéndolo como Creador y a su Hijo como Redentor (Apoc 4-5). Y en la tierra el último remanente fiel que Dios tiene se hace eco de ese reconocimiento celestial de Dios como Creador. Eso ocurre en la época en que la corte del cielo comienza su proceso de investigación judicial (Apoc 14:7). Eso es vindicar el carácter de Dios tan ultrajado por la humanidad.

Dios arriesgó su reputación al decidir habitar en este mundo, en medio de un pueblo sucio al que se propuso purificarlo. El propósito final es que, mediante Cristo, pueda presentarse “a sí mismo” no una iglesia fracasada y mugrienta, sino “una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Ef 5:27). De manera que cuando regrese a la tierra, el diablo no pueda decirle que se vaya, argumentando que su sacrificio fue inútil, ya que nadie lo adora en la tierra, y toda esta creación lo reconoce a él como príncipe de este mundo.

“Si los justos cayesen entonces presa de sus enemigos, sería un triunfo para el príncipe de las tinieblas” (CS 692). “Si pudiese hacerlos desaparecer de la tierra, *su triunfo sería completo*” (CS 676). “Satanás y sus malos ángeles se alegraron, y dijeron a los ángeles que administraban y fortalecían a los santos sufrientes, que *ellos los matarían, de tal manera que no dejarían ningún verdadero cristiano sobre la tierra*” (1 SG 118)

¡Cuánto encierran estas palabras sobre la naturaleza del conflicto entre Dios y el ángel rebelde, con nosotros en el centro de lo que está en controversia! Si fracasa la última generación, el triunfo del diablo sería completo. Porque junto con esa generación final, fracasaría la Deidad también quien comprometió su honor “en el perfeccionamiento del carácter de su pueblo” (DTG 625). Y la furia del enemigo de Dios contra esa última generación se debe a que no puede contra ella, porque el Espíritu Santo la guarda en su fidelidad (Apoc 12:17). Y para destruirlos, el diablo trata de desviar a la última generación porque sabe que sólo de esa manera podrá “traerlos bajo el dominio de la muerte” (RH, March 3, 1874; 3 SM 146-7).

El diablo no puede cambiar porque el Espíritu de Dios se retiró por completo de él. Pero piensa que la única chance que le queda es hacer fracasar el plan de Dios de vindicar su nombre a través de la última generación. Sabe que, si lo lograra, “su triunfo sería completo”.

Piensa que si puede denigrar a Dios, no podrá el cielo deshacerse de él, porque la duda sobre el verdadero carácter de Dios no podrá eliminarse del universo. Por eso se esmera tanto en engañar al mundo y destruir a los hijos de Dios.

b) ¿Qué pasaría si fallase la última generación?

¿Qué pasaría si la última generación no alcanza la meta final como Dios propuso? El diablo se burlaría de Dios y de nosotros también porque Dios no habría sido capaz de guiar a su iglesia a un triunfo completo. Pero tampoco sabemos lo que Dios haría en tal caso, ni es apropiado que especulemos sobre un posible plan B porque Dios no lo reveló. Creemos en Dios quien, en la proyección apocalíptica que nos reveló, nos aseguró que al final habrá una generación victoriosa. Tengamos en cuenta que las visiones apocalípticas no son condicionales.

Tampoco podemos saber qué habría sucedido si Cristo hubiera fallado en su vida terrenal. Sí, por supuesto, sabemos algo. El mundo se habría perdido. Pero ¿habría destruido Dios también a Enoc, Moisés y Elías, echándolos del cielo? ¿Qué habría pasado con toda la creación celestial? Todo se habría perdido.

Digamos algo más antes de esta pregunta hipotética. Si el Hijo de Dios hubiera pecado en Su vida terrenal, el diablo se habría burlado de Dios y de Su Hijo.

“Cristo lo arriesgó todo. Por nuestra redención, el cielo mismo se puso en peligro” (PVGM 154). “Tomó el riesgo del fracaso y la pérdida eterna” (*From Heaven with Love*, 80). “El mundo se habría perdido” (“Cristo glorificado”, párr. 6), “el enemigo de Dios y del hombre habría triunfado” (DTG 709). *Lo mismo se dice del último remanente. Si el diablo pudiera vencerlos, “su triunfo sería completo”* (CS 603).

Pero cuando Jesús murió, “murió la humanidad, no murió la divinidad” (1MS 354). “Cuando Cristo fue crucificado, fue su humanidad la que murió. *La Deidad no se hundió y murió; eso habría sido imposible*” (5 BC 1113).

“Sólo Aquel que únicamente tiene inmortalidad y habita en la luz y la vida, podía decir: ‘Tengo poder para deponer mi vida y para volverla a tomar’” (YI, Jan 3, 1905; Juan 10:18). Entonces, ¿qué habría hecho Dios con el universo? No lo sabemos con certeza, y no es apropiado que especulemos demasiado al respecto porque no sucedió, ni se nos reveló ninguna otra alternativa. Las profecías del Antiguo Testamento sólo anticiparon Su victoria.

Incluso los ángeles no podían ver lo que se podía hacer para salvar a Adán y Eva cuando cayeron. Nunca pensaron que Dios tenía otra alternativa porque fueron engañados, ¡y qué alternativa era! Pero nada nos fue revelado acerca de otra alternativa si el Hijo hubiera caído, y lo que le habría sucedido a Dios y al universo.

Así como cuando Cristo murió, su humanidad murió, pero no Su divinidad porque Dios no puede morir (Juan 5:26; 10:18); tampoco se nos dice nada sobre lo que sucedería si el diablo triunfara sobre la última generación. Pero se nos dice que su triunfo sería completo como habría sido completo su triunfo sobre Cristo de haber caído, y con eso, se da a entender que las dudas persistirían en el universo y nadie estaría a salvo de iniciar la rebelión otra vez.

Pero Satanás fracasará. En medio de un mundo idólatra y rebelde, Dios tendrá un pueblo fiel que no se doblegará ante sus pretensiones, y a quien el Señor protegerá. Jesús:

“Vendrá para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron...” (2 Tes 1:10,12). “Dad al Eterno la gloria y el poder. Dadle la honra debida a su nombre” (Sal 96:7-8). “Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado” (Apoc 14:7).

c) Una generación entera de fieles triunfará sobre el pecado

Así como el diablo quiere obtener un triunfo *completo* sobre Dios al final, eliminando a la generación fiel (CS 676), así también Dios quiere desenmascararlo en forma *completa* cuando termine el conflicto (CS 728). Esto podrá hacerlo el Señor si al mismo tiempo santifica en forma *completa* a la última generación, probando al mundo y al universo que no sólo Jesús, sino también esa generación final puede por medio de él guardar los mandamientos de Dios (1 Tes 5:23; Apoc 12:17; 14:12). Sólo al final podría dirimirse en forma definitiva esa parte del conflicto, lo que muestra cuán dramática es esa contienda en su conclusión.

Veamos otra diferencia entre las generaciones anteriores y la última. En el pasado, ninguna de ellas dio un testimonio completo de fidelidad a Dios en guardar todos sus mandamientos. Tampoco tuvieron toda la luz que Dios desplegaría en la última generación (Is 60:1-2; Apoc 18:1), ni habrían sido llevados a experimentar lo que la generación final que triunfe experimentará. Ya vimos el fracaso del Israel literal. Pero el Israel espiritual, (los 144.000), no fracasará, porque será sellado en vida para subsistir en el día del Señor. Esa generación final vencerá como venció Jacob en su tiempo de angustia, por el cual se le cambió su nombre por Israel, “el que lucha con Dios y vence” (Gén 32:26-30).

Aunque en tiempos pasados *algunos pocos* héroes de la fe revelaron que se podía guardar la ley de Dios a cabalidad, como generación completa sólo la última daría ese testimonio. Cristo superó hasta al más fiel de los fieles del pasado, porque obedeció a su Padre desde la cuna hasta su muerte en la cruz. En cambio esas personas fieles del pasado lo fueron, gradualmente, a partir de su conversión, y gracias al Espíritu de Cristo que estaba en ellos. Enoc y Elías se destacan entre ellos como figuras de los que serán trasladados en vida al cielo. Su testimonio reveló una transformación total que no se doblegó ante Satanás.

“Enoc se destacó por su carácter. Muchos miran su vida como algo que está por encima de lo que la generalidad de los mortales pueden alcanzar. Pero la vida y carácter de Enoc... representa las vidas y caracteres de lo que todos deben ser si, como Enoc, son candidatos para ser trasladados cuando Cristo venga” (*Conflict and Courage*, 29).

“*Algunos pocos en cada generación desde Adán resistieron cada artificio suyo y se mantuvieron como nobles representantes de lo que estaba en el poder del hombre hacer y ser—Cristo trabajando con los esfuerzos humanos, ayudando al hombre en sobreponerse al poder de Satanás. Enoc y Elías son los representantes correctos de lo que la raza podía ser mediante la fe en Jesucristo si eligiese serlo.*

“*Satanás estaba grandemente perturbado porque estos hombres nobles y santos sin mancha en medio de la suciedad que los rodeaba perfeccionaron caracteres justos, y fueron contados por dignos para la traslación al cielo. Mientras se destacaban en poder moral y en noble rectitud, venciendo las tentaciones de Satanás, él no podía traerlos bajo el dominio de la muerte*” (RH, March 3, 1874; 3 SM 146-7).

“Los poderes morales de los hombres y mujeres en esta edad, que afirman ser guardadores de los mandamientos, me alarman. Todos deben levantarse y alzar la norma de la pureza” (HP 199).

d) “Frutos dignos”

A muchos les interesa solamente el perdón. Pero Dios no se conforma con perdonarnos. Espera que demos “frutos dignos de arrepentimiento” (Mat 3:8-10), porque “todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego” (Mat 7:19). Y por eso Dios espera mucho más de la última generación. Se nos imparte:

“Instrucción divina y celo *para perfeccionar un carácter que soportará la detenida inspección del juicio*” (*Conflict and Courage*, 8). “Los cristianos debieran luchar para alcanzar el alto ideal puesto delante de ellos en el evangelio. No debieran contentarse con nada menos que la perfección; porque Cristo dice, ‘sed perfectos como vuestro Padre que está en el cielo es perfecto’” (*MYP* 73).

“*Cuando la voluntad del hombre coopera con la voluntad de Dios, llega a ser omnipotente. Cualquier cosa que debe hacerse por orden suya, puede llevarse a cabo con su fuerza. Todos sus mandatos son habilitaciones*” (*PVGM* 266-268: *MJ* 70).

Esas virtudes cristianas de perfección y santidad deben desarrollarse con la ayuda de Dios en sus hijos. Y ese desarrollo es gradual. “En cada grado de desarrollo, nuestra vida puede ser perfecta, pero si se cumple el propósito de Dios para con nosotros, habrá un avance continuo” (*PVGM* 50). En cada etapa de crecimiento puede verse la santidad y la perfección de Cristo aplicada al creyente. Sólo un carácter como el de Cristo podrá soportar “la detenida inspección del juicio” (*Conflict and Courage*, 8).

Dios *completará* esa obra en la última generación por el derramamiento del Espíritu Santo a plenitud, y por la prueba de fuego final que pule el metal. Y esa obra completa no significará que el carácter no continuará desarrollándose por toda la eternidad después de la Segunda Venida. Así como tampoco el “perfeccionamiento” mediante el sufrimiento de Cristo para ser un Salvador perfecto (Heb 2:10), significaba un cambio de imperfección a perfección, sino de perfección en perfección, o de santidad a santidad.

“Un carácter formado a la semejanza divina es *el único tesoro que podemos llevar de este mundo al venidero*. Los que en este mundo andan de acuerdo con las instrucciones de Cristo, llevarán consigo a las mansiones celestiales toda adquisición divina. Y en el cielo mejoraremos continuamente. Cuán importante es, pues, el desarrollo del carácter en esta vida” (*MJ* 70).

e) La vindicación de Dios en el Antiguo Testamento

Ya estuvimos viendo algunos pasajes del Antiguo Testamento que requieren que el pueblo de Dios se reconozca culpable y vindique la justicia de Dios mediante el sacrificio substitutivo. Y luego, que camine irrepreensiblemente delante del Señor en medio de un mundo pagano. “Perfecto serás [intachable] delante del Eterno tu Dios” (Deut 18:13). Veamos ahora otros pasajes más que tienen que ver con el testimonio de un pueblo que hizo un pacto con Dios. En un momento crítico Moisés argumenta con Dios sobre la necesidad de obrar de tal manera que pudiera ser entendido por los demás, no de tal manera que nadie pudiera entenderlo. Le pide a Dios consistencia en base a sus promesas y su poder para salvar.

“Si tú destruyes a este pueblo como a un solo hombre, entonces las naciones que han oído de tu fama dirán: ‘*porque el Eterno no pudo* introducir a este pueblo a la tierra que les había prometido con juramento, por eso los mató en el desierto. Pero ahora, yo te ruego que *sea engrandecido el poder del Eterno*, tal como tú lo has declarado, diciendo: ‘el Eterno es lento para la ira y abundante en misericordia, y perdona la iniquidad y la transgresión; mas de ninguna manera tendrá por inocente al culpable’” (Núm 14:15-18).

Así también, el universo anhela la reivindicación de un Dios todopoderoso, no la

constatación de un Dios derrotado que, al final, “*no pudo* introducir a” la última generación en vivo a la Canaán celestial. Por eso Dios dice mediante Ezequiel:

“No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino *por causa de mi santo nombre*, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde habéis llegado. Y *santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones*, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy el Eterno..., *cuando sea santificado en vosotros* delante de sus ojos” (Eze 36:22-23).

“*Seré exaltado* entre las naciones, enaltecido seré en la tierra” (Sal 46:10). “*Mostraré mi grandeza y santidad*, y me dará a conocer a los ojos de muchas naciones; y sabrán que yo soy el Eterno” (Eze 38:23).

Para que las naciones puedan conocer y entender a Dios, debe ser *santificado en nosotros, vindicado* de la profanación que soportó de aquellos que habían tomado su nombre. No solamente su pueblo en la tierra, sino también los ángeles del cielo ruegan a Dios que exalte su nombre y su ley, porque saben cuán necesario es eso para la paz y estabilidad del universo.

“*Engrandécete*, oh Eterno, en tu poder; cantaremos y alabaremos tu poderío” (Sal 21:13). “*Exaltado seas sobre los cielos*, oh Dios; *sobre toda la tierra* sea tu gloria” (Sal 57:5). “El Eterno se complació *por amor de su justicia* en magnificar la ley y engrandecerla” (Is 42:21). “*Tú te exaltas como soberano sobre todo*” (1 Cro 29:11). “No nos deseches! *¡No deshonres tu trono glorioso! ¡Haz honor a tu nombre!* *¡Acuérdate de tu pacto con nosotros! ¡No lo invalides!*” (Jer 14:21).

f) La vindicación de Dios en el Nuevo Testamento

Cristo vino al mundo para vindicar el carácter de Dios, que había sido tergiversado por las tradiciones humanas. Él vino no solo para salvarnos, sino también para mostrar al universo cómo es Dios en un mundo pecaminoso y para justificar tanto a Dios como a Su Hijo en sus acciones contra el mal.

“Pero el plan de redención tenía un propósito todavía más amplio y profundo que el de salvar al hombre. Cristo no vino a la tierra sólo por este motivo; no vino meramente para que los habitantes de este pequeño mundo acatasen la ley de Dios como debe ser acatada; sino que *vino para vindicar el carácter de Dios ante el universo*. A este resultado de su gran sacrificio, a su influencia sobre los seres de otros mundos, así como sobre el hombre, se refirió el Salvador cuando poco antes de su crucifixión dijo: ‘Ahora es el juicio de este mundo: ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos traeré a mí mismo’ (Jn 12:31, 32). El acto de Cristo de morir por la salvación del hombre, no sólo haría accesible el cielo a los hombres, sino que ante todo el universo justificaría a Dios y a su Hijo en su trato con la rebelión de Satanás. Demostraría la perpetuidad de la ley de Dios, y revelaría la naturaleza y las consecuencias del pecado” (PP 54-55).

Este mismo propósito de vindicar a Dios delante del universo es el que el cielo anhela ver en los que se vuelven a Cristo, no sólo individualmente, sino también en su iglesia como cuerpo de creyentes.

“Desde el principio fue el plan de Dios que su iglesia reflejase al mundo su plenitud y suficiencia. Los miembros de la iglesia, los que han sido llamados de las tinieblas a su luz admirable, han de revelar su gloria. La iglesia es la depositaria de las riquezas de

la gracia de Cristo; y mediante la iglesia se manifestará con el tiempo, aun a ‘los principados y potestades en los cielos’ (Ef 3:10), el despliegue final y pleno del amor de Dios” (HAp 9).

La necesidad de exaltar el carácter de Dios ante un mundo que lo rebaja resalta en forma especial en el Apocalipsis. Y según ya vimos, es a través de la iglesia, más bien su “remanente”, que Dios vindica su nombre ultrajado en la tierra. Vemos por un lado los intentos del “dragón” y de “la bestia” por usurpar la adoración que le corresponde a Dios, quienes blasfeman contra él hasta con títulos de blasfemia, y lo denigran ante toda la creación terrenal y celestial (Apoc 13:1,3-4,5-7; 17:3). Y por el otro lado vemos a los ángeles y al “remanente” que Dios levanta aquí en la tierra, que lo vindican como Creador y digno de recibir todo reconocimiento por su obra de creación y redención (Apoc 4-5; 14:7).

El clamor de los mártires requiere justicia porque los habitantes de la tierra derramaron la sangre inocente de los justos sin que los verdugos rebeldes que los sacrificaron hubiesen recibido su merecido pago. En el cielo los vindican primeramente otorgándoles en el juicio las ropas blancas que usarán cuando reciban el premio de la vida eterna (Apoc 6:9-11; véase 3:4). Pero el pago correspondiente caerá sobre “los habitantes de la tierra” durante las siete plagas finales. ¿Por qué? Porque “no se arrepintieron para darle gloria”, sino que blasfeman ahora contra Dios por causa de las plagas (Apoc 16:9,11). Así se prueba que esa gente no cambia su conducta ni por las buenas ni por las malas; ni por los últimos llamados a honrar a Dios (Apoc 14:7), ni por el castigo (Apoc 16:9,11). Pero los ángeles vindican a Dios reconociendo su justicia al castigarlos así.

“*Justo eres tú, oh Señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas. Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen*’. También oí a otro, que desde el altar decía: ‘*ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos*’” (Apoc 16:5-7). “Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder” (2 Tes 2:6-12).

¿Qué hacen los ángeles y los redimidos que se pusieron del lado de Dios en el gran conflicto, cuando al final todo el mundo blasfema contra Dios y adora al anticristo impostor? Llaman a honrar al Creador y a guardar sus mandamientos, y a no permitir que les impongan la marca del anticristo (Apoc 14:6-12). La corte del cielo no se deja amedrentar por la rebelión terrenal, y aclama a Dios diciendo:

“*Digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas*” (Apoc 4:11). “*Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra... Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos*” (Apoc 4:9,10,13).

Finalmente, toda la creación redimida y la celestial aclama a Dios diciendo:

“‘*¡Grandes y maravillosas son tus obras, oh Señor Dios, Todopoderoso! ¡Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de las naciones!*’” (Apoc 15:3-4). “*¡La salvación se debe a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero!*” (Apoc 7:10).

“¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella” (Apoc 19:1-2).

g) La vindicación que acalla las acusaciones de Satanás

Hay un paralelismo notable que Kritzinger destaca entre la vindicación de Job y la del último remanente. Entre telones se ve una confrontación entre Dios y el ángel rebelde. Dios le pregunta a Satanás:

“¿Te has fijado en mi siervo Job? Porque *no hay ninguno como él* sobre la tierra, hombre *perfecto* [intachable] y *recto, temeroso de Dios y apartado del mal*. Respondió Satanás al Señor: ‘¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No has puesto tú una valla alrededor de él, de su casa y de todo lo que tiene, por todos lados? Has bendecido el trabajo de sus manos y sus posesiones han aumentado en la tierra. Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, verás si no te maldice en tu misma cara’ (Job 1:8-11).

Dios le permite al diablo oprimirlo entonces, trayendo sobre él terribles calamidades, a riesgo de comprometer su carácter como Dios justo por permitir que su siervo fiel fuese maltratado “sin causa”. Y a pesar de eso, Job “conserva su integridad” (Job 2:3), no dándole la razón al diablo. De esa manera Job vindicó a Dios de las acusaciones veladas de Satanás contra él.

“Según su fe, así fue para Job. ‘Cuando me haya probado’, dijo, ‘saldré como oro’ (Job 23:10). Y así sucedió. Por su paciente perseverancia *vindicó su propio carácter, y por lo tanto el carácter de Aquel cuyo representante era*. Y ‘el Señor cambió el cautiverio de Job ..., también el Señor le dio a Job el doble de lo que tenía antes... Así que el Señor bendijo la parte final de Job más que su principio (Job 42:10-12)’ (Ed 156).

Al vindicar su propio carácter sin maldecir a Dios en la adversidad, *Job vindicó también el carácter de Dios*. Así también sucederá con la última generación que Dios está preparando para ser vindicado por ella aún en la peor prueba de la historia. En lugar de maldecir a Dios, esa generación glorificará su nombre en la peor adversidad que jamás existió, y se mantendrá fiel sin rebelarse contra él. Si Job pudo vindicar el carácter de Dios representado en su conducta, ¿por qué no iba a poder la última generación vindicar el nombre de Dios también ante la mayor adversidad? Y la bendición de Dios sobre ese pueblo del fin será mayor aún que la que pudo haber tenido antes: la vida eterna.

En el Apocalipsis nosotros encontramos un cuadro equivalente al de Job. Satanás es el “acusador de los hermanos” (Apoc 12:10), pero más que eso, sus acusaciones esconden una queja contra Dios. Su argumento es que Dios no es justo si salva a su pueblo por todos los pecados que cometió, y lo condena a él (véase Zac 3:1-2).

“Tiene conocimiento exacto de los pecados que les ha hecho cometer y los presenta ante Dios con la mayor exageración y asegurando que esa gente es tan merecedora como él mismo de ser excluida del favor de Dios. Declara que en justicia el Señor no puede perdonar los pecados de ellos y destruirle al mismo tiempo a él y a sus ángeles. Los reclama como presa suya y pide que le sean entregados para destruirlos” (CS 676).

Pero se resalta que “ellos lo vencieron por la sangre del Cordero” (Apoc 12:11), y Dios puede decir de ellos al concluir el juicio:

“¡Helos aquí! ¡Helos aquí! *Santos, inocentes e inmaculados. Guardaron la palabra de mi paciencia* y andarán entre los ángeles” (CS 605). “Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también *te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar* a los que moran sobre la tierra” (Apoc 3:10).

Jesús pone a la sexta iglesia en el umbral de la puerta abierta al juicio investigador que revelará en la siguiente visión. Es en esa época de juicio que la prueba vendrá sobre todo el mundo. Y al triunfar sobre el diablo por la gracia de Dios, sus acusaciones quedan acalladas. Todos los pecados que hizo cometer al pueblo de Dios vuelven entonces contra su primera causa (véase Gén 3:15). Así estaba representado en el ritual de purificación del templo de Israel, al final del año, cuando luego de completada la purificación del santuario, el macho cabrío que representaba a Satanás era inculpado por todos los pecados que hizo cometer al pueblo de Dios, y finalmente expulsado del campamento (Lev 16:20-22). Así quedará el diablo abandonado a este mundo destruido y sin habitantes durante el milenio, hasta que el juicio de Dios lo destruya (Apoc 20).

h) La vindicación final del mal y del bien

Cuando uno estudia la aparición de pueblos, naciones e imperios en la historia humana, ve que todos alcanzan un zenit o cima o clímax, y luego decrecen hasta terminar extinguiéndose. ¿Habrá algún pueblo que romperá finalmente ese estigma de crecimiento y senilidad consiguiente? ¿Podrá ese pueblo crecer y madurar, y nunca marchitarse? De eso nos habla la Biblia.

Hay un gran conflicto entre dos seres antagónicos: Dios y el diablo—el bien y el mal. Ambos han tenido seguidores a lo largo de la historia en este planeta conflictivo desde que nuestros primeros padres, Adán y Eva, fueron engañados por el ángel rebelde (Gén 3). Pero esa historia con sus dos bandos va a llegar a su fin. Se nos promete: “Dios... aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies” (Rom 16:20).

Por más poderoso que pueda parecer a menudo el mal con tanta gente que encarna la rebelión, el mal no triunfará. Los que están del lado de Dios sobrevivirán, y vindicarán el carácter de Dios ante el mundo y el universo que observa atento el desenlace de este conflicto. ¿Qué harán o procurarán hacer esas dos partes en confrontación para que ese conflicto cósmico llegue a su punto decisivo y final?

(a) La vindicación del mal heredado

La última generación rebelde debe madurar también y dar su fruto nefasto en toda su dimensión (Jer 51:33). “Cuando brotan los impíos como la hierba, y florecen todos los que hacen iniquidad, es para ser destruidos eternamente” (Sal 92:7). Esa generación malévola tratará de vindicar el espíritu que movió las generaciones anteriores para corromper el mundo y destruir al pueblo de Dios. Eso lo vemos representado ya en la advertencia que Jesús dio a la nación judía antes de ser destruida. Esa generación apóstata iba a ser condenada por asumir el espíritu asesino de toda la historia precedente, desde Caín el primer asesino, hasta el más reciente asesinato que había sido ejecutado por los líderes de esa nación. Esto les dijo Jesús:

“Yo os envío profetas, sabios y escribas: de ellos, a unos los mataréis y crucificaréis, y a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad,

para que recaiga sobre vosotros [la culpa de] toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Berequías, a quien asesinasteis entre el templo y el altar” (Mat 23:34-36); “para que la sangre de todos los profetas, derramada desde la fundación del mundo, se le cargue a esta generación” (Luc 11:50).

Lo que ocurrió en el microcosmos de pueblos y naciones que fueron destruidas por su rebelión contra Dios (Jer 51-52; Am 1-2; Is 13-23, etc), volverá a pasar en el macrocosmos del fin, cuando ese mismo espíritu se encarnará en el mundo entero (Is 24-27). La última generación rebelde está representada en el Apocalipsis por el símbolo de una mujer corrupta y asesina, llamada Babilonia. El símbolo de la mujer representa en la Biblia a la iglesia de Cristo (Ef 5:22-32). Pero en este caso se trata de una iglesia sanguinaria que, para llevar a cabo su agenda apóstata y blasfema, se une ilícitamente con los gobernantes de la tierra.

La sede del gobierno de Babilonia se ve claramente en las características que da el Apocalipsis de la ciudad de Roma, con sus siete montes o colinas (Apoc 17:9), pero su proyección es universal (v. 15). Esa característica geográfica sirve también como una maqueta de todos los imperios rebeldes del mundo que la precedieron. Porque la Roma babilónica encarna el espíritu de engaño y rebelión contra Dios que esos reinos tuvieron. Véase *Identificando la Babilonia del Apocalipsis*:

<https://adventistdistinctivemessages.com/wp-content/uploads/documents/Identificando%20a%20Babilonia.pdf>

La Babilonia sanguinaria del Apocalipsis corrompe al mundo, por lo que Dios finalmente la destruye. ¿Por qué? Porque “en ella se halló la sangre de los profetas, y de todos los que han sido muertos en la tierra” (Apoc 18:24). La última generación rebelde acumula una responsabilidad por todos los pecados que la precedieron desde la sangre derramada de Abel el justo hasta el momento del castigo (Mat 23:35; Apoc 16:6; 18:24). Porque asume la rebelión de las generaciones rebeldes anteriores, y procura vindicar su espíritu de insubordinación contra el gobierno divino. Y por encarnar ese carácter rebelde de las generaciones anteriores, Dios la destruye para siempre.

Este principio de responsabilidad acumulada parece estar implícito en los mensajes de los profetas a Israel antes de su destrucción por pueblos enemigos. Todos repasan la historia del pueblo de Dios desde sus orígenes hasta ese momento. Pero en lugar de identificar la nación con los momentos más gloriosos de conversión y bendición del cielo, la identifican con las épocas de rebelión y apostasía (Eze 16; 23; Am 2:4; Hech 7). Y por reivindicar lo negativo de esa historia, les toca llenar la medida de la iniquidad de sus antecesores (Mat 23:29-33; Hech 7:43,51-53).

“Dios lleva cuenta de las naciones. A través de todos los siglos de la historia de este mundo, los malhechores han estado acarreado sobre sí ira para el día de la ira; y cuando el tiempo se cumpla plenamente, cuando la iniquidad haya alcanzado el límite establecido por la misericordia de Dios, su paciencia se agotará. Cuando las cifras acumuladas en el registro celestial lleguen al nivel que indique que la suma de la transgresión se completó, vendrá la ira, sin mezcla de misericordia, y entonces se comprenderá lo terrible que ha sido haber agotado la paciencia divina. La crisis culminará cuando las naciones se unan para invalidar la ley de Dios” (5 TPI 494).

(b) La vindicación del bien heredado

¿Habrá una última generación de fieles que se pondrá del lado de Dios cuando la última generación rebelde quiera imponerse sobre todo el mundo? ¡Sí, habrá una última generación

de fieles que triunfará! Ya lo vimos. Dios no quedará sin representantes. Ninguna empresa puede triunfar si fracasa en su parte final. *Esa última generación de fieles vindicará a Dios y a todas las generaciones de hijos de Dios que la precedieron*, por asumir el espíritu de lealtad a Dios que caracterizó a su Hijo y a todos los fieles del pasado.

Es como en las *carreras de relevos*, en donde un corredor recorre una distancia determinada, luego pasa al siguiente corredor su antorcha, y así sucesivamente hasta que se completa la carrera. Así también, en el estadio de la fe, todas las generaciones anteriores que corrieron no obtienen la victoria completa hasta que triunfa la última generación (véase 1 Cor 9:24-27). Por eso Pablo *corrió primero*, pero mientras corría, se preocupaba de la salud espiritual de la siguiente generación. Porque si la siguiente generación no corría bien, él habría corrido en vano. De todas maneras, Pablo esperaba que otros corrieran y finalmente llegasen a la meta. Los exhortó a ser fieles, diciendo:

Sostened “firmemente la palabra de vida, a fin de que yo *tenga motivo para gloriarme en el día de Cristo, ya que no habré corrido en vano ni habré trabajado en vano*” (Filip 2:16). “Temo por vosotros, que *quizá en vano he trabajado por vosotros*” (Gál 4:11). “Por eso también yo, cuando ya no pude soportar más, envié para informarme de vuestra fe, por temor a que el tentador os hubiera tentado y que *nuestro trabajo resultara en vano*” (1 Tes 3:5).

Pablo pudo terminar bien la primera etapa de la carrera como apóstol de Cristo. Por eso dijo al llegar al final de su vida, “he peleado la buena batalla, *he acabado la carrera*, he guardado la fe” (2 Tim 4:7). Pero sabía también que la meta final del cristianismo iba a completarse “en aquel día” cuando junto con él, todos los que amasen su venida recibirían “la corona de la vida” (v. 8).

La historia del cristianismo muestra que el testimonio de las generaciones que siguieron a la de los apóstoles decreció. Eso se ve también en el Apocalipsis al abrirse los sellos del libro de Dios. El anticristo romano persiguió a la generación de fieles que le tocó vivir durante la Edad Media, hasta vencerlos (Apoc 6:9-10; 13:7). Pero su antorcha fue retomada por las generaciones posteriores que vindicaron su fe ante el mundo, hasta el triunfo de la generación final que es sellada con la aprobación del juicio (Apoc 7:1-8). La antorcha de la fe le ha sido entregada a la Iglesia Adventista que, a pesar de todos los obstáculos de la carrera, llegará triunfante al final. ¿Estaremos en esa iglesia cuando todo el mundo infiel se precipite sobre ella? (Apoc 12:17).

¿Qué se demuestra al final? ¿Qué contemplan las inteligencias celestiales en el juicio? Que si Dios habrá sido capaz de mantener en vida sin pecar a esa última generación, que acarrea la peor herencia de la raza humana en sus 6000 años de pecado, entonces hubiera podido hacer lo mismo con las generaciones de fieles que no tuvieron la misma luz que la última, ni las mismas oportunidades. Y esto en nada cambia el hecho de que es a través de Cristo y de su poder únicamente que pueda aparecer tal generación. Ya que, sin la vindicación de Cristo del carácter de Dios, ninguna otra vindicación de ese carácter podía darse en ninguna generación humana, ni anterior, ni posterior.

“El hombre salió de la mano de su Creador perfecto en su estructura y hermoso en su forma. El hecho de que durante seis mil años haya soportado el peso *siempre creciente* de la enfermedad y el crimen, es una prueba concluyente del poder de resistencia del cual fue dotado... Si Adán no hubiera poseído originalmente un poder físico mayor que el que los hombres tienen ahora, la raza se habría extinguido” (RH, Dic 13, 1881).

“La raza humana gime bajo *el peso de la aflicción acumulada debido a los pecados*

de generaciones pasadas. Y sin embargo, los hombres y mujeres de la presente generación, casi sin pensar ni preocuparse de su conducta, se entregan a la intemperancia por sus excesos y borracheras, por lo cual *dejan como legado para la próxima generación*, enfermedad, intelectos debilitados y contaminación moral” (4 TPI 34).

“Hubo una *disminución continua a través de generaciones sucesivas, hasta la última* que vivió sobre la tierra. El contraste entre los primeros hombres malvados que vivieron sobre la tierra, y los de la última generación, fue muy grande. Los primeros eran de estatura elevada y bien proporcionada—los últimos... fueron una raza débil, enana y deforme” (3 SG 84).

“¡La generación presente es *débil en poder mental, moral y físico*. Toda esta miseria se ha *acumulado de generación en generación* debido a que el hombre caído quebrantará la ley de Dios” (CD 43). “Si los hombres hubieran sido siempre obedientes a la ley de los Diez Mandamientos, practicando en su vida los principios de aquellos preceptos, la maldición de la enfermedad que ahora inunda al mundo no existiría” (CRA 140).

La ilustración de la carrera de relevos muestra que, si no hubiese una última generación que glorificase a Dios obedeciendo sus mandamientos, la verdadera iglesia de Cristo que sostuvo a lo largo de los siglos, vista en su totalidad, no habría llegado a la meta. Si eso ocurriera, ¿por qué no habría terminado Dios con el mundo antes? ¿Le habrían fallado sus planes de revelar ante el universo el triunfo final del evangelio? Vimos que en la visión de los sellos la última generación triunfa con el sello de Dios (Apoc 6:12-7:8).

Enfaticemos una vez más esta gran realidad. El universo no debía terminar presenciando la impotencia divina para hacer que su pueblo terminase en el fracaso. Al contrario, Dios dotará a esa última generación de poder para que pueda vencer por completo el pecado y a todas las huestes del mal. Porque tanto el Padre como el Hijo empeñaron su honor, su reputación, en el plan de salvación.

“La misma imagen de Dios debe reproducirse en la humanidad. El honor de Dios, el honor de Cristo, están *comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo*” (DTG 625; Jer 14:21). “Estando convencido precisamente de esto: que el que comenzó en vosotros la buena obra, *la perfeccionará* hasta el día de Cristo Jesús” (Filip 1:6).

Por eso, desde la perspectiva positiva, esa generación lleva a feliz término el testimonio de todas las generaciones de santos que la precedieron, y vindica ese testimonio anterior. Esto es lo que entendió el apóstol Pablo cuando escribió a los filipenses: sostuvo “firmemente la palabra de vida, *a fin de que yo tenga motivo para gloriarme en el día de Cristo, ya que no habré corrido en vano ni habré trabajado en vano*” (Filip 2:16). Los últimos que triunfan en la prueba final y más dramática de la historia del mundo, vindican con su ejemplo de fidelidad a los que corrieron primero porque no dejan trunca su historia terrenal (2 Tes 1:10,12; Ef 4:13; 5:25-27, etc).

Dios no se habrá quedado a mitad de camino. Habrá todavía sobrevivientes de la simiente santa al final de la carrera. Con su testimonio esa última generación revelará que está del lado de Dios, y completará el edificio espiritual de su iglesia sobre el fundamento sólido que pusieron Cristo y los apóstoles (1 Cor 3:10).

“Así que... sois... miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien *todo el edificio, bien coordinado, va creciendo* para ser un templo santo en el

Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Ef 2:19-22). “Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y *otro edifica encima*; pero cada uno mire cómo sobreedifica” (1 Cor 3:10).

Mediante las tres figuras que hemos estado considerando, la Biblia nos enseña que la última generación que llega con vida al final de la carrera hace triunfar a todos los que corrieron antes. Ya que los que estemos vivos cuando venga el Señor no precederemos en la traslación a los que durmieron en las generaciones pasadas (1 Tes 4:5). Y si nuestra generación no llega a la meta, en vano corrieron los que nos entregaron su antorcha. ¡Gracias a Dios que en Su plan de salvación, Él determinó que todas las generaciones fieles venzan, porque su victoria está garantizada en Su Hijo! Lo único que sabemos sobre la generación final es que alcanzará en vida el objetivo final. Sabemos esto porque las profecías apocalípticas no son condicionales (Apoc 12:17; 14:12).

Mediante la representación del edificio espiritual de la iglesia cristiana, cuyo fundamento fue puesto por el Nuevo Testamento, se muestra también que ese edificio no se completará antes de la última generación (Ef 2:19-22; 1 Cor 3:10). Y mediante la ilustración de la cosecha que no se efectúa antes que el trigo madure, nuevamente se afirma el valor del testimonio de la última generación que, a su vez, la diferencia de las generaciones anteriores (Mar 4:28-29; Apoc 14:15-16).

No hay cosecha si el grano no madura. No hay victoria si el último que corre no llega a la meta. El edificio espiritual de la iglesia queda trunco si no se lo completa en su etapa final, se queda sin terminar, queda inconcluso en la mitad del proyecto, como un monumento al fracaso. La última generación agradece y vindica el testimonio de las generaciones que la precedieron y que este mundo impugnó, y en su triunfo final todas esas generaciones fieles anteriores están comprendidas.

“¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: ‘Este hombre comenzó a edificar, y no pudo terminar’” (Luc 14:28-30).

Prestemos atención a cómo el diablo se burla de Dios y de sus ángeles cuando logra hacer que los seguidores de Cristo, que se están preparando para ser trasladados al reino eterno, caigan en pecado, y observemos cómo los ángeles se disgustan por la burla de Satanás.

“Satanás y sus ángeles marcan todos los actos mezquinos y codiciosos de estas personas, y los presentan a Jesús y a sus santos ángeles, diciendo con reproche: “*¡Estos son los seguidores de Cristo! ¡Se están preparando para ser trasladados!* Satanás compara su curso con pasajes de las Escrituras en los que es claramente reprendido, y luego se burla de los ángeles celestiales, diciendo: ‘*¡Estos están siguiendo a Cristo y su palabra! ¡Estos son los frutos del sacrificio y la redención de Cristo!*’ Los ángeles se dan vuelta disgustados de la escena” (CET 174).

La piedra principal del fundamento del edificio es Cristo, de lo contrario ningún edificio hubiera podido construirse (Ef 2:19-22). Y es Cristo quien alienta a los labradores en todo el proceso de construcción, sin lo cual no hay construcción posible (Sal 127:1). La planta pudo germinar hasta madurar el grano gracias a que Cristo la plantó primero y la cuidó (Mat 13:3,24,31; 1 Cor 3:7), de lo contrario no habría habido ni planta ni grano maduro ni cosecha al final (Mar 4:29). Y el que lanzó la carrera fue Cristo también, de lo contrario no habría

habido carrera (Mat 28:19-20; Hech 1:8; Filip 2:16: “no habré corrido en vano”). Y es él quien acompaña a su iglesia en toda la carrera cristiana, “hasta el fin del mundo” (Mat 28:20).

i) ¿Igualará la última generación el modelo de Cristo?

Ya vimos que en un sentido “no”. Ni siquiera los ángeles de Dios podrán igualar el modelo de Cristo en su gloria, porque dependen de él para su seguridad eterna (Col 1:19). Los ángeles tuvieron compañeros que fracasaron, por lo que tampoco podía un ángel venir a redimir este mundo. La perfección absoluta la tiene sólo la Deidad. Por eso seguiremos creciendo en santidad durante toda la eternidad, sin que eso implique crecer en el cielo de imperfección a perfección, o de corrupción a santidad. Mientras que experimentaremos un crecimiento constante en nuestro conocimiento de Dios y en su santidad, nunca alcanzaremos la perfección absoluta que sólo Cristo y Dios mismo poseen. Cristo permanecerá como nuestro modelo y guía durante toda la carrera cristiana, acompañándonos hasta el fin del mundo.

“La perfección angélica fracasó en el cielo. La perfección humana fracasó en el Edén, el paraíso de felicidad. Todo el que desee seguridad ya sea en la tierra como en el cielo, debe mirar al Cordero de Dios” [el modelo] (ST, 12-30-89, 4). “Únicamente mediante los méritos de Aquel que era igual con Dios podía restaurarse la raza caída” (The Messenger, 04-26-93, 5).

“Ningún hombre o ángel del cielo podría haber pagado la penalidad del pecado. Jesús era el único que podía salvar la rebelión del hombre. En él, la divinidad y la humanidad se combinaron, y esto fue lo que dio eficiencia a la ofrenda de la cruz del Calvario” (1 SM 322). “Los ángeles se postraron a los pies de su Comandante y se ofrecieron para llegar a ser un sacrificio por el hombre. Pero la vida de un ángel no podía pagar la deuda; sólo Aquel que creó al hombre tenía poder para redimirlo” (PP 64).

Esto debe quedar claro. Nosotros nunca seremos “igual con Dios” como Cristo lo fue con su Padre, ni tampoco los ángeles podrán serlo porque su conocimiento es limitado (Mat 24:36; 1 Ped 1:12). No seremos jamás *iguales* a Cristo ni siquiera en el cielo, como tampoco los ángeles podrán igualarlo. Ellos lo alabarán por toda la eternidad junto con los redimidos, porque sólo en él estaremos todos seguros para siempre, y será exaltado sobre todos y todo en el cielo y en la tierra, y toda criatura terrenal y celestial se postrará ante él (Filip 2:9-11). Es únicamente “por medio de” su Hijo que Dios dispuso “reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Col 1:19). “Todo el que desee seguridad ya sea en la tierra como en el cielo, debe mirar al Cordero de Dios” (ST, 12-30-89, 4).

Pero el hecho de que nadie pueda *igualar* el modelo de Cristo no significa que la imagen del carácter de Cristo no pueda reproducirse perfectamente en su pueblo. “La luz resplandece en las tinieblas”, y ambas no pueden cohabitar (Jn 1:5; 1 Jn 1:5).

“El espíritu está luchando contra la carne, y la carne contra el espíritu, y uno de los dos tiene que vencer. Si el alma es santificada por la verdad, odia y resiste el pecado, porque acepta a Cristo como huésped honrado. Pero Cristo no puede compartir un corazón dividido; el pecado y Jesús nunca están en sociedad” (TM 160).

Adán fue hecho a imagen de Dios, no igual, sino a su semejanza (Gén 1:26-27). Y eso no significaba que era imperfecto. Por el contrario, “Dios hizo al hombre recto” (Ecl 7:29), “perfecto” (RH, 13 de diciembre, 1881), pero no en la esfera divina. Dios no hizo en Adán otro

Dios. La misma perfección se vio también en los ángeles cuando fueron creados, sin que tampoco tuviesen la perfección absoluta de Dios. Leamos de nuevo las dos citas que compartimos al comienzo de este documento, y tres más que agrego seguidamente.

“Nunca podremos *igualar* el Modelo, porque es una bondad infinita la que se efectuó en su naturaleza humana” (16 MR 1213 199). “No podemos *igualar* el modelo, pero podemos imitarlo y, según nuestra capacidad, obrar de una manera *semejante*” (2 T 170). “El Señor no puede aceptar nada menos que la perfección del carácter, la plenitud para Dios. Todo servicio de medio corazón testificará ante las inteligencias celestiales que hemos fracasado en copiar el Modelo” (YI, Oct 13, 1892).

“De nosotros está, pues, que cooperemos con los factores que Dios emplea, en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino. Nadie puede descuidar o aplazar esta obra sin grave peligro para su alma” (CS 607). “Como colaboradores de Cristo..., hemos de mirar su vida, estudiar su carácter y *copiar el modelo*. Lo que Cristo fue en su perfecta humanidad debemos serlo nosotros, porque debemos formar caracteres para la eternidad” (TM 173).

“Hemos de crecer diariamente en belleza espiritual. *Fracasaremos con frecuencia en nuestros esfuerzos de imitar el modelo divino*. Con frecuencia tendremos que prosternarnos para *llorar a los pies de Jesús*, debido a nuestras faltas y errores, pero no hemos de desanimarnos. Hemos de orar más fervientemente, creer más plenamente y *tratar otra vez, con mayor firmeza, de crecer a la semejanza de nuestro Señor*” (Mar 225: 7 de agosto). “*En cada grado de desarrollo, nuestra vida puede ser perfecta, pero si se cumple el propósito de Dios para con nosotros, habrá un avance continuo*” (PVG 50).

“Siete veces cae *el justo* y vuelve a levantarse” (Prov 24:16). No dice que cae siete veces *el injusto*. Porque su carrera no va hacia abajo, de derrota en derrota, sino hacia arriba, “de gracia en gracia, de gloria en gloria” (RH, Junio 10, 1884; 2 Cor 3:18). Salomón se centra, así, en el lado positivo. El justo se repone de su caída. Su carrera va de victoria en victoria, hasta que vence definitivamente su falta. Porque “por el Eterno son ordenados los pasos del hombre, y el Eterno se deleita en su camino. Cuando caiga, no quedará derribado, porque el Eterno sostiene su mano” (Sal 37:23-24).

Por eso, nadie nos mirará a nosotros jamás como modelo, ni tampoco nadie mirará a la última generación como modelo. Tampoco mirará alguien a un ángel creado como modelo. Por eso también, el ángel que dialogaba con Juan se identificó con nosotros los seres creados terrenales, y le dijo que no se postrara ante él, porque él era consiervo de Dios como Juan y los profetas (Apoc 19:10). Sólo ante Dios y su Hijo hay que postrarse (Filip 2:9-11). Cristo fue el único que permaneció invicto desde la cuna al Calvario. Por eso, *el modelo será siempre Cristo*. Pero al final, todos podrán mirar cómo se habrá reproducido en forma perfecta su carácter en quienes salimos de su molde. Mirando a la meta final escribió E. de White:

“Deben todos recordar que *no han alcanzado aún* la perfección, que la obra de edificar el carácter *no está aún terminada*. Si caminaran en cada rayo de luz que Dios ha dado; si se comparasen a sí mismos con la vida y el carácter de Cristo, discernirían dónde han caído para cumplir los requerimientos de la santa ley de Dios y *buscar hacerse a sí mismos perfectos en su esfera, así como Dios en el cielo es perfecto en la suya...* Durante estas horas de gracia deben buscar la perfección del carácter. Deben aprender diariamente de Cristo” (PM 74).

“El hizo una ofrenda tan completa que, *mediante su gracia, cada uno puede alcanzar la norma de perfección*. De los que reciban su gracia y sigan su ejemplo se

escribirá en el libro de la vida: ‘*Completo en él [en Cristo] sin mancha ni mácula*’” (RH, 31 de marzo, 1904). “La vida cristiana es una marcha constante hacia delante. Jesús se sienta como refinador y purificador de su pueblo; y cuando su imagen se refleja perfectamente en ellos, son perfectos y santos, y preparados para la traslación” (1 T 340).

Como lo hemos visto, aun siendo perfectos en Cristo quien suple nuestras deficiencias, no debemos alardear que estamos sin pecado. Ni siquiera la última generación lo hará después de haber recibido el sello de Dios. Aunque se nos asegura que alcanzaremos “el estado de impecabilidad en que vivía Adán antes de la caída” cumpliendo “por fe los mandamientos de Dios” (ST, 21 de julio de 1902; MSV 232), y que por la gracia de Dios es “posible llevar una vida perfecta” (6 RH 519; Apoc 3:2), jamás saldremos a predicarnos a nosotros mismos delante de los demás como habiendo llegado a la cima de la santidad (2 Cor 4:5). Sólo cuando termine el conflicto:

“y sólo entonces será seguro afirmar que somos salvos y sin pecado. La verdadera santificación no conducirá ningún ser humano a pronunciarse a sí mismo como santo, sin pecado, y perfecto. Dejad con el Señor la proclamación de la verdad de vuestro carácter” (ST, 16 de mayo, 1895).

“Los que en verdad purifican sus almas por la obediencia a la verdad tendrán la más humilde opinión de ellos mismos. Cuanto más de cerca ven el carácter inmaculado de Cristo, más fuerte será su deseo de ser modelados a su imagen, y menos verán en ellos la pureza o la santidad” (5 T 471).

“La actitud de Pablo es la actitud que debe asumir cada uno de los seguidores de Cristo... Nadie puede pretender ser perfecto. Que los ángeles registradores escriban la historia de las santas luchas y conflictos del pueblo de Dios, que registren sus oraciones y lágrimas; pero que Dios no sea deshonrado por la proclamación de labios humanos, declarando: ‘Estoy sin pecado. Yo soy santo’. Los labios santificados nunca pronunciarán tales palabras presuntuosas. Pablo había sido arrebatado hasta el tercer cielo... Que los ángeles del cielo escriban acerca de las victorias de Pablo en la lucha de la buena batalla de la fe. Que el cielo se regocije en su firme caminar hacia el cielo, manteniendo el premio a la vista para el cual cuenta cualquier otra consideración como escoria. Que los ángeles del cielo se regocijen al contar sus triunfos, pero que Pablo no pronuncie vanas alabanzas de sí mismo al jactarse de sus logros” (ST, 23 de mayo, 1895).

“Podían ángeles del cielo registrar las victorias de Pablo mientras proseguía la buena carrera de la fe. Podía el cielo regocijarse en su resuelto andar ascendente, mientras él, teniendo el galardón a la vista, consideraba todas las otras cosas como basura. Los ángeles se regocijaban al contar sus triunfos, pero Pablo no se jactaba de sus victorias. La actitud de ese apóstol es la que debe asumir cada discípulo de Cristo que anhele progresar en la lucha por la corona inmortal” (HAp 449).

“Los que son registrados como santos en los libros del cielo no son conscientes de ello y son los últimos en alardear su propia bondad. Ninguno de los profetas y apóstoles jamás profesaron santidad, ni siquiera Daniel, Pablo o Juan. El justo nunca pretende eso. Cuanto más de cerca se asemejan a Cristo, más lamentan su disimilitud a él; porque sus conciencias son sensibles, y miran el pecado más como Dios lo mira. Tienen una comprensión exaltada de Dios y del gran plan de salvación” (TR 62).

Es la conciencia de nuestra fragilidad la que no nos permite alardear perfección ni santidad. Por eso, la última generación no soportará la prueba basada en sus logros, sino en

un reconocimiento del poder y la gracia de Dios que obró en ellos. Y aunque no seamos presuntuosos, la orden divina es: “porque yo soy el Eterno vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo” (Lev 11:44-45). De manera que, aunque no alardeemos santidad ni perfección por el hecho de saber que somos débiles por naturaleza, podemos y debemos estar permanentemente conscientes de la aprobación y presencia divina en nuestras vidas, porque en nosotros opera el poder de Dios.

Pablo sabía que Cristo moraba en él a tal punto que pudo decir: “sed imitadores de mí como yo de Cristo” (1 Cor 11:1). Pudo decir al terminar su carrera: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Tim 4:7-8). Él era consciente de que moraba en la presencia de Dios, y de eso debemos estar nosotros conscientes también, si queremos estar comprendidos en su perfección.

“Debéis estar *conscientes* de que permanecéis en Cristo, de que estáis continuamente con Cristo, donde vuestra mente se anima y fortalece porque la habéis puesto sobre Cristo...” (ELC 57). “Cristo ha provisto medios por los cuales nuestra vida entera sea *una comunión ininterrumpida* con él; pero *la conciencia de la presencia permanente de Cristo viene solamente a través de la fe viviente...*” (ELC 58). “Justificados, pues, por la fe, *tenemos paz* para con Dios mediante nuestro Señor Jesucristo” (Rom 5:1).

j) La única generación que estará viva cuando Jesús venga.

A diferencia de todas las otras generaciones fieles, la última será la única que llegará con vida a contemplar la gloria de Dios antes de la transformación de su cuerpo mortal en la segunda venida de Cristo. Para entender mejor la importancia de esta diferencia, convendrá hacer una síntesis muy breve de lo que ya hemos visto sobre la necesidad divina de contar con una generación que al final, refleje en forma perfecta el carácter de Cristo.

Vimos que la naturaleza caída de Adán era débil e impotente para vencer al ángel rebelde. Por eso vino Cristo, para impartirle su naturaleza divina de tal manera que pudiese vencer al diablo como él lo hizo. Pero a diferencia de Cristo quien vino con una naturaleza espiritual perfecta, nosotros somos imperfectos por naturaleza. Faltaba ver si el poder espiritual de Cristo iba a lograr en sus seguidores un carácter como el suyo. Por eso el diablo intenta hacerlos caer para luego destruirlos.

Al impartirnos su naturaleza divina Cristo hace “experimentos” en los corazones humanos que los transforman a tal punto que el mismo diablo queda confundido, y los ángeles se regocijan en el cielo por tal cambio. Vimos también que la santificación es un proceso gradual que dura toda la vida. Pero en todas las generaciones anteriores la muerte detuvo ese proceso de perfeccionamiento cristiano. Aun así, los méritos de Cristo cubren lo no alcanzado, de allí que nuestra perfección es en Cristo, no en méritos que presuntamente hayamos pretendido lograr. La muerte impidió que el grano madurase, que los que corrieron llegasen a la meta final, y que el edificio de la iglesia que es “el cuerpo [espiritual] de Cristo” se completase. Pero cuando esas generaciones anteriores de fieles resuciten en la segunda venida de Cristo, contemplarán la gloria de Dios con un cuerpo ya transformado que será semejante al cuerpo glorioso de Cristo (Filip 3:21).

Sin embargo, la última generación debe llegar en vida al blanco propuesto por Dios, “a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef 4:13), “sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino... santa e inmaculada” (Ef 5:27). Y esto, sin que la muerte interrumpa el proceso de crecimiento espiritual que se dio en todas las generaciones anteriores. Es necesario que esa generación final alcance el blanco de perfección de Cristo porque será la única que estará viva para contemplar a Cristo en su gloria antes de ver

transformado su cuerpo mortal en uno inmortal y perfecto (1 Cor 15:52-54).

Por eso el diablo trata de eliminar a la última generación. Al hacer caer a los que esperan la traslación en vida, se burla de Cristo y de los ángeles argumentando que Dios no puede llevarlos al cielo y excluirlo a él y a sus ángeles rebeldes del reino de Dios. Si lo lograra, “su triunfo sería completo”. Cristo vendría a la tierra para no encontrar a nadie vivo que lo representase y lo glorificase. Pero esa última generación triunfará por el poder de Dios mediante una transformación espiritual total gracias al derramamiento final del Espíritu Santo, y a la prueba de fuego por la que tendrá que pasar en el tiempo de angustia que ninguna otra generación habrá experimentado.

Cuando Dios manifestó su gloria en el Sinaí al pronunciar los diez mandamientos, dio la orden al pueblo a que se preparase. Aún así, cuando la voz de Dios y los relámpagos tronaron en el monte, el pueblo huyó y se puso lejos temiendo morir (Éx 20). Pero en el fin del mundo, no sólo la tierra, no sólo un monte se conmoverá, sino también el cielo, porque Dios mismo hablará (Heb 12:25-26), y será como “fuego consumidor” (v. 29). En ese día sólo los malvados huirán clamando a los montes y a las rocas que caigan sobre ellos, porque a sus fieles Dios los habrá preparado para contemplarlo. Los que esperan a Jesús en vida estarán en pie y lo contemplarán con gozo diciendo, “este es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; este es el Eterno a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Is 25:9; Mat 24:30-31).

Y si no, ¿para qué el Señor los habrá hecho pasar primero por un refinamiento tal que sólo el tiempo de angustia más terrible de la historia podrá producir? (Dan 12:1). En esa prueba de fuego terminarán de crucificar lo que les quede de la naturaleza carnal que heredaron de Adán (Rom 6:6). Su apego por naturaleza *a lo terrenal* (CS 679) se habrá consumido (Col 3:2), para que puedan soportar el día del Señor (Apoc 6:15-17), y ser transformados “en un abrir y cerrar de ojos, a su misma semejanza” (1 Cor 15:52-54).

Vimos también que el honor de Dios y de su Hijo están involucrados en el perfeccionamiento del carácter de su pueblo, razón por la cual Cristo no vendrá antes que su carácter sea perfectamente reproducido en su pueblo. Como buen Artífice, Creador y Redentor, el Señor habrá completado el edificio espiritual de su iglesia, su propio cuerpo (Ef 5:23; Col 1:24), de tal manera que el diablo no podrá burlarse de haber comenzado una obra que no habrá podido concluir (Luc 14:28-30). Al concluir esa hora de prueba, el Señor podrá presentarlos, con gran alegría, diciendo:

“¡Helos aquí! ¡Helos aquí! *Santos, inocentes e inmaculados. Guardaron la palabra de mi paciencia* y andarán entre los ángeles;’ y de los labios pálidos y trémulos de los que guardaron firmemente la fe, sube una aclamación de victoria” (CS 694). “Por cuanto has guardado *la palabra de mi paciencia*, yo también *te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra*” (Apoc 3:10).

VIII. ¿Qué método resuelve la discusión sobre la vindicación de Dios?

Desde hace unos años algunos autores que se han especializado en teología bíblica ponen un *énfasis desmedido en la exégesis bíblica*. Yo me doctoré en teología bíblica en la Universidad de Estrasburgo, Francia, y vi cómo en la facultad protestante de teología se confrontaban a veces los teólogos bíblicos con los teólogos sistemáticos. Eso mismo está pasando en nuestra iglesia, y se lo ve también en el estudio de la vindicación de la última generación.

La exégesis tiene su valor. Es el primer paso para tratar de entender las posibilidades de interpretación que da el texto bíblico. Pero no es un curalotodo. Si no se está imbuido con la

línea de pensamiento que recorre toda la Biblia, se elegirán o forzarán interpretaciones del texto que concuerden con la idea particular del exégeta y no necesariamente con la que da la revelación divina. Por tal razón, no es cuestión de elegir libremente entre las diferentes posibilidades que dan los léxicos para entender el significado de una palabra. Su contexto inmediato y mediato es crucial en esa elección.

Las exégesis católicas y las traducciones y comentarios de las Biblias homosexuales muestran con cuánta facilidad crean un contexto de determinado texto para restarle valor a su real significado, y hasta para hacerle decir exactamente lo contrario de lo que dice. Lo mismo hacen algunos con los escritos de E. de White. Hay quienes se oponen a hacer compilaciones de sus escritos argumentando que hay que analizar su contexto inmediato, y así descuidan su contexto más amplio que sólo se puede ver a la luz de todos sus escritos. Está bien tratar de entender un pasaje en su entorno más cercano. Pero si nos quedamos ahí, corremos el riesgo de aislar y limitar la comprensión más plena de la revelación.

Me propuse al principio no mencionar autores en este estudio, salvo el de Armin Kritzinger y su tesis que defendió en Tailandia por tratarse de lo último que se ha escrito hasta este momento, y en especial por su análisis que hace de otros autores. Además, estoy de acuerdo con la mayoría de sus enfoques. Pero veo conveniente hacer una excepción más para ilustrar el problema metodológico del que estamos hablando. Me refiero a Ángel Manuel Rodríguez, quien en su última investigación estudió más a fondo lo que E. de White escribió sobre el tema, y avanzó más hacia el centro en la comprensión de lo que ocurrirá cuando Cristo deje de interceder en el santuario celestial. Pero en determinado momento pone el énfasis en lo que cree que E. de White *no dijo* más que en *lo que dijo* en un párrafo, para relativizar la precisión del testimonio de ella sobre la última generación.

¿Por qué hace eso? Porque no puede librarse completamente de su obsesión por combatir la tendencia *legalista* que percibió en otros autores como Mirian Lauritz Andreasen, a quien consideró en otro estudio como el mayor exponente del *perfeccionismo* en la Iglesia Adventista. Y al combatirlo, A. M. Rodríguez cede a la presión *evangelicalista* de otros autores de nuestra iglesia. No me siento motivado a hacer una crítica más precisa de todo su trabajo acá. Simplemente resaltaré cómo interpreta un pasaje del libro *El Conflicto de los Siglos* en su último estudio, *Living Without an Intercessor in the Writings of Ellen G. White*, para ilustrar el problema. Leamos primero la cita de E. de White:

“Los que vivan en la tierra *cuando cese la intercesión de Cristo* en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador. *Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres, purificados de todo pecado* por la sangre de la aspersión. *Por la gracia de Dios y sus propios y diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha con el mal.* Mientras se prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo *una obra especial de purificación, de liberación del pecado*, entre el pueblo de Dios en la tierra... *Cuando esta obra haya quedado consumada, los discípulos de Cristo estarán listos para su venida*” (CS 478).

Veamos ahora cómo nuestro autor trata de limitar la parte final de la declaración de E. de White, para extraer una conclusión contraria a la que da ella. Ángel Manuel escribió lo siguiente: “E. de White dice que ‘cuando esta obra haya quedado consumada, los discípulos de Cristo estarán listos para su venida’. Esta es una declaración *muy importante no sólo por lo que dice, sino también por lo que no dice.* No dice que cuando la obra esté hecha entonces Cristo vendrá, sino que estarán listos para su venida cuando esto pueda ocurrir” (p. 17).

Esa conjetura es forzada, un intento de relativizar lo que ella escribió. Porque el contexto involucra el cese de la intercesión de Cristo en el santuario celestial. Esa tendencia a

relativizar el sentido de un texto es muy común en teología hoy. Para ello *recurren más bien a lo que se presume que no dice el pasaje en consideración, más que en lo que dice*. Y para suplir lo que presume que no dice, a nuestro autor no se le ocurre ir a otras declaraciones del Espíritu de Profecía que son igual o más contundentes aún en lo que dijo en el párrafo citado.

La intención de Rodríguez es hacerle decir a ese pasaje que esa experiencia de los que estén vivos cuando termine la intercesión de Cristo en el santuario celestial, es la misma que habrán tenido otros antes. Puede, individualmente, más de uno haber llegado a obtener en Cristo una experiencia anterior equivalente. Pero *como pueblo* eso no ocurrirá hasta que se consume la intercesión de Cristo en el santuario celestial.

¿Olvidó nuestro autor al estudiar ese pasaje, *todo el contexto inmediato* de esa cita? Tenía que ver no sólo con una misión que Dios no le dio a ninguna otra generación anterior: la predicación de los tres mensajes angélicos. Sino también definitivamente con la prueba del crisol de la persecución final por la que Dios hará pasar a su “pueblo”, para prepararlo para ir a su encuentro. Antes de ese párrafo que considera Ángel Manuel, ella escribió:

“El pueblo no estaba aún preparado para ir al encuentro de su Señor. Todavía le quedaba una obra de preparación que cumplir. Debía serle comunicada una luz que dirigiría su espíritu hacia el templo de Dios en el cielo; y mientras siguiera allí por fe a su Sumo Sacerdote en el desempeño de su ministerio se le revelarían nuevos deberes. Había de darse a la iglesia otro mensaje de aviso e instrucción... ‘Se sentará como acrisolador y purificador de la plata..., los afinará como el oro y la plata, para que presenten a Jehová ofrenda en justicia’ (Mal 3:2-3). Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador” (CS 477).

¿Olvidó también nuestro amigo la declaración de E. de White que consideramos más de una vez en nuestro estudio, que dice que *“cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos”?* (EUD 36). ¿Y también la otra que habla de la condición del remanente final que será entonces como la de Cristo cuando dijo que Satanás no tenía nada en él? (CS 680-1). Aunque es ideal que obtengamos una experiencia tal hoy, es claro que esa experiencia no se ha producido aún en el pueblo de Dios, de lo contrario Cristo habría ya venido. Y en la cita anterior, vemos que no se consumaría esa obra de purificación del pueblo de Dios en la tierra, antes que concluyese el juicio investigador. *No le hagamos decir a E. de White lo que no dice*, reduciendo su pensamiento a parte de un solo párrafo.

Después asume nuestro autor que la experiencia de los que pasen por el tiempo de angustia *“no es un asunto de pecar o no pecar—de si llegaron a ser impecables o sin pecado”* (p. 34). Así trata de restar importancia a otras declaraciones de E. de White que hemos visto, donde usa esas palabras como algo esencial. Su propósito es concluir que la experiencia final del último remanente habrá sido la misma que la que tuvieron otros en otras épocas.

Ese es otro intento de evitar distinguir entre la experiencia final del pueblo de Dios y la que pasaron otras generaciones anteriores. Porque ninguna otra generación pasó por un tiempo en el que no podía contar con la intercesión de Cristo en el santuario celestial. Los mártires del pasado podían clamar a Dios por perdón al morir (véase Hech 7:56), pero eso no podrán hacer los que pasen por el tiempo de angustia.

También concluye Ángel Manuel que *“el llamado a desarrollar un carácter como el de Cristo... no es un fin en sí mismo”*, sino que *“el blanco final de la perfección cristiana es hacernos siervos más eficientes de Dios y de otros al revelar el amor de Cristo en nuestras vidas”* (35). Si su intención es contrarrestar ciertas tendencias perfeccionistas como las que ve en el libro de Andreasen, no creo que lo logre de esa manera ¿Qué necesidad hay de desviar

la atención del “ideal de la perfección” que Dios pone delante de nosotros (HA 452), con una declaración que busca esquivar las palabras precisas que E. de White da? En todo caso podría haber dicho que no vamos a obtener la perfección buscando la perfección en sentido abstracto, sino buscando a Cristo como el modelo que encarnó la perfección. Pero él habla de obtener un carácter como el de Cristo como no siendo un fin en sí mismo.

Mirian Lauritz Andreasen dijo a mediados del siglo pasado cosas muy buenas sobre la última generación. Pero hay tres declaraciones que agrega al final de su libro *El Santuario y sus Servicios*, que por más buena voluntad que pongamos para interpretarlas, nos dejan desconcertados. Porque ponen un fundamento perfeccionista que *hace a Dios y al juicio investigador dependientes de lo que haga la última generación*. Según él, la última generación “debe pelear sus batallas solo” (318).

No, el Espíritu de Dios y los ángeles no los olvidarán. Además, somos nosotros los que depositamos nuestra confianza en Dios para vencer, más que presumir que Dios y el tribunal son los que ponen su confianza en nosotros. Ése es el lógico resultado fallido de la interpretación *postlapsaria* de la naturaleza de Cristo que ya consideramos. ¡No! Lo que está en juego no es nuestra capacidad para vencer, sino la capacidad de Dios para llevar a la última generación a una victoria completa.

¡Por supuesto! Nosotros participamos en esa victoria, pero dependemos de Dios para triunfar. Nadie cree en nuestra capacidad para vencer al diablo y a sus huestes, ni Dios ni nosotros. Si de nosotros dependiera la conclusión de la obra, este mundo de miseria no se terminaría más. Nuestra fe debe centrarse en la omnipotencia divina y someternos a ella para hacer su voluntad, quien da “tanto el querer como el hacer según su buena voluntad” (Filip 2:13). ¡No me desmayen, por favor, requiriendo de mí lo que no puedo hacer por mí mismo!

IX. La vindicación final de Dios por la destrucción del diablo y de los malvados

La vindicación de la autoridad de Dios para destruir el mal estaba representada ya en las leyes del Pentateuco. Los que contaminaban *ilegalmente* el santuario rechazando el sacrificio expiatorio debían ser muertos (Lev 15:31; Núm 19:13,20). El santuario donde moraba el Nombre de Dios (Deut 12:5,11), debía santificar toda la tierra de Israel y a los que habitaban en ella (Núm 35:33-34). De manera que esa contaminación inaceptable de rebelión abierta dañaba el Nombre de Dios, y tal contaminación debía resolverse no por el sacrificio de un cordero inocente, sino por la muerte del culpable empedernido. Esa muerte del culpable tenía un valor purificador, podríamos decir también vindicatorio, porque era la manera de quitar el mal de en medio del pueblo de Dios donde estaba su santuario (Núm 35:33-34; Deut 17:6-7; 19:13, etc). Dios no aceptaba hacerse cargo de ningún pecado no confesado, por lo que la falta debía recaer sobre los pecadores obstinados.

El pecado inconfeso debía caer sobre la cabeza de los culpables (Juec 9:57), no sobre un animal inocente que muriese por el pecador al que Dios perdonaba (Lev 4:27-35). Así también, el originador del pecado representado por un macho cabrío que no se sacrificaba, tenía que recibir al final sobre sí todos los pecados que había hecho cometer al pueblo de Dios, una vez que el santuario divino había sido purificado de los pecados confesados del pueblo durante el año. De esa manera se vindicaba el carácter de Dios calumniado por el “acusador de los hermanos”. En el símbolo de un macho cabrío, el diablo era inculpaado y expulsado del campamento de Israel (Lev 16:20-22). Los rebeldes inconfesos debían en ese día final de juicio ser muertos (Lev 23:29-30).

La vindicación de la santidad divina se expresa claramente en la muerte de los dos hijos de Aarón que entraron indebidamente al lugar santísimo de su templo, desobedeciendo las prescripciones divinas (Lev 10).

“En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado” (Lev 10:3).

La razón de esa medida tan severa sienta un principio que, a mayor luz, hay mayor responsabilidad. Si los juicios divinos se manifestaron tan severamente en el pueblo de Israel en el desierto, fue porque tuvieron el privilegio de ver la gloria de Dios morando en medio de ellos. Así también, el castigo de Lucifer será mayor porque se apartó de Dios viviendo en la misma presencia de la Deidad y sin que nadie lo engañara (Is 14:12-14; Eze 28:14-17). Mientras que nuestros primeros padres pecaron siendo engañados, y por eso Dios les dio, en su compasión, otra oportunidad.

“Algunos pueden ver sólo la destrucción de los enemigos de Dios, que les parece inmisericorde y severa. No miran el otro lado. Pero gracias infinitas sean dadas porque, impulsivo y voluble como es el hombre, con todo su alarde de benevolencia, no es él quien dispone y controla los eventos. ‘Las compasiones de los inicuos son crueles’ (Prov 12:10 VM)” (2 SM 334).

¿Por qué Dios no destruyó al diablo enseguida?

Si la vindicación de Cristo al carácter de Dios fue suficiente para desenmascarar al diablo delante del universo, ¿por qué Dios no lo destruyó ya entonces? Y, ¿por qué Dios no destruyó ya a los malvados cuando Cristo murió en la cruz?

“Satanás no fue destruido entonces. *Los ángeles no comprendieron ni aun entonces todo lo que entrañaba la gran controversia. Los principios que estaban en juego habían de ser revelados en mayor plenitud.* Y por causa del hombre, la existencia de Satanás debía continuar. Tanto el hombre como los ángeles debían ver el contraste entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas. El hombre debía elegir a quién quería servir” (DTG 709)

Es obvio que, si ni los ángeles comprendieron entonces todo lo que estaba implicado en el conflicto de los siglos, había que permitirle al diablo desarrollar más los principios de su reino para desenmascararlo. Pero ¿hasta cuándo debía durar el conflicto? Una vez completada la redención del pueblo de Dios, y destruido este mundo en la segunda venida de Cristo, ¿por qué ni aún entonces Dios va a destruir al diablo y a sus ángeles, y por qué tendrían que resucitar los malvados al concluir el milenio? (Apoc 20).

Es cierto. Los justos se sentarán en juicio contra los malvados y juzgarán aún al mismo Satanás y a sus huestes rebeldes (1 Cor 6:2-3; Apoc 20:4). Pero una vez condenados, ¿por qué Dios no los dejará ya muertos para siempre? ¿Qué sentido tiene resucitarlos para volverlos a destruir en la “segunda muerte”? (Apoc 2:11; 20:5-7,14; 21:8). ¿No sería eso sádico de parte de Dios? ¡No! El carácter de Dios tenía que ser completamente vindicado, esta vez por la destrucción de los impíos, y de su jefe rebelde.

Hay varias razones que encontramos que explican el por qué debía darse una última confrontación al concluir el milenio. En todas ellas está patente el desenmascaramiento del carácter de Satanás y de sus secuaces, y la vindicación del carácter justo de Dios. Enumerémoslas.

1. Tiene que demostrarse que la resurrección de los malvados no cambia sus vidas.

No hay una respuesta póstuma de gratitud a Dios de parte de los rebeldes que resucitan

después del milenio, ni tampoco del diablo ni de sus ángeles cuando son liberados de sus ataduras durante todo ese tiempo en una tierra desolada (Apoc 20:1-3). Por el contrario, dirigidos por el diablo, se unen para tratar de tirar abajo el gobierno de Dios y destruir a los santos que están en la ciudad santa (Apoc 20:7-10). Así como la raza prediluviana “estaba constantemente planeando cómo podía contender con el universo del cielo y tomar posesión del Edén” (20 MR 195), así también toda la hueste rebelde no ha cambiado para nada y busca la manera de asaltar la ciudad de Dios que descendió del cielo (Apoc 21).

Ni el diablo, después de pasar su tormento del alma, solitario en un mundo al que llevó a su destrucción, recapacita como para mostrar un cambio genuino de actitud. Así se demuestra que, sin el Espíritu de Dios, no puede haber cambio, no puede haber transformación, no puede haber conversión a Dios.

“Desde su caída, su vida de actividad continua sofocó en él la reflexión; pero ahora, despojado de su poder, no puede menos que contemplar el papel que desempeñó desde que se rebeló por primera vez contra el gobierno del cielo, mientras que tembloroso y aterrorizado, espera el terrible porvenir en que *expiará* [pagará] *todo el mal que ha hecho y será castigado por los pecados que ha llevado a cometer*” (CS 718).

“El archienañador ha sido *desenmascarado por completo* en su último gran esfuerzo para destronar a Cristo, destruir a su pueblo y apoderarse de la ciudad de Dios. Los que se han unido a él, se dan cuenta del fracaso total de su causa... Ahora se vuelve objeto de execración universal” (CS 728).

2. Cada rebelde debe pagar por lo que hizo con un castigo acorde a sus hechos.

La justicia de Dios tiene que ser vindicada al dar “el pago a cada uno según su obra” (Rom 2:6). Muchos malvados murieron vindicados por las cortes corruptas del mundo, y corresponde que reciban una retribución justa por sus hechos. Los redimidos que saben por experiencia propia que el Hijo de Dios pagó con su muerte vicaria sus faltas, ven ahora en toda su magnitud que “la paga del pecado es muerte” (Rom 3:23), y que Dios cumple con sus advertencias también. El Señor vendrá “para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apoc 22:12).

“Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Tes 1:6-9).

“Su castigo [el de Satanás] debe ser mucho mayor que el de aquellos a quienes engañó. Después de haber perecido todos los que cayeron por sus seducciones, el diablo tiene que seguir viviendo y sufriendo. En las llamas purificadoras, quedan por fin destruidos los impíos, raíz y rama... La penalidad completa de la ley ha sido aplicada; las exigencias de la justicia han sido satisfechas; y el cielo y la tierra al contemplarlo, proclaman la justicia de Jehová” (CS 731).

3. Se requiere un reconocimiento del culpable para que el juicio sea perfecto.

Hay muchos juicios que se han emitido en este mundo que dejan a muchos con dudas sobre la justicia de la sentenciada dictada. Incluso en algunos casos, nuevas evidencias después de ejecutar a quienes se declararon inocentes, probaron realmente su inocencia. Por

eso, para que un juicio sea perfecto, se requiere que después que el culpable ha sido desenmascarado, admita su falta. Así sucederá con el diablo y sus secuaces cuando todas las cartas sean puestas sobre la mesa. Dios les arrancará de sus labios el reconocimiento de sus pecados, lo que implica la admisión de haberse hechos ineptos para el cielo.

“El propósito del gran rebelde consistió siempre en justificarse, y en hacer aparecer al gobierno de Dios como responsable de la rebelión... Obró deliberada y sistemáticamente, y con éxito maravilloso, para inducir a inmensas multitudes a que aceptaran su versión del gran conflicto que ha estado desarrollándose por tanto tiempo. Durante miles de años este jefe de conspiraciones hizo pasar la mentira por verdad. Pero llegó el momento en que la rebelión debe ser sofocada finalmente y puestos en evidencia la historia y el carácter de Satanás. El archiengañador ha sido desenmascarado por completo en su último gran esfuerzo para destronar a Cristo, destruir a su pueblo y apoderarse de la ciudad de Dios. Los que se han unido a él, se dan cuenta del fracaso total de su causa. Los discípulos de Cristo y los ángeles leales contemplan en toda su extensión las maquinaciones de Satanás contra el gobierno de Dios. Ahora se vuelve objeto de execración universal” (CS 650).

“En la ejecución final del juicio se verá que no existe causa para el pecado. Cuando el Juez de toda la tierra pregunte a Satanás: ‘¿Por qué te rebelaste contra mí y arrebataste súbditos de mi reino?’, el autor del mal no podrá ofrecer excusa alguna. Toda boca permanecerá cerrada, todas las huestes rebeldes quedarán mudas” (CS 493). “Para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios” (Rom 3:19).

“Y ahora Satanás se inclina y reconoce la justicia de su sentencia” (Apoc 15:3-4) (CS 729). “¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? porque tú solo eres santo: porque todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti; *porque tus actos de justicia han sido manifestados*” (Apoc 15:4).

Ese reconocimiento que vindica a Dios por su justicia en el trato con el pecado y los pecadores, y aún con el ángel rebelde del cielo, será dado no sólo por los redimidos y los ángeles de Dios, sino también por los rebeldes que están, en el símbolo, “debajo de la tierra”, y que los teólogos llaman “mundos subterráneos”. Al ver la exaltación de Cristo y su carácter de amor que despreciaron, no pueden menos que reconocer su justicia, así como la justicia de su sentencia.

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble *toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra*; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filip 2:9-11).

“Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua. Y se dirá de mí: ‘Ciertamente en el Eterno está la justicia y la fuerza; a él vendrán, y todos los que contra él se enardecen serán avergonzados. En el Eterno *será justificada* y se gloriará toda la descendencia de Israel” (Is 45:23-25).

4. Tiene que restablecerse la autoridad de Dios para garantizar la paz.

Una vez que todo se aclaró debe sofocarse la rebelión y afirmarse la justicia divina. Esto es lo que destaca el profeta Isaías en un contexto de desborde del mal en el reino de Judá. Pero el profeta va más allá, y ve que Dios impondrá su justicia a un mundo que la despreció.

Esto se ve en la siguiente declaración que el profeta repite dos veces en ese capítulo.

“La altivez de los ojos del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y el Eterno solo será exaltado en aquel día” (Is 2:11,17). “Todos son castigados ‘conforme a sus hechos’. Habiendo sido cargados sobre Satanás los pecados de los justos, tiene éste que sufrir no sólo por su propia rebelión, sino también por todos los pecados que hizo cometer al pueblo de Dios” (CS 731).

“Ahora se vuelve objeto de execración universal... *Sus acusaciones contra la misericordia y la justicia de Dios están ya acalladas...*” (CS 728). “Él [Dios] vindicará con terribles manifestaciones la dignidad de su ley pisoteada... Por terribles que sean estos castigos [de las plagas], la justicia de Dios está plenamente vindicada” (Apoc 16:5-7) (CS 685-6).

“Todos los impíos del mundo están de pie ante el tribunal de Dios, acusados de alta traición contra el gobierno del cielo. *No hay quien sostenga ni defienda la causa de ellos; no tienen disculpa;* y se pronuncia contra ellos la sentencia de la muerte eterna” (CS 726).

En una segunda cantata para coro de hombres, *La Eternidad*, que compuse a los 21 años y que está disponible en mi página, expreso el terror de los impíos ante la pérdida infinita diciendo: “Muerte eterna tienen los malos. Nadie intercede ya por sus pecados. Pasó el tiempo aceptable. Ningún infiel resiste la luz. Las puertas no se abrirán ya más. Lloran su muerte, no su pecado. Triste resuena el eco de dolor”.

“Su propia obra debía condenarle. Satanás había declarado desde un principio que no estaba en rebelión. El universo entero debía ver al seductor desenmascarado” (CS 488). “Toda cuestión de verdad y error en la controversia que tanto ha durado, *ha quedado aclarada...* *La sabiduría de Dios, su justicia y su bondad quedan por completo reivindicadas.* Queda *también comprobado* que todos sus actos en el gran conflicto fueron ejecutados de acuerdo con el bien eterno de su pueblo y el bien de todos los mundos que creó” (Sal 145:10; Apoc 15:3) (CS 729).

En la siguiente declaración puede verse con claridad que el propósito del juicio divino que antecede al castigo es vindicar la justicia y el amor de Dios que los rebeldes ultrajaron.

“Nada se enseña con mayor claridad en las Sagradas Escrituras que el hecho de que Dios no fue en nada responsable de la introducción del pecado en el mundo, y de que no hubo retención arbitraria de la gracia de Dios, ni error alguno en el gobierno divino que dieran lugar a la rebelión. *El pecado es un intruso, y no hay razón que pueda explicar su presencia. Es algo misterioso e inexplicable; excusarlo equivaldría a defenderlo.* Si se pudiera encontrar alguna excusa en su favor o señalar la causa de su existencia, dejaría de ser pecado... Es la manifestación exterior de un principio en pugna con la gran ley de amor que es el fundamento del gobierno divino” (CS 484).

“Todo el universo habrá visto la naturaleza y los resultados del pecado. Y su destrucción completa que en un principio hubiese atemorizado a los ángeles y deshonrado a Dios, *justificará* entonces el amor de Dios y establecerá su gloria ante un universo de seres que se deleitarán en hacer su voluntad, y en cuyos corazones se encontrará su ley. Nunca más se manifestará el mal. La Palabra de Dios dice: ‘No se levantará la aflicción segunda vez’ (Nahúm 1:9 VM). La ley de Dios que Satanás vituperó como yugo de servidumbres será honrada como ley de libertad. Después de haber pasado por tal prueba y experiencia, la creación no se desviará jamás de la

sumisión a Aquel que se dio a conocer en sus obras como Dios de amor insondable y sabiduría infinita” (CS 493-4).

CONCLUSIÓN

La influencia del mundo *evangelicalista y protestante* en quienes han estudiado en sus universidades o leído sus libros para enseñar luego en los centros teológicos adventistas, está llevando a muchos a malinterpretar la *teodicea bíblica y adventista* en relación con la *vindicación del carácter de Dios*. Esto proviene de mediados del siglo pasado donde nuestros líderes cedieron a las demandas de los evangélicos de excluir la expiación fuera de la cruz, y ser aceptados así como una iglesia auténticamente cristiana. Las concesiones que hicieron no fueron del todo incorrectas, pero por no destacar toda la dimensión bíblica de la expiación, abrieron la puerta para que muchos en la iglesia adventista no percibiesen la proyección más abarcante de la expiación que comprende todo el plan de salvación, de principio a fin.

Por no decir toda la verdad en este tema, abrieron también la puerta para depreciar el valor y la necesidad de la vindicación de la última generación, así como del juicio investigador. Tal es así que el término *Teología de la Última Generación*, junto con la palabra *esfuerzo*, son considerados tristemente hoy, en algunos lugares, como *una mala palabra* que hay que erradicar, como *un peligro* para la Iglesia Adventista. También malinterpretan la palabra *cooperación divino-humana* como significando que Dios necesita nuestra ayuda para hacernos santos, algo que nos acercaría a la Iglesia Católica. ¡No, mil veces no! Somos nosotros los que necesitamos la ayuda divina, su poder para vencer, lo que no nos reporta ningún mérito para ser salvos.

Los *evangelicalistas enmascarados* en nuestros medios no captan que el extremo opuesto que asumen es tanto o más peligroso para nuestra iglesia que lo que quieren combatir. Debilitan el fundamento mismo de la misión del último remanente que advierte que “la hora de su juicio ha llegado” y que, por lo tanto, hay que darle gloria guardando los mandamientos de Dios y la fe de Jesús (Apoc 14:7,12). Porque nuestra misión es advertir que somos salvos únicamente por la fe en Cristo, pero juzgados en el tribunal celestial por las obras que hacemos. Y aunque recibiremos bendición y reconocimiento en el cielo por las obras de bien que hagamos (Rom 2:6-11; Mat 25:34-40), esas obras no nos reportarán méritos propios para ser salvos (Luc 17:10).

¿Por qué se levantan estas nuevas interpretaciones *liberales* y supuestamente *progresistas* en nuestra iglesia? Porque les resulta, como en general a los *Protestantes*, presuntuoso y pretencioso decir que guardamos la ley de Dios. Miran la fragilidad humana y, como la observancia de los mandamientos de Dios está ligada a la *perfección* y a la *santidad*, creen que la insistencia en guardar los mandamientos de Dios es una jactancia típicamente judía y católica que conduce a creer que podemos salvarnos por nuestros propios medios.

Piensan también que eso es *legalismo* o *perfeccionismo*, un intento de lograr una perfección y cumplimiento de la ley presuntamente inalcanzable para nuestra naturaleza pecaminosa. Y no se dan cuenta que, con esa mala interpretación, están llevando a muchos a un *antinomianismo derrotista* que descarta el *juicio investigador* y, en el caso más extremo, a un *universalismo* que pretende que al final, todos vamos a ser salvos. Así abren las puertas para que la misma *corrupción moral* que hay en el mundo y en las iglesias apóstatas penetre en nuestra iglesia también. No es de extrañar que haya tan poco valor moral en nuestras filas como para levantar la voz contra un desborde de desquicio y trastorno social jamás visto antes en todo el mundo, a no ser en la época que precedió al diluvio (Mat 24:37-39).

La tendencia actual en el mundo que viene de la Iglesia Católica Romana y de las iglesias evangélicas que la siguen, es la de *una iglesia inclusiva*, donde cada cual puede ser aceptado y formar parte de ella, inclusive la comunidad LGBTQ. Esa es la mejor manera de edificar la

Gran Babilonia de los últimos días. Y para construir ese edificio apóstata, es necesario eliminar todo lo que marque una diferencia entre el último remanente bíblico y el resto del mundo. Éste es el trasfondo de la corriente actual para afirmar que la última generación fiel no será diferente de otras generaciones, y que nadie puede vencer el pecado. Por tal razón se empeñan tanto en evitar lo más posible hacer relevante el papel y misión del último remanente. Pero el llamado distintivo de Dios hoy es a salir de Babilonia, no a volverse inclusivos (Is 52:11; Apoc 18:2-5; 2 Cor 6:16-18). Es un llamado a ser santo, irreprochable, una condición necesaria para poder contemplar en vida la gloria del Señor en su venida (Lev 19:2; 20:7; Ef 1:4; 5:27; Col 1:22; etc). La voluntad humana debe ser ennoblecida, santificada y fortalecida por su conexión con la voluntad de Dios.

La *mirada exclusiva* en la salvación propia hace perder la noción de la santidad de Dios, porque no ve la importancia que ve el cielo en salvaguardar la integridad del carácter de la Deidad, de sus atributos de amor, sabiduría y justicia. Y al no tener en cuenta la santidad de Dios por quedarse en la *justificación imputada*, pierden de vista la verdadera dimensión de la cruz. Hasta hay quienes piensan que pueden hacer como los católicos que deben pasársela confesándose al sacerdote sin cambiar la vida. Recurren a Cristo para que los perdone *en* el pecado, y no *del* pecado. Al mismo tiempo, tal *enfoque derrotista* que pretende que no podemos guardar la ley de Dios, tiende a hacernos perder *nuestra identidad como el último remanente* que Dios ha levantado para dar el mensaje final de juicio al mundo (Apoc 12:17; 14:7,12).

No hay dudas de que ha habido extremos y que tales extremos pueden continuar existiendo en gente que debe crecer más en la comprensión de nuestra fe. Pero ¿vamos a dejar de guardar el sábado porque algunos lo guardan mal? ¿Vamos a dejar de alabar a Dios porque algunos desafinen? ¿Tenemos que decirle a la gente que no se puede dejar de cometer adulterio, dejar de robar, dejar de mentir y codiciar lo ajeno, porque hay quienes pretenden que guardan la ley y la violan? Tomemos ciertas distancias de los que no tienen oído para entonar y cantemos bien. No construyamos teologías que sólo se proponen contrarrestar posiciones extremas, porque podemos estar proyectando un enfoque que hace frente a fantasmas, no a la realidad del evangelio.

Es importante comprender cuál es la verdadera naturaleza humana de Jesucristo, y en qué se diferencia de la nuestra. Porque de eso depende que lo rebajemos a nuestra imagen caída, o que busquemos elevarnos a su imagen perfecta. Cristo asumió una naturaleza física caída pero su naturaleza espiritual fue como la de Adán antes de la caída. Aún así, nunca estuvo enfermo, sino que fue la fuente de la sanidad. Él no nació en pecado como nosotros, y por su muerte nos liberó de la consecuencia natural del pecado que es la muerte.

La naturaleza espiritual de Cristo es una fuente de pureza (Jn 7:37-39), mientras que la nuestra, caída, es una fuente de suciedad y maldad (Is 1:6; Mat 15:19-20; Luc 11:13). Si concluimos erróneamente que Cristo pudo vencer con una naturaleza caída como la nuestra, sin depender él mismo de un Salvador, entonces nosotros también podríamos vencer el pecado sin necesidad de su intervención. Y aunque algunos *postlapsarios* no lo digan así, en tal contexto Cristo serviría más como justificación por los pecados pasados que como una necesidad que tendríamos de ser santificados en el presente.

La consecuencia extrema del enfoque *postlapsario* es que lleva a creer que Dios y su tribunal dependen de nosotros para vindicar el carácter del cielo, y que confían en nosotros para que les salvemos el honor. ¡No! “Maldito el hombre que confía en el hombre, y hace de la carne su fortaleza” (Jer 17:5). Ni siquiera nosotros podemos confiar en nuestro corazón porque sabemos que es “engañoso y perverso” por naturaleza, “más que todas las cosas” (Jer 17:9). ¿Va Dios a confiar en nosotros quien nos conoce muy bien, para ser vindicado?

Si hay un juicio es porque el tribunal del cielo no confía en nosotros, sino en Dios, y es convocado para ver lo que Dios hizo con nosotros, cómo transformó nuestro corazón.

¡Cuánto menos va a depender Dios de nosotros para que lo vindiquemos! ¡Somos nosotros los que dependemos de Dios para triunfar! ¡Somos nosotros los que tenemos que confiar en Dios para vencer! Podemos confiar en su poder porque Dios empeñó su palabra al dar a su Hijo para pagar con su sangre el precio de nuestro fracaso (Rom 8:32). ¡Con razón los *prelapsarios radicales* acusan a los *postlapsarios* de perfeccionistas y legalistas!

La razón que dan muchos *prelapsarios radicales* para rechazar la idea de que podemos ser perfectos en esta vida, es que no se ve que los cristianos guarden a la perfección la ley de Dios. Pero el hecho de que la perfección de Cristo no se haya reproducido perfectamente en su pueblo aún, no significa que eso nunca ocurrirá. A los *postlapsarios* les decimos que necesitamos la justificación de Cristo no sólo para resolver la culpa de nuestros pecados pasados, sino también a lo largo de todo el proceso de nuestra santificación que dura toda la vida. Ellos creen eso, pero se ve cierta incongruencia en su teología que se refleja en la manera que algunos tienen de apuntar a la meta en la carrera cristiana. Y a los *prelapsarios radicales* les decimos que, por la manera descuidada e indiferente de vivir, les dan la razón a los que los acusan de *libertinos* y *antinomianos* (fe sin ley).

La perfección y santidad en esta vida será siempre una perfección y santidad “en Cristo”. Por consiguiente, los que están más cerca de la perfección son los más humildes que siguen a Jesús en lo que hizo y dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mat 16:24). De esta manera, se obtiene la perfección primero recibiendo *su justicia imputada, su perdón*, y luego negándonos a nosotros mismos y tomando nuestra cruz para recibir *su justicia impartida* (Luc 9:23). Sólo con la ayuda de Cristo podemos sacrificar nuestra voluntad carnal degradada, para que la voluntad espiritual tome posesión de nuestra vida. Y el *esfuerzo* por obtener la perfección de Cristo después de haber sido perdonados por él, *no es perfeccionismo*, sino fe en Dios y en su poder. Porque para triunfar se requiere *combinar el débil esfuerzo humano con el poder omnipotente de Dios*. La voluntad humana es fortalecida, ennoblecida y santificada en conexión con la voluntad de Dios. ¿Dónde está la jactancia? ¿Dónde la justificación propia? En ningún lado.

La perfección del carácter como la santificación en nosotros es progresiva, “de gracia en gracia”, y “de gloria en gloria”. Se nos imparte la perfección de Cristo para que podamos ser perfectos en nuestra esfera humana, como Dios en la suya. Pero tal perfección no se completa en el pueblo de Dios sino en la última generación *por el derramamiento del Espíritu Santo y el acrisolamiento de la crisis final*. Y mediante el *zarandeo Dios quita lo que no sirve*. Dios prepara así al remanente final para permanecer de pie en su venida. Prefiero creerle a Dios quien me asegura que sellará a sus escogidos en vida para que al final no pequen más, que despreciar incrédulamente el poder divino como incapaz de llevarme mucho más lejos de lo que soy ahora. Dios no podrá ser completamente vindicado ante el universo si no prueba su poder en llevar a la última generación a guardar en forma completa su ley. Y ese cumplimiento no es farisaico para adquirir mérito o ganarse el reino de Dios por sus propios medios, sino *una obediencia en Cristo, en virtud de sus méritos*.

¿Quién podría alabar a Dios si se constata su impotencia para representar en forma perfecta y completa el carácter de su Hijo en el remanente final? Porque si Cristo fracasa en su intención de completar el edificio espiritual de su iglesia, no podrá demostrar su poder para transformar en forma completa a su pueblo tampoco. Y el diablo podrá burlarse de Dios argumentando que comenzó a construir un edificio espiritual que no pudo concluir, o que no lo terminó bien.

La salvación es obra de Cristo y lo será hasta el final. Por eso nunca podremos igualar su modelo. Porque su vindicación del carácter de Dios es *única en su género*, ya que nadie guardó como él los mandamientos de Dios desde la cuna hasta el Calvario. Pero no por eso debemos concluir que su vindicación es *exclusiva*. Al contrario, es indispensable para que todo el universo, inclusive los redimidos, puedan vindicar el buen Nombre de Dios ante las

acusaciones del diablo y sus secuaces. *Nuestra vindicación del carácter de Dios se basa en la vindicación que Cristo hizo de su Padre*, porque fuera de él no hay ninguna otra vindicación posible, ninguna herencia disponible, ni tampoco victoria alguna al alcance humano ni en la tierra ni en el cielo (Apoc 5). En la contemplación de las marcas de su crucifixión que llevará el Hijo de Dios por toda la eternidad, toda criatura del cielo y de la tierra se sentirá segura.

Buscar la perfección no significa poseerla, a no ser en Cristo. Esforzarse por alcanzar la perfección de Cristo no significa que podamos lograrla. Pero Dios sí puede lograrla en nosotros, y la logrará con nuestro asentimiento en someternos a su disciplina en la crisis final, lo que implica la recepción plena del Espíritu Santo. ¿Qué haremos cuando eso ocurra? ¿Le diremos al Señor que no es necesario recibir su Espíritu ni pasar por el tiempo de angustia porque de todas maneras no se puede guardar su ley ni ser perfecto? ¿Le diremos que preferimos sólo su justificación y que, para nosotros, eso alcanza? Y, ¿no nos importará entonces prestar atención a cómo dejamos la reputación de Dios frente al universo?

La pretensión de que vamos a seguir pecando hasta la venida del Señor presume adoptar una posición humilde que iguala el último remanente a las generaciones pasadas. Eso *tiende al universalismo* con la idea de que el último remanente estará compuesto por gente de todas las iglesias y religiones que se mantendrán dentro de sus propias comunidades religiosas (véase Apoc 12:17). Y lleva a no sentir la necesidad de llamarlos a salir de Babilonia (Apoc 18:1-5). No es de extrañar tampoco que no distingan entre la última generación que será sellada (los 144.000: Apoc 7:4-8; 14:1-5), y la gran multitud de redimidos compuesta por el remanente de todas las edades (Apoc 7:9ss).

Pero vimos que hay diferencias bien marcadas entre el último remanente y los anteriores. El último posee un conocimiento mayor que es indispensable para poder pasar por la crisis más dramática de la historia humana (Dan 12:1-4). Ese remanente entra por fe en la fase final del ministerio sacerdotal de Cristo en el lugar santísimo del templo celestial, lo que lo lleva a temer a Dios y darle gloria guardando todos sus mandamientos (Apoc 11:19; 14:7,12; cf. Ecl 12:13-14).

La prueba de guardar *todos* los mandamientos no la dio el Señor a las generaciones pasadas que no tuvieron la luz del ministerio de Cristo en el santuario celestial. Tampoco las generaciones anteriores, en el momento cumbre de su vida, tuvieron que mantenerse en pie sin la intercesión de Cristo en el santuario celestial. Mientras que los que sufrieron anteriormente pudieron pedir perdón antes de morir, la última generación tendrá que estar completamente libre de pecado, porque su intercesor celestial habrá salido del templo del cielo, y temerán haber dejado algún pecado sin confesar. Sin embargo, el Espíritu Santo no los abandonará para que luchen solos para no caer en pecado. Aún los ángeles los animarán y fortalecerán en esa hora de prueba final.

Por seguir a Cristo en el lugar santísimo, la última generación comparece por fe en la misma gloria de Dios que estaba en ese lugar. Ése es el paso previo que Dios requiere para que esos últimos sobrevivientes de la simiente santa puedan contemplar a Cristo cuando vuelva en su gloria, y en la gloria de su Padre. Por eso se requiere de esa generación final que viva una vida *irreprochable* que en el pasado sólo vivieron unos pocos hijos de Dios, antes y después del diluvio. Y para ello Dios dará la lluvia tardía a su pueblo y lo purificará por el crisol de la prueba final.

La última generación estaba representada por la maduración del grano de trigo que se requería primero para poder cosechárselo. También estaba representada por los que llegan a la meta en la carrera de la fe, vindicando el testimonio de los que los precedieron en los siglos anteriores. Esa generación final completa el edificio espiritual de la iglesia sin el cual el arquitecto divino se volvería objeto de burla (Luc 14:28-30).

El universo entero necesita ver no sólo cómo el Hijo de Dios vindicó el carácter de su Padre, sino también cómo por su gracia lo vindicaron sus seguidores, y en especial la última

generación. Todos deben poder verificar que la *justicia impartida* de Cristo a los pecadores los hace semejantes a él. En esa verificación se juega el honor de Dios y de su Hijo. ¿Debe el juicio investigador probar la impotencia divina para transformar a los pecadores a la imagen de Cristo, o su poder inconmensurable para lograr un triunfo completo de sus seguidores?

Dios vindica su autoridad, finalmente, por la destrucción eterna de los malvados inconfesos y del mismo diablo y sus ángeles al concluir el juicio milenial. Tal destrucción la lleva a cabo después de probar ante todo el universo que no hay cura para los que rechazaron el amor de Dios. Con la destrucción de los impíos Dios extinguirá para siempre el mal, y el universo quedará eternamente a salvo gracias a la redención del Hijo de Dios.

La *teología de la vindicación final del carácter de Dios* no es un invento de E. de White, sino que se basa en la Biblia, y puede mantenerse por la *Sola Scriptura*. Todo el mensaje de salvación está involucrado en esa teología. Y aunque podemos limitarnos a la Biblia, es una gran pérdida si descuidamos la ampliación tan maravillosa y definida que Dios nos dio a través del *Espíritu de Profecía*. ¿Cómo podemos despreciar tan grande y maravilloso regalo que Dios nos dio como pueblo del fin, tan necesario para esta época, que nos aclara paso a paso tan grandiosas verdades que encontramos en la revelación?

Apéndice

Observaciones críticas al estudio de Félix Cortez: *Perfection is a process of constant growth in Christ* (2023) Alberto R. Treiyer

El Dr. Félix Cortez enseña Nuevo Testamento en la Universidad de Andrews, y ha estado participando de paneles en algunas iglesias donde, como es costumbre, su propósito es destruir la *Teología de la Última Generación* (TUG). Él escribió recientemente un artículo titulado: *Perfection is a constant growth in Christ*. Desafortunadamente, en ese artículo claramente afirma que no considerará el papel de la última generación. Como resultado, queda atrapado en un enfoque *evangelicalista*. Desde la introducción de su artículo expresa su intención de atacar el perfeccionismo de muchos, especialmente de Andreasen, y ese hecho le impide considerar el tema desde una perspectiva más objetiva y comprensiva que podría ayudarle a corregir varias declaraciones que hace.

Su estudio del tema es un buen ejemplo de cómo los evangélicos adventistas buscan evadir, de una manera o de otra, el papel de la última generación en el conflicto de las edades, ignorando o distorsionando lo que E. de White escribió sobre el tema. Eso se debe a que la experiencia de los que estén vivos en la era final, según la Biblia y el Espíritu de Profecía, rompe el esquema *evangelicalístico* que se enfoca sobre la cruz y desconsidera su efectividad en los que siguen al Cordero. Esto es algo importante que el universo necesita ver en el juicio investigador. Los adventistas evangélicos no prestan atención a lo que escribió el Espíritu de Profecía: “La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz” (CS 479).

Estoy de acuerdo con la crítica que Félix Cortez hace a la *TUG*, en la perspectiva de E. J. Waggoner y M. L. Andreasen, excepto ciertas exageraciones y declaraciones que Félix hace del enfoque de la *TUG* que van de nuevo a disgustar a los que la defienden por malinterpretarlos. Es cierto que la *TUG* de Andreasen y de quienes lo siguen, dejan a Dios a la merced de la vindicación que puedan hacer los creyentes de la última generación, porque dicen que Dios y el tribunal celestial *dependen* de nosotros para ser vindicados, y que confían en nosotros para que con nuestros esfuerzos por vencer el pecado logremos la perfección de

Cristo que logró con nuestra supuesta naturaleza pecaminosa, y lo vindiquemos. Pero, ¿por qué niega Félix que Dios haya arriesgado la reputación de su carácter con los seres humanos? ¿Acaso no arriesgó Dios su reputación cuando decidió morar en medio de un pueblo sucio y pecador en el antiguo microcosmos del antiguo Israel?

Si Dios no lograba resolver el problema del pecado al final del año en el Día de la Expiación, que representaba al juicio investigador en el macrocosmos del fin del mundo, su intento de purificar a su pueblo iba a fracasar. De manera que hay un riesgo en el plan de salvación que implicaba también la posibilidad de que su Hijo mismo cayera. Y hay un riesgo también en que fracase la última generación. Eso lo confirma el Espíritu de Profecía cuando dice que “el honor de Dios, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo” (DTG 625). Felizmente las profecías apocalípticas que no son condicionales afirman que tanto Cristo como la última generación triunfarán.

De manera que la crítica de Félix al “double standard” en Dios con respecto a la manera de juzgar a las generaciones anteriores y la manera de juzgar a la última generación, es correcta si se la mira desde la perspectiva *antropocéntrica* que centra el éxito en lo que la última generación pueda hacer. Pero es incorrecta si consideramos que todos nos salvamos por gracia, en todas las épocas, incluyendo la última, y no por obras; y eso no tiene nada que ver con el triunfo de la última generación en relación con la transformación del carácter que Dios espera efectuar en ellos en forma perfecta, lo que la diferencia entre otras cosas, de las generaciones anteriores.

La interpretación que Félix hace de Mat 5:48 fuerza el contexto y no tiene confirmación del Espíritu de Profecía. No se resuelve “la aparente contradicción” que él encuentra en la Biblia y el Espíritu de Profecía como él lo hace. De hecho, no hay ninguna versión que conozca que traduzca Mat 5:48 por “maduro”, porque si entendemos que Jesús requiere que seamos “maduros”, ¿quiso decir Jesús entonces que Dios también es maduro, lo que implica que pasó por un proceso de crecimiento y maduración?

Otro problema que se ve en el estudio de Félix es que presume que hay dos estándares de perfección en los escritos de E. de White. ¡No señor! El estándar de perfección es siempre el mismo que implica la perfección de Cristo impartida en todas las generaciones, incluida la última, y que significa que la salvación es por gracia para todos los que la aceptan en toda época. Félix traduce *teleiōo*, “perfección”, por “flawless” (impecable o sin defecto), para decir que, según E. de White, la última generación “será fiel y victoriosa, pero no impecable (“flawless”). Con ese juego de palabras en la traducción piensa que puede ignorar la declaración de E. de White quien dijo que Cristo no vendrá sino cuando su carácter “sea perfectamente reproducido en su pueblo” (EUD 36). Si lo que ella dijo de la reproducción perfecta del carácter de Cristo se refería a la reproducción “impecable” según el concepto de perfección de Félix, entonces ella no negó como pretende nuestro amigo, que la última generación tendrá el mismo carácter impecable de Cristo. No camuflamos la verdad jugando con diferentes definiciones de términos.

Félix refiere las diferentes clases de pecado que encuentra en la Biblia para concluir que se pueden vencer algunos pecados, pero no todos por el simple hecho de que tenemos una naturaleza caída. Eso, según él, “hace imposible para los seres humanos alcanzar el estándar de Dios”. Pero ¿para qué nos dio Dios entonces a Cristo y su Espíritu? ¿No es acaso para no quedarnos impotentes en nuestro intento de alcanzar el estándar de Dios? Eso me hace recordar al tango que dice: “si soy así, qué le voy a hacer”. Si bien en el momento presente no lo hemos alcanzado en forma completa, Dios se propone lograrlo en la última generación por el derramamiento del Espíritu Santo sin medida, y el crisol de la prueba final que quemará todo apego al mundo.

Es correcto decir con E. de White que los “canales de corrupción de la humanidad” requieren la sangre purificadora de Cristo, pero ella dice también que la última generación,

una vez que sea sellada, no pecará ni siquiera “en pensamiento” como Cristo, pues el diablo no tendrá en ellos nada como no lo tuvo en Cristo (CS 680-1). Eso significa que los canales de corrupción de la humanidad habrán sido purificados por sangre antes del tiempo de gracia y por fuego durante el tiempo de angustia, antes de la glorificación en la segunda venida de Cristo.

Otro problema más en el estudio de nuestro amigo es la consideración de la naturaleza humana caída como pecado. Estoy de acuerdo con él. Ya antes de nacer Jacob y Esaú se peleaban dentro del vientre de Rebeca, lo que prueba de qué estamos hechos. Nacemos en pecado, no sólo con propensiones al pecado, y por eso necesitó Jesús venir libre de ese estigma de pecado de los hijos caídos de Adán, para recrearnos a su imagen, para transformarnos en “una nueva creación” (2 Cor 5:17; Gál 6:15). De manera que no podemos presumir que los 144.000 tendrán pecado después de ser sellados, ni tampoco tener que pedir perdón por su vieja naturaleza.

¿Pidió alguno de Uds. perdón por el pecado de Adán? (Ez 18:20). Así tampoco los últimos sobrevivientes de la simiente santa de Cristo tendrán que pedir perdón a Dios después del tiempo de gracia, por haber heredado una naturaleza pecaminosa y tendiente al mal. Esa naturaleza pecaminosa será refinada al pasar por el horno de la aflicción, para que cuando Cristo aparezca en la gloria de su Padre, refleje perfectamente su imagen y los sellados puedan contemplarlo sin incienso y sin intercesor que los ampare. Eso debe ocurrir antes de la transformación de nuestro cuerpo a la imagen del cuerpo glorioso de Cristo.

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mat 5:8).

[Consideramos este punto más extensamente en nuestro documento de la *Teología de la Vindicación Final de Dios*].

También recurre Félix al culto israelita, en especial al holocausto diario en donde se ofrecía una “expiación” (Lev 1:4). La expiación que él entiende del holocausto implica la naturaleza pecaminosa humana. Por eso se ofrecía el holocausto hasta que el pecador pudiese resolver su pecado específico en el sacrificio por la culpa. Estoy de acuerdo con esa interpretación. Pero Félix quiere implicar con eso la imposibilidad de vencer el pecado por causa de nuestra naturaleza pecaminosa antes de la glorificación en la 2da. Venida de Cristo. Y pone como ejemplo el hecho de que en el Día de la Expiación se ofrecía un holocausto aún después de completarse la purificación del santuario (Lev 16:24).

Félix no tiene en cuenta que el sistema de sacrificios israelita era repetitivo de año en año (Heb 10), no así el de Cristo. El holocausto al final del Día de la Expiación, así como la purificación del altar exterior en ese día al concluir el ritual de purificación del santuario, es equivalente a la purificación de ese altar en la inauguración (Lev 8 y 9), lo que implicaba un nuevo año de servicios. Eso no ocurre en el servicio único y no repetible de Cristo que concluye en el *Día de la Expiación antitípico* y no comienza otro período anual de servicios purificatorios. El vendrá “sin pecado” o “sin relación con el pecado” para salvar a los que lo esperan (Heb 9:28).

Félix cita a E. de White donde dice que el incienso y la sangre eran requeridos para purificar al pecador por la corrupción humana, y por eso se requiere el único Intercesor que tenemos para ser aceptos ante Dios. Pero la última generación, después que sea sellada y Cristo cese su intercesión con la sangre y el incienso para venir a buscar a su pueblo, deberá mantenerse sin poder recurrir ni al incienso ni a la sangre ni a la intercesión para purificarse de pecados no confesados. Y al desinteresarse nuestro amigo abiertamente en considerar la experiencia de la última generación, concluye que “es imposible para ellos producir” una “perfección total”, una “justicia sin defecto” (flaw), “esa clase de perfección”, en nuestro estado pecaminoso.

El concepto de perfección al que se refiere Félix de que “gente perfecta en el sentido bíblico está aún dependiente del perdón de Dios”, es una verdad a medias por dos razones.

Una es que una vez que fuimos perdonados estamos “en paz para con Dios” (Rom 5:1), y no necesitamos pedirle perdón de nuevo por el pecado perdonado porque eso implica que no creemos en su perdón (Heb 11:6). Y otra es porque la última generación no podrá estar dependiente del perdón divino, siendo que no tendrá intercesor después de ser sellada.

Otro aspecto importante en el estudio de Félix Cortez es la cita que usa de E. de White para afirmar que la última generación que sea sellada no tendrá una perfección completa. Ella afirma que “no podemos decir, ‘estoy sin pecado’ hasta que este cuerpo vil sea cambiado y formado semejante a su cuerpo glorioso” (ST, March 23, 1888). También afirma ella que pretender ser igualmente perfectos en carácter como Cristo “es una blasfemia”.

Eso es correcto. Ni aún la última generación podrá jactarse de perfección hasta la traslación. Pero Félix no cita otras declaraciones de E. de White que cité en mi estudio ya mencionado sobre la vindicación de Dios, donde dice que tenemos que dejar con Dios la afirmación de nuestra perfección. Esto significa que jamás saldremos a predicarnos a nosotros mismos delante de los demás como habiendo llegado a la cima de la santidad (2 Cor 4:5). Sólo cuando termine el conflicto “y sólo entonces será seguro afirmar que somos salvos y sin pecado... Dejad con el Señor la proclamación de la verdad de vuestro carácter” (ST, 16 de mayo, 1895).

Que Félix Cortez es un adventista evangélico se ve en que ignoró totalmente la palabra “esfuerzo” y “cooperación divino-humana” en la búsqueda de la perfección y de la santidad. De ese *evangelicalismo* están infectados todos los centros de teología adventista en los EE.UU., Canadá, Europa, Australia y más allá aún. La única vez que Félix usa la palabra “esfuerzo” es para advertir que puede terminar siendo una trampa. Pero ninguna vez cita las tantas citas de E. de White que hablan de la necesidad de una cooperación divino-humana. Ni tampoco la necesidad de remar parejo con el remo de la fe y el remo de las obras, que cito en mi estudio sobre la vindicación final del carácter de Dios. Para esta gente la lucha entre la carne y el espíritu no parece contar como algo importante en la experiencia cristiana. Piensan que la santidad y perfección vienen automáticamente como resultado mágico del perdón, y que todo esfuerzo implica perfeccionismo.

“No nos engañemos por la aseveración a menudo repetida: ‘Todo lo que tenéis que hacer es creer’. *La fe y las obras son dos remos que debemos usar en forma pareja si anhelamos remontar la corriente de la incredulidad.* ‘La fe, si no tiene obras, es muerta’... *Por la fe y las buenas obras se mantiene espiritualmente fuerte y saludable, y su fuerza espiritual aumenta mientras lucha para hacer las buenas obras de Dios*” (RAM 38).

Digamos para concluir que Félix Cortez advierte sobre la trampa del perfeccionismo, pero por no tratar la vindicación final que Dios requiere de la última generación, cae de alguna manera en la trampa del *derrotismo típico de los evangelicalistas o adventistas evangélicos*. El problema es que no podemos abordar el tema de la perfección juzgando la experiencia final de la última generación por la condición actual del pueblo de Dios que es la misma o equivalente a la que se dio en las generaciones anteriores desde Adán hasta nuestros días. De allí la necesidad de distinguir entre las generaciones anteriores y la última sin ecuilizarlas, y sin pretender que eso significa que Dios tiene dos maneras de salvar a los seres humanos.

Una cita más que un pastor amigo me envió

Tengamos en cuenta que la última generación no contará con el incienso de la intercesión de Cristo una vez que concluya su ministerio en el lugar santísimo.

“Ante los creyentes se presenta la maravillosa posibilidad de llegar a ser semejantes a Cristo, obedientes a todos los principios de la ley de Dios. Pero por sí mismo el hombre es absolutamente incapaz de alcanzar esas condiciones. La santidad, que según la Palabra de Dios debe poseer antes de poder ser salvo, es el resultado del trabajo de la gracia divina sobre el que se somete en obediencia a la disciplina y a las influencias refrenadoras del Espíritu de verdad. La obediencia del hombre puede ser hecha perfecta únicamente por el incienso de la justicia de Cristo, que llena con fragancia divina cada acto de acatamiento. La parte que le toca a cada cristiano es perseverar en la lucha por vencer cada falta. Constantemente debe orar al Salvador para que sane las dolencias de su alma enferma por el pecado. El hombre no tiene la sabiduría y la fuerza para vencer; ellas vienen del Señor, y él las confiere a los que en humillación y contrición buscan su ayuda” (*HAp* 424).